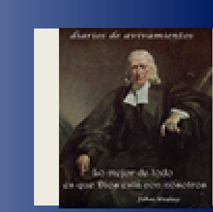


LEONARD RAVENHILL

POR QUÉ NO LLEGA EL AVIVAMIENTO

EL LLAMADO PROFÉTICO DE DIOS

Porqué no llega el avivamiento

Leonard Ravenhill

Porqué no llega el avivamiento

Edición especial de muestra, compra buenos libros de buenos autores

diariosdeavivamientos@gmail.com

https://diariosdeavivamientos.wordpress.com/

"Este libro es una voz que proviene de lo alto. Ravenhill es un hombre enviado por Dios para este momento critico de la historia".

- A. W. Tozer

Por qué no llega el avivamiento

Una de las mayores autoridades en avivamiento, quien puede hablar con la atribución de erudito, pero con el respaldo de una vida intachable, hace el llamado a toda la cristiandad a comprometerse con los principios del avivamiento bíblico.

Porqué no llega el avivamiento es una obra clásica, sobre la vida cristiana normal, la oración, la búsqueda de Dios, los cambios que verdaderamente una persona necesita, y sobre los valores eternos.

Porqué no llega el avivamiento es una denuncia a la tibieza, a la necesidad de profundidad espiritual, a la escasez de compromiso.

Porqué no llega el avivamiento es una invitación a la búsqueda de unción, de fuego, de almas ardientes por la Gloria de Dios.

El clamor del autor es: "Dios, dame avivamiento en mi alma, en mi iglesia, en mi nación, o dame la muerte".

Leonard Ravenhill (1907- 1994). Nació en Inglaterra donde fue pionero en predicar con vigor y poder, se trasladó a Estados Unidos donde continuó su ministerio como ministro y mentor. Autor de varios libros y respetada autoridad mundial sobre temas eclesiásticos.

EL LLAMADO PROFÉTICO DE DIOS

Publicado originalmente en inglés con el título:
Why Revival Tarries



ÍNDICE



ningún hombre es más grande
que su vida de oración
Leonard Ravenhill
diariosdeavivamientos.blogspot.com.es

PRÓLOGO

Las grandes empresas industriales suelen tener empleados que solamente son necesarios en caso de ocurrir un desperfecto. Cuando algo va mal en la maquinaria, estos hombres se ponen en acción para localizar el defecto, lo reparan y la máquina vuelve a funcionar.

Para estos técnicos el trabajo rutinario no es de interés. Son especialistas en descubrir y reparar desperfectos.

En el Reino de Dios sucede también así. Dios tiene siempre especialistas cuyo principal objetivo ha sido y es reparar la catástrofe moral; el deterioro en la salud espiritual de las naciones o de la Iglesia. Hombres como Elías, Jeremías, Malaquías y otros de la misma talla han aparecido en momentos críticos de la historia para reprender y exhortar en nombre de Dios y de la Justicia.

Miles de ministros religiosos del tipo común, pastores, maestros, podían trabajar quietamente casi sin ser notados mientras la vida espiritual de Israel o de la Iglesia era normal. Pero en cuanto el pueblo de Dios se ha apartado de las sendas de la verdad, inmediatamente han aparecido los especialistas de Dios casi de la nada. Su instinto, capacitado para la dificultad, les trajo en ayuda del Señor y de Israel.

Tales hombres han sido drásticos, radicales, a veces casi violentos, y la muchedumbre de curiosos que les rodeaba pronto les tildaron de fanáticos, extremistas y negativos. Hasta cierto punto tenían razón. Eran hombres de mente sencilla, serenos, intrépidos, y éstas eran las cualidades que la ocasión demandaba. Chocaban con algunos, ofendían a otros con sus palabras; pero ellos sabían *Quién* les había llamado y *a qué* eran enviados. Su ministerio era de emergencia, y este hecho les hacía diferentes, únicos.

Con tales hombres tiene la Iglesia una gran deuda imposible de pagar. La cosa curiosa es que no se les paga mientras viven pero la próxima generación adorna sus sepulcros y escribe sus biografías como para descargarse de un deber que la pasada generación olvidó.

Los que conocen a Leonardo Ravenhill reconocerán en él a uno de estos especialistas religiosos; a un hombre enviado por Dios, no para llevar a cabo la tarea normal de la Iglesia, sino para desafiar a los sacerdotes de Baal en la cumbre de su montaña eclesiástica, reprochar a los descuidados ministros del altar, afrontar a los falsos profetas y advertir al pueblo por ellos extraviado.

Tales hombres no son compañeros fáciles. El evangelista profesional que abandona rápidamente la reunión al terminar para correr a un lujoso restaurante con algunos admiradores a festejar el éxito de su elocuencia y contar divertidos chistes, encontrará una verdadera pesadilla en un tal servidor de Dios que no puede desligarse de su sagrado deber como quien da vuelta a una manivela. El hecho de que insista en mostrarse como un cristiano y servidor de Dios en todo tiempo le hace diferente.

Con Leonardo Ravenhill es imposible ser neutral. Sus conocidos se dividen netamente en dos clases: los que le aman y admiran hasta lo sumo, y los que le aborrecían con acentuado desprecio. Y lo que ocurre con la persona ocurre con sus libros, y particularmente con el que tienes en la mano. Sus lectores, o bien tienen que cerrarlo y¡ correr a un lugar de oración, o se sentirán impulsados a hacerlo pedazos, cerrando su corazón a sus llamamientos y advertencias.

PREFACIO

Aquí está mi sencilla ofrenda de panes y pescados, comida sin la nata ni la crema que lleva un pastel de bodas.

Como un marinero que una vez vi abofeteando a un soldado porque –dijo- "insultó a mi madre", así mi Señor es insultado y su iglesia menoscabada. Y créanme, ante esta doble injuria, yo sufro. La iglesia tiene muchos adversarios, ¿puede mi espada dormir en su vaina?, ¡Jamás!

Calculo que solo en su versión inglesa, un millón de personas leen el *Herald Of His Coming* (El heraldo de su venida). Algunos capítulos de este libro, se publicaron como artículos en el Herald y han sido leídos por millones. (No estoy ni avergonzado ni orgulloso por ello.) Ésta revista se publica en una docena de idiomas, en español, alemán, francés, etc. Permítaseme decir que a través de este periódico, junto con el *Alliance Witness* y otros, Dios ha tenido a bien hacer que artículos sencillos sean un canal de bendición para muchos.

Pido al Señor que así sea contigo, amable lector. Doy sinceras gracias al Dr. A. W. Tozer, mi estimado amigo y consejero espiritual, por su gentileza en escribir el prólogo. Así mismo a la señora Hines y a su hija Rut, por el buen trabajo que realizaron al copiar con máquina y corregir el manuscrito.

Hermanos, vivamos con valores eternos en vista.

Leonard Ravenhill.

No todos los libros, ni siquiera todos los libros buenos, vienen como una voz de lo Alto; pero yo siento que con éste es así. Lo es porque su autor reside en las alturas, y el espíritu del autor transpira por todas sus páginas.

A. W. Tozer

Ni erudición, ni pureza de expresión, ni profundidad mental; ni las flores de la elocuencia, ni la simpatía personal, pueden sustituir la falta de fuego del Espíritu. La oración asciende mediante este fuego. Su llama le da alas, energía y aceptación. No hay incienso sin fuego, ni oración sin llama.

E. M. Bounds

Levantad las manos caídas, mediante fe y oración; sostened las rodillas paralizadas. ¿Habéis tenido días de ayuno y oración? Inundad como tromba al Trono de la Gracia y permaneced allí, y descenderá la lluvia de misericordia.

Juan Wesley

Antes de que rompiera el gran despertamiento de Gall-neukirchen, Martin Boós pasó horas, días, y a menudo noches enteras, en solitaria agonía de intercesión. Cuando después se levantó a predicar, sus palabras eran como llama viva y los corazones de sus oyentes hierba seca.

D. M. McIntyre, D.D.

Cuántos cristianos hay que, no sabiendo orar a solas, se esfuerzan en hacer resoluciones de juntarse con algún círculo de oración, etc., a fin de cultivar el «santo arte de la intercesión», sin resultado alguno. Para ellos y para todos ha sido dicho que el único secreto de una verdadera vida de oración es: «Sed llenos del Espíritu», él cual es «Espíritu de gracia y de súplica».

Rvdo. J. Stuart Holden

POR ENCIMA DE TODAS LAS COSAS CONSIGUE UNCIÓN

1

La cenicienta de la iglesia es la oración. Esta criada del Señor es despreciada y desechada porque no se adorna con las joyas del intelectualismo, ni las brillantes sedas de la filosofía, ni con la impresionante tiara de la psicología. Lleva los delantales de honesta sinceridad y humildad. No teme arrodillarse.

El defecto de la oración, humanamente hablando, es que no se apoya en la eficiencia mental. (Esto no quiere decir que la oración sea la aliada de mentes enfermas, sino que en éstos sólo se aprecia la eficiencia intelectual.) Pero la oración requiere una sola cosa: espiritualidad.

No se necesita indispensablemente la espiritualidad para predicar, esto es, para dar sermones con perfección homilética y exactitud de exégesis. Mediante una buena dosis de memoria, ciencia, ambición personal, desparpajo y una buena biblioteca bien cargada de libros, el pulpito puede ser conquistado por cualquiera en nuestros días. La predicación de este tipo puede influenciar a los hombres, la oración influye con Dios.

La predicación afecta al tiempo, la oración a la Eternidad. El pulpito puede ser un escaparate para exhibir nuestros talentos; la oración significa lo contrario a exhibicionismo.

La tragedia de estos últimos tiempos es que tenemos demasiados predicadores muertos en los pulpitos dando sermones al pueblo. ¡Qué horror! Una extraña cosa he visto «debajo del sol»: que aun en círculos fundamentalistas se predica sin unción. ¿Qué es unción? Apenas lo sé. Pero sé lo que no es (o por lo menos sé cuándo no está sobre mi propia alma). Predicar sin unción mata en lugar de dar vida. El predicador falto de unción es «sabor de muerte para muerte». La palabra no se hace viva a menos que la unción divina esté sobre el predicador. Por lo tanto, predicador, *sobre todas las cosas buscadas, busca unción.* Hermanos, podríamos bien apañarnos siendo solamente medio intelectuales (de la intelectualidad moderna) si fuéramos doblemente espirituales. Predicar es un negocio espiritual. Un sermón nacido de la mente alcanza simplemente la mente; un sermón nacido en el corazón, alcanza el corazón. Con la bendición de Dios un predicador espiritual producirá gente espiritual. Pero la unción no es una paloma que bate sus alas contra los cristales para entrar en el alma del predicador, sino que tiene que ser perseguida y alcanzada. La unción no puede ser aprendida cual arte, sino que debe ser ganada y conseguida por oración. La unción es la medalla divina concedida al predicador que como soldado ha luchado en oración y obtenido la victoria. La victoria no se obtiene en el pulpito disparando descargas intelectuales, sino en el retiro de la oración. Es una batalla ganada o perdida antes de que el predicador pise el pulpito. La unción es cual dinamita. La unción no viene por las manos del obispo, ni queda disipada cuando el predicador es puesto en prisión. La unción penetra y derrite, endulza y ablanda. Cuando el martillo de la lógica y el

fuego del humano celo fracasan en abrir los corazones, la unción lo consigue.

¡Cuánta fiebre de construir iglesias existe actualmente! Sin embargo, sin predicadores ungidos estas alturas no se verán nunca rodeadas de ansiosos penitentes.

Suponte que tuviésemos buques pesqueros con el mayor confort, el más moderno equipo de radar, instalación eléctrica y aparejos de pesca movidos mecánicamente, y les viéramos salir a alta mar y volver mes tras mes con bodegas vacías. ¿Qué excusa daríamos para su esterilidad?

Sin embargo, millares de iglesias ven sus altares y hasta sus bancos vacíos semana tras semana y año tras año, y cubren su estéril situación mal aplicando el versículo «Mi Palabra... no volverá, a Mí vacía». (¡Digamos, de paso, que éste parece ser uno de los pocos textos que los dispensacionalistas olvidan que fue escrito para los judíos!).

El triste hecho es que el fuego de los altares está ardiendo muy débilmente o se halla apagado del todo. La reunión de oración está muerta o moribunda. Por nuestra actitud con respecto a la oración parecemos estar diciendo a Dios que lo que fue empezado en el espíritu podemos terminarlo en el poder carnal. ¿Qué iglesia pide a su candidato al pastorado cuánto tiempo emplea en oración? Sin embargo, a la luz de la historia os diría que un ministro del evangelio que no dedique dos horas diarias a la oración no vale un céntimo, sean cualesquiera los títulos que posea.

La iglesia está hoy día acorralada a los lados del camino mirando con desaliento y vergüenza cómo los ingenios humanos de dos grandes potencias políticas se pavonean en medio de la carretera lanzando amenazas en contra de «todo lo puro, amable y de buen nombre».

Detrás sigue el cortejo de una poderosa organización eclesiástica nominal. En tanto, el diablo ha sustituido la doctrina cristiana de la regeneración por la rencarnación budista; al Espíritu Santo, por los espíritus familiares del espiritismo; los milagros, por las curaciones psicológicas de la Ciencia Cristiana; a Cristo, por el Ecumenismo capitaneado por Roma.

Contra estos dos males gemelos, aunque aparentemente antitéticos, el sistema ateo y la organización religiosa nominal, ¿qué tiene la verdadera Iglesia Cristiana para ofrecer? La mayor somnolencia; tanto en el pulpito como en la Prensa ha tomado el lugar de la contraofensiva religiosa de siglos pasados. Hasta Roma ya no nos llama protestantes, sino acatólicos, o hermanos separados. ¿No es esto significativo? ¿Quién contiende hoy eficazmente por la fe una vez dada a los santos? ¿Dónde están nuestros valientes guerreros de los pulpitos? Los predicadores, que deberían estar «pescando hombres», están buscando cumplimientos y halagos humanos. Los predicadores, que antes sembraban semillas, siembran ahora perlas de intelectualismo. (¡Imaginaos qué cosecha produciría un terreno sembrado con perlas!)

¡Afuera con esta predicación paralítica que carece de poder porque ha sido engendrada en una tumba en vez de en una matriz viva, pues procede de un alma sin fuego del Espíritu Santo, ni oración!

Si Dios nos llamó al ministerio, queridos hermanos, os digo que debemos

empeñarnos en obtener la unción. *Sobre todas las cosas buscadas, busca la unción,* a menos que nos conformemos con altares estériles adornados de intelectualismo sin unción.

Nuestra oración, sin embargo, necesita ser engendrada y perseguida con una energía incansable, una persistencia imperturbable y un valor que nunca desfallezca.

E. M. Bounds

Pero vosotros, amados, edificaos en vuestra santísima fe, ORANDO EN EL ESPÍRITU SANTO.

Judas

¡Oh!, que podamos ser nosotros profundamente conmovidos por el estado languideciente de la Causa de Cristo hoy día sobre la tierra, por las entradas del enemigo y las desolaciones que ha producido en Sión. ¡Ay!, que un espíritu di indiferencia, o por lo menos de fatalístico estoicismo, nos mantiene helados a muchos de nosotros.

A. W. Pink

La oración era la ocupación preminente de su vida.

El biógrafo de Edwin Payson

Días enteros y semanas ha pasado postrado sobre el suelo en oración silenciosa o audible.

George Whitefield

Todos los despertamientos empiezan en la cámara secreta; ningún corazón arde en fe sin mucha conversación secreta con Dios, y nada puede sustituir su falta.

Berridge

Me parecía como si hubiera bajado del cielo y estuviera enajenado en Dios; a menudo, cuando salía de orar, estaba blanco como la pared.

Un amigo comentando su estancia con Tersteegen en Kronenberg

LA ORACIÓN SE APODERA DE LO ETERNO

2

Ningún hombre es más grande que su vida de oración. El pastor que no ora está jugando en religión; el pueblo que no ora está extraviado. El pulpito puede ser un escaparate de humanos talentos, pero la cámara de oración no tiene ventanas al exterior.

Pobre como se muestra la Iglesia hoy día en tantas cosas, lo es más en cuanto a la oración. Tenemos muchas organizaciones, pero pocos penitentes; muchos espectáculos y actores, pero pocos orantes; muchos cantores, pero pocos corazones heridos; grandes pastores y débiles guerreros de Cristo; mucho aparato, pero poca pasión; muchos actuantes, pero pocos intercesores; muchos escritores, pero pocos luchadores. Fallando en esto fallamos en todo.

Los dos requisitos para una vida cristiana victoriosa son visión y pasión; ambos son nacidos y sustentados por la oración. El ministerio de la predicación está abierto a pocas personas, pero el ministerio de la oración —el más j elevado de todos los ministerios humanos— está abierto a todos. Los adolescentes espirituales dicen: «Hoy no iré al templo; sólo es una reunión de oración.» Creo que Satán tiene poco que temer hoy día de los pulpitos. Pero experiencias pasadas le obligan a levantar todo su infernal ejército en contra del pueblo de Dios cuando ora. Los cristianos modernos conocen poco aquello que Jesús dijo de «atar o desatar»; aunque la promesa es para nosotros: «Todo lo que vosotros atareis...» ¿Lo has realizado recientemente? Dios no es pródigo con su poder; pero para ser mucho para Dios tenemos que estar mucho con Dios.

Este mundo está precipitándose al infierno con una velocidad tal que el más veloz aeroplano es, al lado de tal marcha, como una tortuga; sin embargo, ¡ay!, pocos de nosotros pueden recordar la última noche que dejaron de acostarse para pasarla en vela ante Dios en demanda de un despertamiento mundial. No nos sentimos movidos a compasión. Confundimos el andamio con el edificio. La predicación de nuestros días, con su pálida interpretación de las divinas verdades, nos hace tomar la acción por unción, la comunión por nuevo nacimiento, y los balbuceos por despertamiento.

El secreto de la oración es el orar en secreto. El pecador cesa de orar y el que ora cesa de pecar. Somos mendigos en bancarrota, pero no estamos quebrantados, ni aun ligeramente doblados.

La oración es profundamente simple y simplemente profunda. «La oración es la más sencilla forma de hablar, simplemente infantil; sin embargo, es tan sublime que sobrepasa y agota todo vocabulario humano. Una catarata de palabras ardorosas tan grande como la del Niágara no impresiona a Dios ni le mueve. Una de las más ardientes y profundas intercesoras del Antiguo Testamento no tenía palabras.» Sus

labios se movían, pero su voz no se oía. Ninguno expresión lingüística. Hay «gemidos indecibles», que no pueden ser expresados con palabras.

Estamos tan por debajo del nivel del Cristianismo neotestamentario que no conocemos la clase de fe histórica de nuestros padres espirituales (con sus implicaciones y operaciones) y sólo conocemos la fe histórica de nuestros contemporáneos. La oración es para el creyente lo que el capital para el negociante.

¿Puede alguien negar que el afán de la iglesia moderna es por dinero? Sin embargo, lo que más preocupa a la iglesia de nuestro tiempo es lo que menos preocupaba a la iglesia apostólica. Nuestro énfasis es sobre donativos, el suyo era sobre oración. Cuando damos podemos edificar un buen local; cuando ellos oraban el local temblaba.

En los días del Nuevo Testamento la inspiración del Espíritu sacudía el infierno. En cambio, en nuestros días, la oración que vence al mundo, nunca había sido dejada por tantos, al cuidado de tan pocos. Sin embargo, no hay sustituto para esta clase de oracion; o la practicamos o morimos.

Una religión de mera emoción y sensacionalismo és la más terrible de las maldiciones que puede sobrevenir a cualquier pueblo. La ausencia de realidad es bastante triste, pero la pretensión de ello es un pecado mortal.

S. Chadwick

Conviene quitar la idea de que la fe es un heroísmo espiritual propio tan solamente de espíritus selectos. Hay, ciertamente, héroes de fe; pero la fe no es sólo para héroes. Es un asunto de madurez u hombría espiritual. Es madurez, a la que todos pueden llegar.

P. T. Forsyth

Cuando Dios se propone hacer una misericordia grande con su pueblo, la primera cosa que hace es invitarles a orar.

Matthew Henry

Verdad sin entusiasmo, moralidad sin emoción, ritual sin vida, son cosas que Cristo condenó rotundamente. Con falta de fuego la religión se convierte en una filosofía sin Dios, un sistema ético o una superstición.

S. Chadwick

El llamamiento de la cruz es, por tanto, entrar en esta pasión de Cristo. Debemos tener sobre nosotros la marca de los esclavos.

Gordon Watt

Mi necesidad cumple tu plenitud, y tengo mi todo en Ti.

Desconocido

He visto rostros sobre los cuáles la Sagrada Paloma aparecía invisiblemente.

Carlos Lamb hablando de los Cuáqueros

Fervientes en espíritu: sirviendo al Señor.

El apóstol Pablo

UN LLAMAMIENTO A *LA* UNCIÓN EN EL PULPITO: ACCIÓN EN LOS BANCOS DE LA IGLESIA

3

Cuando un hombre se ha arrastrado durante años en un cristianismo convencional y de repente levanta un vuelo a una inteligencia espiritual y se hace activo y fervoroso en la batalla por el Señor, mostrando un incansable celo por los perdidos, hay alguna razón para ello. (Pero estamos en tiempos tan subnormales al presente que lo que era normal en los días del Nuevo Testamento parece anormal hoy día.) El secreto de este hombre o mujer que se levantan como un *jet* en los caminos del Señor es que en algún lugar o de alguna manera ha tenido, como Jacob, un encuentro con Dios y ha sido herido en su naturaleza! carnal, pero ha sido fortalecido por el Espíritu Santo.

Hay dos factores indispensables para la vida cristiana que tiene éxito: son *visión* y *pasión.* Los hombres pueden] vencer imponentes tempestades de criticismo carnal y escalar las más peligrosas alturas de despiadada oposición diabólica para plantar por encima de todo la cruz de Cristo. ¿Cómo? Si han cogido una visión y contraído, una pasión.

Algunos nos exhortan ahora a no hacernos tan fanáticos que no seamos útiles para las cosas terrenas. Hermano, este peligro no existe en la generación actual. La verdad brutal y sin paliativos de nuestros días es que somos tan terrenales que apenas somos útiles para las cosas celestiales.

Amigo, si fueras tan diligente en el cuidado de las almas como lo eres para tus negocios serías una amenaza al diablo; pero si fueras tan poco diligente para tus negocios terrenales como lo eres para los negocios celestiales, es seguro que tendrías que mendigar tu pan.

George Deakin martilleó en mi mente por muchos años esta acertada sentencia: Una visión sin una tarea hace un visionario; una tarea sin visión, un galopín sin oficio ni beneficio; una visión y una tarea, un perfecto misionero.

Isaías tuvo una visión *cuando murió el rey Usías.* Quizá hay una persona en tu vida que está impidiendo tu plena visión del Señor. La expansión espiritual tiene un alto precio y hay que pagarlo a veces mediante una decisión crucial. ¿Estás preparado para una visión a ese alto preció, la pérdida de un amigo o de una carrera? No hay precios de ganga para una verdadera renovación espiritual. Si sólo quieres ser sabio y santificado para tu propia satisfacción, el ejército del Señor no tiene necesidad de ti.

Isaías tuvo una visión en tres dimensiones. Observadlo en Isaías 6,

versículos 5 al 9: «¡AY DE MI!», una frase de *confesión;* HE AQUÍ, la palabra de limpieza; VE, la palabra de comisión.

Fue una visión hacia arriba, vio al Señor; *interna* —se vio a sí mismo; *externa* —vio al mundo.

Fue una visión de *santidad.* ¡Amados míos, cómo necesita nuestra generación una visión de Dios con toda su santidad! De *humillación:* «Yo soy inmundo.» De *anhelo:* «¿Quién nos irá?»

Fue una visión de *altura* —vio al Señor sobre un trono alto y sublime. Una visión de *profundidad* —vio los escondrijos de su propio corazón. Una visión de *anchura* - vio al mundo.
En esta hora cuando la generalidad de la Iglesia conoce más de promoción que de oración; cuando se ha olvidado la consagración, convirtiéndola en competencia, y lio ha sustituido la propagación por propaganda, esta triple visión es imperativa.

Donde no hay visión «el *pueblo* perece». Donde no hay pasión, perece *la iglesia* aun cuando se vea llena hasta las puertas. Un predicador mundialmente famoso, que había sido usado poderosamente por Dios en años pasados para un verdadero despertamiento (distinto del actual evangelista de masas), me dijo que había tenido una visión así. Toda vía puedo ver su rostro asombrado cuando me contó que no sabía si estaba o no en el cuerpo o había sido transportado, pero que pudo ver una multitud incontable sumergida en un abismo, rodeada de fuego, encerrada en el «manicomio del Universo»: EL INFIERNO. Este predicador nunca más fue lo que había sido antes, desde que tuvo esta visión.
¿Cómo podía ser de otro modo?

¡Oh, que Dios nos concediera una revelación semejante que rompiera nuestro corazón! ¿Nos hemos educado en el secreto de la oración y en la escuela de la adversidad, de tal modo que nuestros espíritus pudieran soportar semejante visión quebrantadora? Bienaventurado el servidor de Dios a quien el Señor imparta esta visión, si no físico-psíquica, sí de un modo espiritual.

Nadie vive más allá de su visión. Inteligentes teólogos no pueden romper las murallas de hierro de la superstición y oscuridad espiritual tras las cuales han vivido millones de seres humanos durante milenios. Sólo hombres quizá con menos profundidad intelectual, pero con mas profundidad de visión pueden hacerlo.

Ser espiritual produce gozo y paz; sin embargo, el hombre espiritual no puede pasar por encima de hechos conturbadores como los siguientes. Leedlo y llorad:

JAPÓN. — El gobierno declara que su población excede de los 70 millones de seres humanos y está creciendo a razón de un millón cien mil personas por año. Esto significa un aumento de cinco millones de almas sin Cristo cada cinco años, pues no pueden calcularse los verdaderos convertidos anualmente en más de cien mil. Pon esto en tu lista de oración.
COREA. — Allí hay (1) nueve millones de habitantes la mayoría refugiados, sin hogar y casi sin alimentos.

(1) *Al* tiempo de escribirse este libro. Las condiciones han mejorado allí desde entonces; pero el cuadro es indescriptiblemente peor hoy día en Vietnam. — *Nota del traductor.*

INDIA. — Centenares de millones de seres viviendo en tinieblas y sombra de muerte.
PALESTINA. — Un millón de refugiados árabes.
EUROPA. — Once millones de «personas desplazadas». ¡Qué dolor de corazón causa este pensamiento!
CHINA. — Más de 300.000 refugiados de la China comunista viven en chozas en los suburbios de Hong-Kong.

Y si venimos a la condición espiritual, ¡qué peso abrumador produce en el alma cristiana pensar que existen quince millones de judíos, trescientos millones de budistas, ciento setenta millones de mahometanos, trescientos cincuenta millones de confucionistas, cincuenta millones de Hinduistas, noventa de sintoístas, y otros millones de paganos para quienes Cristo murió, pero que no han sido alcanzados con las Buenas Nuevas del Evangelio! Aun en la misma América del Norte, tan cristiana, se calcula que hay veintisiete millones de menores de edad que no reciben educación cristiana, y diez mil aldeas sin iglesia alguna. Casi un millón de personas mueren cada semana en el mundo sin Cristo. *¿No significa nada esto para ti?* Quizá, ¡quién sabe!, Dios está más enojado con América del Norte e Inglaterra que contra Rusia. ¿Te parece raro?. Considera serenamente que en Rusia hay millones que no han tenido jamás la oportunidad de escuchar un claro mensaje del Evangelio, ni tener una Biblia, ni les es fácil escuchar un programa evangélico por radio. Millones acudirían a una iglesia si pudieran.

La repetida declaración de que el pecador debe tener una visión del infierno es enteramente equivocada. Lo que probablemente necesita es una visión del Calvario, con el dolorido Salvador llamándole al arrepentimiento, pues si existe tan maravillosa salvación, ¿por qué debe perecer? Se cita a William Booth, el fundador del Ejército de Salvación, quien decía que quisiera, si fuese posible, que sus soldados, como final de su entrenamiento, pudieran estar 24 horas contemplando los sufrimientos eternos del Infierno. El fundamentalismo, que profesa la misma fe que Booth, necesita tal visión. Y el grandilocuente predicador modernista lo necesita todavía más.

Carlos Peace era un criminal que no respetaba leyes divinas ni humanas. Finalmente fue capturado y condenado a muerte. En la fatal mañana de su ejecución, mientras era conducido de su celda al cadalso, en la prisión de Armley (Leeds), Inglaterra, iba delante el capellán de la prisión leyendo rutinariamente textos bíblicos que hablan de la condenación y de la vida eterna que Cristo Jesús vino a obtenernos con su sacrificio. El reo tocó al predicador por la espalda y le preguntó qué estaba leyendo.; «Son los consuelos de la religión, para esta hora fatal», respondió el clérigo. «¿Y usted cree que todo esto es verdad?», replicó el criminal. El oír leer de un infierno con fuego que nunca acaba de consumir a sus víctimas, con la indiferencia con que lo estaba haciendo el funcionario de la prisión, era demasiado para Carlos Peace, y al mismo pie del cadalso, en el patio de la cárcel, le espetó el siguiente sermón:

«Señor, si yo creyera lo que usted y su iglesia dicen, aun cuando Inglaterra estuviera cubierta de costa a costa de cristales rotos yo iría descalzo, o de rodillas, a predicar a la gente que se arrepintiesen y evitaran semejante suerte. Creo que los cristianos no deberían vivir para otra cosa que para salvar almas, si realmente creyeran lo que dicen creer.»

Querido lector, porque la Iglesia ha perdido el fuego del Espíritu Santo los

nombres van al fuego del infierno. Necesitamos una nueva visión del santo Dios. Dios es esencialmente santo. Los querubines y serafines no clamaban: «Omnipotente, omnipotente es el Señor», ni tampoco: «Omnipotente, omnipotente es Dios», sino: «Santo, santo, santo». Este vasto concepto hebreo necesita entrar de nuevo en nuestras almas. «Si hiciera del abismo mi habitación, allí estás tú; si tomaras las alas de alba, allí estás tú.» Dios trasciende el espacio y el tiempo. El Dios de quien no podemos escaparnos espera en la Eternidad. ¡Cuan bueno es estar en paz con El desde *aquí,* y estar en el centro de su voluntad *ahora!*

Estar en su presencia un rato con temor y temblor antes de dirigirnos a nuestro trabajo diario sería un poderoso estimulante para nuestras almas. Quien teme a Dios no teme a los hombres. El que se arrodilla ante Dios sabrá estar de pie ante cualquier situación difícil. Una mirada diaria al Santo de los santos nos haría sumisos a su voluntad, unidos a su omnipotencia, callados ante su omnisciencia y reverentes ante su *santidad.* La enseñanza es la norma de nuestro siglo: «Un ministro santo sería una poderosa arma en las manos de Dios», decía Roberto Murray McCheyne.

Ante la visión del capítulo 6 de Isaías el profeta tiene una serie de ayes: *«Ay de mí...», «yo soy...».* «Yo soy falto de oración», debería ser nuestra confesión y clamor. ¿No hay, por ventura, departamentos impuros en nuestra mente? ¿No tenemos esqueletos guardados en los estantes de nuestros corazones? ¿Puede el Espíritu Santo ser invitado a acompañarnos por los corredores de nuestra alma? ¿No hay allí fuentes secretas de mal? ¿Motivos egoístas y cámaras secretas conteniendo cosas corruptas que dominan nuestras almas? Se ha dicho que hay tres personas en cada uno de nosotros. La que nosotros pensamos ser, la que la gente piensa que somos y la que somos realmente a los ojos de Dios.

A menos que anhelemos sinceramente obtener la victoria espiritual, ¡seremos tan blandos para nosotros mismos y tan duros para otros! El yo propio se ama a sí mismo. No sabemos practicar lo que dijo cierto santo de Dios llamado Gerardo Majella: Que con la ayuda de Dios amaba a todo el mundo menos a Gerardo Majella. ¡Magnifica idea! Pero con demasiada frecuencia nos ocultamos de nosotros mismos. Invitemos al ojo escudriñador y omnisciente del Señor a descubrir las corrupciones de nuestro astuto «yo». Que sea quitado de nosotros y «crucificado con Cristo», para que de aquí en adelante «no sirvamos más al pecado» (Romanos 6:6).

No sirve llamar al pecado con algún otro nombre, diciendo: «Aquella persona sí que tiene el genio diabólico, el mío es sólo justa indignación por ciertas cosas. Ella es intratable; mi irritabilidad es sólo un caso de nervios. Él es codicioso; yo no hago sino extender mi negocio. Él es terco; yo soy solamente un hombre de convicciones. Ella es orgullosa; yo no hago más que tener buen gusto por las personas y los objetos.» Hay excusa para todo, si nos lo proponemos.

Pero el Espíritu Santo no nos engaña ni disimula nada si nos sometemos a su infalible escrutinio. Jesús dijo (al ciego): «¿Qué quieres que te haga?» Él le respondió: «Señor, que recobre la vista» (Marcos 10:51). Pidamos vista, vista espiritual, interior y exterior. Entonces, como Isaías, miraremos *arriba* y veremos al Señor con toda su santidad miraremos a nuestro interior y veremos nuestra necesidad de limpieza y poder; miraremos fuera y veremos a un mundo que perece y necesita un

Salvador.

«Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos y ve si hay en ellos camino de perversidad, y guíame por el camino eterno» (Salmo 139:23-24). Entonces habrá *unción en el pulpito y movimiento en los bancos de la iglesia.*

¿No confiamos demasiado, hoy día, en el brazo de carne? ¿No pueden ser hechas hoy día las mismas maravillas que en el tiempo antiguo? ¿No están hoy día los ojos del Señor recorriendo toda la tierra para mostrar su poder a quienes ponen su confianza en El? ¡Oh, que Dios me diera más fe práctica en El! ¿Dónde está el Dios de Elías? Pues está esperando a algún Elías que le llame.

James Gilmour de Mongolia.

Conocemos el poder de la oración, por los esfuerzos de los *malos espíritus para distraernos durante el divino trabajo; y experimentamos el fruto de la oración por la derrota de nuestros enemigos.*

Juan Clímacus

Cuando nosotros acudimos a Dios en oración, el diablo sabe que vamos a proveernos de poder en su contra, y por esto se opone tanto como puede.

R. Sibbe

Yo busqué a un hombre.

Ezequiel 22:30

Elías era un hombre.

Santiago 5:17

¿DONDE ESTA EL DIOS DE ELIAS?

4

A la pregunta: ¿Dónde está el Dios de Elías? Respondemos: Pues ¡donde ha estado siempre: en su trono! Pero ¿dónde están los Elías de Dios?

Sabemos que Elías era un hombre «de pasiones semejantes a las nuestras», pero, ¡ay!, nosotros no somos hombres de oración como él. Hoy Dios parece olvidar a los hombres de oración; no porque somos demasiado ignorantes, sino porque somos demasiado autosuficientes. ¡Hermanos, nuestras capacidades son nuestros impedimentos y nuestros talentos piedras de tropiezo!

Elías salió de la oscuridad al escenario del Antiguo Testamento como un hombre maduro. La reina Jezabel aquella hija del infierno, había destruido a los profetas de Dios remplazándoles por sacerdotes de divinidades falsas. Oscuridad espiritual cubría la tierra. El pueblo estaba ciego y bebía la iniquidad como agua. Cada día se levantaban nuevos templos paganos, donde se practicaban crueles ritos en los que perecían inocentes víctima humanas de niños y doncellas.

Todo esto ocurría en un pueblo que llamaban a Abraham su padre, y cuyos antepasados habían clamada a Dios en sus tribulaciones y habían sido librados de todas sus angustias. El Señor de gloria parecía ausente y la san había perdido su sabor. El oro se había convertido en escoria. Sin embargo, de su profunda apostasía Dios levantó a un hombre —no un comité, ni una secta, ni un ángel sino un HOMBRE—, y un hombre de pasiones semejante a las nuestras. Dios *llamó á un hombre,* no a predicar, sino «a *estar en el portillo».* Como Abraham en antiguos tiempos, así ahora Elías *«estuvo ante el Señor».* Por esto el Espíritu Santo pudo escribir su biografía en dos palabras: *«Ellas oró»* Nadie puede hacer nada más importante para Dios y para los hombres. Si la Iglesia tuviera hoy tantos ardientes intercesores como tiene consejeros diligentes, veríamos el despertamiento universal antes de un año.

Tales hombres de oración son siempre benefactores nacionales. Elías era uno de éstos. Oyó una voz, vio una visión, experimentó un poder, se enfrentó con un enemigo y, contando con Dios como aliado, obtuvo una gran victoria.

Las lágrimas que derramó, las angustias que sufrió y los gemidos que profirió están escritos en el Libro de las Crónicas de Dios. Por fin, Elías emergió con la infalibilidad de un profeta. Conoció la mente de Dios. Por tanto, un solo hombre conquistó una nación y alteró el curso de la Naturaleza. Este, «desecho de los hombres», se mantuvo firme e inconmovible como los montes de Galaad cuando cerró los cielos con su palabra. Por la llave de la fe, que se adapta a todos los cerrojos, Elías

cerró los cielos, se puso la llave en el bolsillo y Acab tembló. Aunque es maravilloso cuando Dios se apodera de un hombre, es todavía más admirable cuando un hombre se apodera de Dios. Que un hombre de Dios «gima en el espíritu», y Dios clamará: «Dejadme hacer.» Nosotros quisiéramos las proezas de Elías, pero no sus destierros.

Hermanos, si hacemos la obra de Dios, a la manera de Dios, en el tiempo de Dios y con el poder de Dios, tendremos la bendición de Dios y las maldiciones del diablo. Cuando Dios abre las ventanas del cielo para bendecirnos, el diablo abre las puertas del infierno para atacarnos. La sonrisa de Dios significa el ceño del diablo. Los simples predicadores no pueden ayudar ni dañar a nadie; pero los profetas conmueven a todo el mundo y hacen desesperar a algunos. El predicador suele ir con la multitud, el profeta va en contra. Un hombre pobre, pero ardiente y lleno de Dios, será tildado de mal patriota porque habla contra los pecados de su nación; de severo, porque su lengua el una espada de dos filos; de desequilibrado, porque el peso de la opinión está en su contra. El predicador será ensalzado, el profeta abucheado.

¡Ah, hermanos predicadores! Amamos a los santos de la antigüedad, mártires y reformadores. Veneramos a nuestros Luteros, Bunyans, Wesleys, Asburys, etc. Escribimos sus biografías, reverenciamos su memoria, redactamos respetuosos epitafios, les construimos monumentos. Lo hacemos todo menos imitarles. Veneramos como reliquia hasta la última gota de su sangre; pero nos guardamos de derramar una gota de la sangre nuestra.

Juan el Bautista pudo mantenerse seis meses en prisión; pero él y Elías no podrían permanecer seis semanas en la calle de una ciudad moderna. Los encerrarían en manicomio por reprender el pecado y no silenciar su mensaje.

Los evangelistas de nuestros tiempos lloran el poder de los sistemas ateos, pero cierran la boca ante la amenaza de la religión nominal y apóstata. América se estremecería de costa a costa si algún predicador famoso atacara, a las religiones humanamente organizadas y sus errores; nadie siente compasión por las multitudes engañadas, en vida y en muerte, con formas nocivas de religión. Tales multitudes tienen que conmovernos, como conmovieron a Elías circunstancias parecidas. El enemigo ha venido como un río. ¿No hay ningún guerrero de Dios, revestido con la armadura del Espíritu Santo, capaz de levantar bandera contra él? Sólo un lugar mantendrá el corazón en pasión y los ojos en visión. Este lugar es la cámara secreta de la oración. Elías, con un volcán en el corazón y voz de trueno, apareció en el reino de Israel para un tiempo como ése.

Las dificultades para la evangelización mundial son muchas en nuestros días. Pero las dificultades dan lugar a hombres decididos. ¿Has llegado ante ríos que te parecen invadeables? ¿Te hallas ante montañas incruzables? Dios es especialista de cosas imposibles para todo otro poder.

Pero el precio es alto. Dios no quiere ser nuestro asociado sino a condición de ser dueño.

Elías vivió con Dios. Consideró los pecados de la nación como pecados contra Dios; se entristeció sobre tales pecados como Dios mismo, y habló contra ellos como Dios. Fue tan apasionado en sus oraciones como en su denuncia del mal. Su predicación era como fuego y los corazones

de los hombres como metal fundido.

Pero «los pasos del hombre de bien son ordenados por (el Señor» (Salmo 37:23). El Señor dijo a Elías: «Esconderte», y más tarde dijo: «Muéstrate». Habría sido un gran error esconderse cuando tenía que reprender a reyes por el amor de Dios, y peligroso desafiarles sin orden expresa del Señor. Es un error predicar si el Espíritu nos ordena esperar en el Señor. Debemos aprender a decir como David: «Alma mía, espera siempre en Dios» (Salmo 62:5). ¿Quién se atreverá a pedir a Dios cortar todos nuestros propios apoyos? Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Sus caminos son «escondidos», pero Él nos los revela por el Espíritu Santo.

¿Le ordenó Dios alojarse en Sarepta en algún gran hotel? ¡Oh, no! ¡A este profeta de Dios, a este predicador de la justicia le fue ordenado alojarse en casa de una viuda pobre!

Más tarde la oración de Elías fue un modelo de oración concisa: «Escúchame, oh Señor, escúchame, para que este pueblo pueda conocer que Tú eres el Señor y que Tú has cambiado su corazón» (1.ª Reyes 18:37). E. M. Bounds tiene razón al decir que las oraciones breves en público son el resultado de largas oraciones en secreto. Elías oró, no por la destrucción de los profetas idólatras, ni que cayeran rayos sobre el rebelde pueblo de Israel, sino para que la gloria y el poder de Dios se revelaran como Dios quisiera.

Nosotros tratamos de ayudar a Dios a salir de las dificultades. Recordad que Abraham lo intentó, y hasta el día de hoy el mundo sufre su error a causa de Ismael. En cambio, Elías trató de poner las cosas más y más difíciles para Dios. ¡Pidió fuego e hizo empapar el altar de agua! Dios quiere vernos atrevidos en nuestras oraciones. «Pídeme y te daré las gentes por heredad, y por posesión tuya los términos de la tierra» (Salmo 2:8). ¡Oh hermanos ministros! La mayoría de nuestras oraciones son advertencias y consejos a Dios. Nuestra oración está teñida de egoísmos, ya sea para nosotros mismos, para nuestra denominación o para nuestro grupa ¡Perezca tal pensamiento! Nuestro objetivo debe ser Dios solo. Es su honor el que está puesto en juego. Su bendita Hijo el que es despreciado e ignorado. Sus leyes, quebrantadas. Su nombre, profanado; su Libro, olvidado, y su Casa, convertida en un círculo de actividades recreativas Dios necesita mucha paciencia para con las oraciones de su pueblo. Le decimos lo que tiene que hacer y cómo. Hacemos juicios y formulamos apreciaciones cuando oramos. En una palabra: lo hacemos todo menos orar. Sin embargo, en ninguna Escuela Dominical puede aprenderse este arte. ¿Qué escuela bíblica tiene la oración como una de sus asignaturas? La ciencia más importante que uno puede estudiar es la oración según la Biblia. Pero ¿dónde se enseña semejante ciencia? Liándonos la manta a la cabeza nos atreveremos a decir que muchos de nuestros presidentes y maestros no oran ni derraman lágrimas ante Dios. ¿Cómo pueden enseñar lo que no saben?

La persona que pudiera inducir a muchos creyentes a orar levantaría el más grande despertamiento que el mundo haya conocido. La falta no está en Dios. «Él *es poderoso para hacer conforme al poder que obra en nosotros».* El problema para Dios hoy día no es el Ateísmo, ni la Religión falsa, ni el Liberalismo o Modernismo. El problema para Dios es el Fundamentalismo muerto.

El evangelismo y el despertamiento., aunque íntimamente unidos, no deben ser confundidos. El despertamiento es una experiencia de la Iglesia; el evangelismo, una expresión de la Iglesia.

Paul S. Rees

Dios nunca ha tenido el propósito de que su Iglesia sea mi refrigerador para conservar la piedad; sino una incubadora de nuevos convertidos.

F. Lincicome

¿Soy yo, Señor?

Los apóstoles

¿Has llegado ante ríos invadeables? ¿Te hallas quizá ante montañas incruzables? Dios es especialista de cosas imposibles. Y se complace en hacer lo imposible a todo otro poder.

¡Señor, ayúdanos a obtener popularidad donde ésta lleve verdadero valor: En la Corte Celestial!

Zepp

EL DESPERTAMIENTO EN UN CEMENTERIO

5

La mano del Señor vino sobre mí, y mi llevó en el espíritu del Señor y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos...; he aquí que eran muchísimos... y estaban secos... Y me dijo: Profetiza sobre estos huesos y diles: huesos, oíd la palabra del Señor... Profeticé, pues, como me fue mandado, y entró espíritu en ellos y vivieron y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo.
(Ezequiel 37)

¿Ofrece la historia antigua o moderna una descripción más ridícula que ésta? Aquí hay huesos descarnados! ¿Quién ha tenido jamás semejante auditorio? Los predicadores tratan con posibilidades, los profetas con imposibilidades. Isaías había visto a su nación llena de llagas putrefactas, de maldad. Pero, según el cuadro, a la enfermedad había seguido la muerte, a la muerte la desintegración de la carne, y ahora estos huesos esparcidos no ofrecen sino desconsuelo. La situación podría describirse en letras mayúsculas como de absoluta IMPOSIBILIDAD. No se necesita mucha fe para creer lo imposible, pero ahora se necesitaba aquel «grano de mostaza» capaz de realizar lo imposible. Ciertamente, ¿puede alguien describir las posibilidades de una semilla viva? Una y otra vez, en el curso de los siglos, Dios ha estado llamando hombres y mujeres a realizar, no lo posible, sino lo imposible. Para probar que apoyarse la impotencia en la omnipotencia de Dios no es en vano, ha borrado la palabra imposible de su vocabulario.

Los profetas son hombres solitarios. Andan solos, oran solos, y Dios les hace ser solitarios. No hay molde para ellos: su patente de derechos radica en Dios, por el principio de la elección divina. Por ello, a ninguno le es permitido el desaliento. Que nadie diga que es demasiado anciano, pues Moisés contaba 80 años cuando le fue ordenado libertar a todo un pueblo esclavizado. Después que Jorge Müller hubo cumplido los 70 efectuó varios viajes de testimonio alrededor del mundo (con los difíciles menos de viajar de su tiempo y sin la ayuda de la radio predicó a millones de personas).

Ezequiel no nombró un comité influyente ni empleó la publicidad. Era caso de vida o muerte (así lo es el evangelismo hoy día). Pero que tengan cuidado los predicadores en usar esta expresión ya demasiado vieja y gastada de la jerga teológico-misionera, no sea que sus oyentes se limiten a decir: «Es un tío listo, sabe hacer propaganda» (y le dejen sin ayuda material ni espiritual).

A aquel montón de huesos secos se pidió a Ezequiel que predicara un mensaje de vida; y así ocurrió. ¿Había allí maldición? ¡Había muerte! ¿Quién podría traer vida? ¡No hubo allí una magnífica declaración de doctrina!

Amados lectores: El mundo no espera una nueva definición del Evangelio, sino una nueva demostración del poder del Evangelio. En

estos días de aguda crisis política, de desorden moral y de desaliento espiritual, ¿dónde están los hombres hábiles, no en doctrina, sino en fe? No se necesita fe para condenar el error; o dar concluyentes pruebas estadísticas de que los diques morales están hundidos y una ola de impureza infernal ha invadido esta generación. ¿Doctrina? Tenemos de sobra, mientras un mundo enfermo, angustioso, hundido en el pecado y el sexualismo, perece de hambre espiritual.

En esta hora trágica el mundo yace en tinieblas y la Iglesia yace en la luz; pero ambas duermen. Así Cristo es «herido en casa de sus amigos». La fláccida iglesia militante es señalada burlonamente como la iglesia impotente. Gastamos cada año montañas de papel y ríos de tinta reimprimiendo los muertos productos de cerebro humanos, mientras el Espíritu Santo viviente está buscan de hombres dispuestos a pisotear su vano orgullo cultural, deshinchar su propio yo y confesar que, teniendo vista están ciegos. Hombres dispuestos a comprar, por el precio de quebrantamiento de corazón y sinceras lágrimas, el ser ungidos con colirio divino para ver las cosas como son.

Hace años un pastor puso a la puerta de su iglesia el siguiente rótulo: «Esta iglesia tendrá un despertamiento o un funeral.» Esta clase de pesimismo complace al Cielo y desespera al infierno. ¡Lo llamaréis locura! Exactamente, una iglesia sensata según el mundo nunca hace nada bueno. En esta hora crucial necesitamos hombres embriagados del Espíritu Santo. ¿Dónde están hoy día los Wesley, los Whitefields, los Finney y los Hudson Taylors? Sin embargo, en los días de los Hechos de los apóstoles tal tipo de cristianos no era una excepción, sino la regla normal. La bomba atómica parece haber inquietado a todo el mundo excepto a la Iglesia. Con defender la soberanía de Dios y ocultarnos tras la cortina de un fanático dispensacionalismo, creemos estar a salvo de nuestra bancarrota espiritual. Entretanto el infierno se va llenando. Con el Ateísmo en el mundo, el Modernismo en la Iglesia y la Moderación en los grupos fundamentalistas, ¿estará el Señor buscando en vano, como en los días de Ezequiel, el hombre que se ponga firme en el portillo?

Hermanos predicadores, la verdad desnuda es que en nuestros días estamos más ansiosos de viajar que de engendrar; de ahí que no tengan lugar nacimientos espirituales. ¡Que Dios nos envíe, y pronto, un profeta extraordinario a curar una iglesia extraordinariamente coja!

Es demasiado tarde para dar nacimiento a ningunas otra denominación. Ahora mismo Dios está preparando a sus Elías para la última gran ofensiva contra el frío ateísmo militante (disfrazado con una careta religiosa). En el gran despertamiento final el poderoso Espíritu Santo será vino nuevo, rompiendo los viejos y secos odres del sectarismo. ¡Aleluya!

Notad que Ezequiel era «llevado por él Espíritu». Como hombre hubiera temblado a la vista del macabro espectáculo, pero guiado por la fe de Ezequiel se hallaba el destino de millares, si no millones de seres. Observad que decimos guiado por la fe, no por la oración. Muchos oran, pero tienen poca fe. ¡Qué escalofríos podían haber sacudido su espíritu ante semejante vista! El cielo y el infierno eran únicos espectadores en la soledad del desierto. Seguramente si Ezequiel hubiese vivido en nuestros días habría sacado fotografías de Prensa del macabro espectáculo. Además, amigo de estadísticas, habría contado los huesos.

Cuando hubiese corrido la noticia del hallazgo habría llamado a otros a presenciar el espectáculo de sus operaciones proféticas (no fuese que los

hombres hubieren dejado de darle el rango que le correspondía entre los evangelistas nacionales). Nada de esto hizo Ezequiel. Escuchad: «Entonces profeticé como me había sido ordenado», dice. (Aquí está el quid del asunto, se hizo un necio por amor a Dios). «Vosotros huesos secos, oíd la Palabra del Señor Jehová.» ¿No es una locura? Cierto, y de las de primer orden. Dice a los huesos «oíd»; ¿es que por ventura tienen oídos los huesos secos? Pero Ezequiel hizo exactamente lo que le había sido mandado. Nosotros, para salvar nuestro buen crédito, modificamos las órdenes de Dios y así perdemos nuestro crédito. Pero Ezequiel obedeció y Dios obró. Hubo un gran ruido. Bueno, esto es lo que nos gusta a nosotros. Pero Ezequiel no confundió conmoción por creación, ni acción por unción, ni agitación por despertamiento.

Con solamente un soplo de sus omnipotentes labios podía Dios haber levantado este montón de huesos secos a la vida, pero no fue así. Hubo muchas operaciones. Primero: «Huesos, juntaos uno con otro» (ya no eran un montón. Tal fenómeno nos habría puesto a nosotros fuera de quicio. Pero no fue así con Ezequiel. ¿De qué servían aquellos esqueletos? ¿Podían pelear las batallas del Señor o traer honor a su nombre?

Con demasiada frecuencia hoy día muchos cuentan el número de esqueletos que se levantan al llamamiento de algún famoso evangelista, conmovidos, seguramente, pero no nacidos de nuevo. A sus pocas lágrimas respondemos apresuradamente: Cree estas promesas del Señor, les decimos. Pero todavía no tienen vida. A veces ni siquiera volvemos a verlos; pero a veces prosiguen instruyéndose en las cosas espirituales. En el mejor de los casos, podríamos decir, como en el ejemplo de Ezequiel, que los huesos se cubren de carne, y entonces el valle se cubre ya no de huesos, sino de cadáveres. ¿Sirven para algo en el Reino de Dios? De ningún modo. Tienen ojos pero no pueden ver; tienen manos pero no pueden luchar; pies pero no pueden andar. Así son nuestros inquiridores; hasta que ocurre lo último. «Entonces volví a profetizar otra vez», dice Ezequiel; venció la duda. En vez de quedar desanimado, primero por los esqueletos y después por los cadáveres, sintió que Dios estaba con él y podía llevar la obra hasta el final. Sólo con Dios obtuvo la victoria. «Profetizó como le había sido mandado, y vino espíritu sobre ellos y VIVIERON.»

Pero ¿quién puede decir hoy día de los cadáveres espirituales: «Profeticé como me había sido mandado, y vivieron». Podemos, hermanos, conseguir multitudes. Nuestra inteligente propaganda, nuestra radio, nuestros artistas, nuestra música, pueden alcanzar multitudes y producír ruido y movimiento; pero ¿qué ganamos con todo ello? Porque, hermanos, lo cierto es que ni siquiera sabemos, muchas veces, si Dios nos ha llamado o no para entrar en el ministerio. ¿Tenemos dolor en el corazón por los hombres que perecen? El peso de pensar que un promedio de 85 personas mueren sin Cristo en el mundo a cada minuto que pasa, ¿no es un motivo para sentirnos apesadumbrados? ¿No debemos, en este mismo momento, levantar los ojos a Dios (pues El está mirándonos a ver si lo hacemos) y decirle: «¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!»? ¿Podemos ahora mismo decir: «El Espíritu del Señor es sobre mí, ungiéndome para predicar»? ¿Contamos con el infierno? ¿Podrían decir los demonios de nosotros lo que dijeron de ciertas personas que pretendían actuar en nombre de Cristo? A Jesús conozco, y a los pastores que tú citas, X y X, también; pero tú mismo, ¿quién eres?

Las más probables predicciones políticas del porvenir del mundo no son

para alentar a nadie. ¿Y qué diremos de las religiosas? El ciudadano espectador está confuso viendo a los «Testigos de Jehová» repartiendo su veneno de puerta en puerta; a los Cientistas cristianos (que no son ni cientistas ni cristianos) proclamando sus errores; a los sectarios Adventistas no dejando piedra por remover, y a la fracasada iglesia nominal manteniendo aún que ella tiene derecho a juntar bajo su regla a todos los que conocen a Cristo, pues ella sola tiene la promesa de las llaves del Reino de los Cielos. Por eso, el ciudadano del mundo que conoce el evangelio de oídas, pero no ha visto ni sentido el poder del Evangelio como una visita divina al alma humana, tiene todo derecho a preguntar: ¿Dónde está nuestro Dios? ¿Qué le contestaremos?

Una de las cosas más penosas es constatar la ineficacia de la verdad. ¡De la verdad más pura y ortodoxa! Casi todos sabemos de memoria qué dirá cada predicador fundamentalista. Pero no vemos que su mensaje de la Palabra de Dios «sea viva y eficaz y más penetrante que una espada de doble filo». Todos los ministros de las mejores iglesias se lamentan de la poca efectividad del Evangelio en el mundo moderno. Evangelismo de pompas de jabón parecen ser las más brillantes campañas...; relucen por una temporada..., pero después ¿qué?...

Tenemos, quizás, un atisbo de despertamiento acá o allá en alguna iglesia, pero no logramos interesar ni despertar a los millones sin Dios. Conseguimos llenar algún estadio juntando autobuses repletos, por lo general, de miembros o asistentes ya a iglesias, pero necesitamos un general Booth para traer a los lejanos, a los que están sin Dios y sin esperanza en el mundo.

Los antiguos santos solían cantar:
Ven, alma que lloras, ven al Salvador...
Dile, sí, tu duelo, ven tal como estás,
Que en El hay consuelo, y no llores más.

Pero ¿quién llora hoy día sus pecados? ¿Quién va a Dios quebrantado de corazón? Sin embargo, la verdad es que Dios sólo puede usar cosas quebrantadas. Por ejemplo: Jesús tomó el pan y lo rompió. Sólo entonces pudo alimentar a la multitud. El vaso de alabastro fue roto y entonces es cuando la casa se llenó del olor del perfume. Jesús dijo: «Esto es mi cuerpo roto por vosotros.» Si esto hizo el Maestro, ¿qué haremos nosotros? Pues guardando nuestras vidas es como las perdemos, y perdemos a otros también.

¡Llorar por el pecado! Jeremías exclamó: «Mi cabeza fue como agua», y David dijo: «Ríos de agua descendieron de mis ojos continuamente.» Queridos hermanos, nuestros ojos están secos porque son secos nuestros corazones. Vivimos, hermanos, en unos tiempos cuando tenemos compasión sin compadecer. Cuando una pareja de salvacionístas escribieron al general Booth que habían fracasado en uno de sus intentos de redimir a los perdidos, les envió esta breve respuesta: «Probadlo con lágrimas.» Así lo hicieron y tuvo lugar un despertamiento.

Los maestros bíblicos no enseñan a llorar. Por supuesto, no pueden hacerlo, es una enseñanza que sólo puede impartirla el mismo Espíritu Santo. Un predicador repleto de doctorados no irá lejos, a menos que experimente amargura por los pecados de nuestro siglo. Un clamor repetido de Livingstone era: «Señor, ¿cuándo serán curadas las llagas de este mundo?» Pero nosotros, ¿nos sentimos apesadumbrados al orar? ¿Empapamos nuestros almohadones de lágrimas como lo hacía Juan Welch?

El erudito Andrew Bonar estaba en su cama un sábado por la noche, cuando oyó a altas horas de la madrugada el ruido de la gente que venía de una taberna cercana. Movido por un sentimiento irresistible de compasión empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Oh, oh, esta gente se pierde, se pierde!» ¡Ay, hermanos, nosotros no hemos aprendido así de Cristo! Muchos de nosotros no tenemos sino un ligerísimo sentimiento de simpatía sin lágrimas, sin pasión alguna, por las almas que nos rodean.

En tercer lugar, no sentimos el pecado como pecado: «Los necios se burlan del pecado», dice el Libro de Dios. Fijaos que llama necios, o locos, a los que menosprecian esta gran realidad. Los grandes pensadores de la Iglesia cristiana han designado siete formas de pecar a las que llaman «pecados mortales», dejando a otros como «pecados veniales»; pero es un gran error, pues todo pecado es mortal. Pero estos siete pecados son las raíces de millares de pecados. Las siete cabezas del monstruo que está devorando nuestra generación a toda prisa. Estamos ante una juventud seducida por el placer, que no se preocupa de Dios. Engreída con un pseudo-intelectualismo y adornada con una amplitud de criterio que significa indiferencia a todo lo espiritual, acepta fácilmente las normas degradadas de una nueva moral.

Sería divertido si no fuera trágico que una cierta estrella de cine (conocida por la poca ropa que viste) rehusó ver la primera de sus propias fotografías de strip-tease. (Esta es la clase de artistas que nuestra juventud aplaude, de ahí que se produzcan en abundancia.) El ansia de romper los moldes de moralidad de siglos pasados nos recuerda el caso de la mitología griega cuando Euriteo ordenó a Hércules la tarea de limpiar los inmensos establos de Aurigas, rey de los Pintos, que no lo habían sido por años, arrojando sobre ellos el curso de los ríos Afeo y Peneo.

Así que, ¡cristianos, de rodillas!, desistid del loco intento de mejorar la sociedad rociando la iniquidad individual e internacional con agua de rosas. Arrojad sobre su podredumbre los poderosos ríos de lágrimas y oración y de predicación ungida con el poder del Espíritu Santo, hasta que todo sea limpio. Como dice la estrofa:

Hay pecado en el campo, hay traición.
¿Será en ti, será en mí?
Hay motivo en nuestras filas para la derrota.
¿Está en mí, Señor?
Pecado de egoísmo o de vanidad
Impiden la bendición en jóvenes y viejos,
Algo que detiene la bendición de Dios.
¿Está, Señor, en mí?
¿Está en mí, en mí?
¿Está, Señor, en mí?

La suprema necesidad hoy día es poder de lo Alto.

C. G. Finney

Si Cristo esperó ser ungido del Espíritu Santo antes de salir a predicar, ningún joven debería atreverse a subir a un pulpito antes de haber sido ungido por el Espíritu Santo.

F. B. Meyer

Abstente de discutir acerca de la Palabra de Dios. Obedécela.

Oswald Chambers

No puedo obrar mi salvación, Pues mi Señor lo hizo por mí; Mas cuál esclavo trabajaré Y por amor te serviré, Querido Hijo de Dios.

Autor desconocido

Ante el hecho de la cruz, decidme: ¿no es un escándalo que tú y yo vivamos como vivimos?

Alan Redpath

Tan pronto como cesaremos de sangrar, cesaremos de ser bendición.

Dr. J. H. Jowett

EL DESPERTAMIENTO TARDA PORQUE…

6

Harnack definió el Cristianismo de un modo muy sencillo. Dijo: Es vivir en el tiempo para la eternidad; *bajo la mirada de Dios* y con su ayuda. ¡Oh, que los creyentes pudieran llegar a ser de veras conscientes de lo que significa la Eternidad! Si supiéramos vivir cada momento de cada día bajo la mirada de Dios; si cada acto lo realizáramos a la luz del juicio, que ha de recaer sobre nuestras acciones; si vendiéramos cada artículo, eleváramos cada una de nuestras oraciones, diezmáramos hasta la última de nuestras posesiones, predicáramos (los que somos predicadores) cada uno de nuestros sermones con un ojo a la humanidad condenada y con el otro al tribunal de Dios, entonces tendríamos un despertamiento del Espíritu Santo que conmovería la tierra y en muy poco tiempo salvaríamos a millones de preciosas almas.

Los últimos y osados teólogos de nuestros días, los tronos tambaleantes, los incontenibles avances del Ateísmo y las pretensiones de total dominio religioso por parte de Roma, han de llenarnos de alarma. Ha sido dicho con razón que hay sólo tres clases de personas en el mundo hoy día: los que temen, los que son demasiado ignorantes para temer y los que confían en el Dios de la Biblia. Sodoma, que no tenía Biblia, ni tratados, ni reuniones de oración, ni iglesias, y apenas un solo predicador, fue hallada responsable delante de Dios y fue destruida. ¿Cómo pensáis que escaparán América e Inglaterra de la ira del Todopoderoso?

El hecho es que la gente hoy día edifica iglesias, pero no las llena; se imprimen millones de Biblias, y muy pocos las leen; hablan de Dios, y no creen en El; hablan de Cristo, y no confían en su salvación; cantan himnos, sólo se recrean en la música, no fijándose ni un ápice en las palabras. ¿Cómo tiene que terminar todo esto? Casi cada una de las mayores conferencias y congresos religiosos de nuestros días son la exacta reproducción de la iglesia de Éfeso. Sin embargo, se dice que la iglesia está sentada con Cristo. ¡Qué mentira! Somos efesios, sí, pero, como la iglesia de Éfeso en el Apocalipsis, hemos «perdido nuestro primer amor». Consentimos con el pecado y estamos faltos del primer amor. Consentimos con el pecado y no lo combatimos. Ante tal iglesia, fría, carnal, indiferente, este mundo licencioso, amante de placeres, no se rendirá. Dejemos de buscar excusas. La causa del descenso de la moral no es la radio ni la televisión. La culpa de la presente degeneración y corrupción internacional radica en la Iglesia. Ya no es la Iglesia una espina para el mundo. Recordemos que no ha sido en tiempos de popularidad, sino en los de persecución, cuando la Iglesia ha triunfado. Es extraño que seamos tan simples hasta el punto de creer que la Iglesia está presentando a los hombres los ideales del Nuevo Testamento, al par

que vivimos de un modo totalmente ajeno a tales ideales.

¿Por qué tarda el despertamiento? La respuesta es muy sencilla: *Porque el Evangelio está altamente comercializado.* Los diezmos de las viudas y de los pobres son empleados en una vida de lujo por muchos evangelistas, las grandes multitudes de oyentes y de «convertidos», los saludos de las autoridades, etc., son proclamados a los cuatro vientos. ¡Todo se hace objeto de grande publicidad, excepto la ofrenda de amor! Gentes engañadas dan pensando que los receptores de las ofrendas hacen la obra de Dios, mientras que lo que están haciendo es mantener una alta reputación para predicadores de pequeño corazón que viven al estilo Hollywood.

Hay predicadores que poseen fincas de recreo y botes para pasear en el lago, y que teniendo una buena cuenta en el banco, piden mayores salarios. ¿A tales asalariados avarientos puede confiar Dios un despertamiento del Espíritu Santo? Estos predicadores maniquíes, que cambian de traje dos o tres veces al día, predican al Jesús del establo, pero ellos residen en hoteles de cinco estrellas. Extorsionan a sus oyentes haciéndoles saltar hasta el, último céntimo, que gastan en sus hijos, en nombre de Aquel que tuvo que pedir un denario prestado para ilustrar su sermón. Llevan vestidos de última moda en honor de Aquel que vestía una túnica de sencillo obrero. Comen buenos bistecs en recuerdo de Aquel que ayunó en el desierto. Tales obreros cristianos se creen dignos, no solamente de sus salarios, sino de los intereses compuestos de sus cuentas bancarias. ¡Qué terrible será todo esto en el día del juicio!

El despertamiento tarda porque se ha puesto el Evangelio demasiado barato. Tenemos hoy himnos de iglesia cantados al compás de danza; en las iglesia, en discos sagrados y por la radio. Se canta de la sangre redentora de Cristo al ritmo de vals. ¡Imaginaos una invocación al Espíritu Santo a ritmo de síncope! Los pulpitos se han convertido en escaparates de habilidades, hermanos, y el grupo de visitantes se asemeja, muchas veces, a una exposición de maniquíes.

Sería más fácil oír a una rana entonar el «Claro de Luna» de Beethoven que a un predicador de nuestros días predicar con aquella unción del Espíritu Santo que ponía temblar a los oyentes. Los evangelistas hoy día están dispuestos a todo, con tal de lograr que unas pocas personas se levanten y vengan al pulpito. Evitando mencionar el pecado y la condenación gritan: ¿Quién desea ayuda? ¿Quién quiere más poder? ¿Quién se propone andar más cerca de Dios? Esta fe fácil que hoy día se predica deshonra al Redentor y mancilla el altar. No se dice que el altar es un lugar para morir al mundo y a su pecado. ¡Hay que hacerlo fácil, no difícil! Allá se queden los que no quieren pagar el precio de una verdadera conversión a Dios.

El despertamiento tarda a causa de la poca atención por las almas. Se emplea poco tiempo en orientar a los buscadores, entre los cuales puede haber algunos anhelosos y sinceros. A veces el inteligente predicador les deja abandonados en manos de algún cristiano con más buena voluntad que palabra acertada, para acudir a la puerta a saborear la crema de las alabanzas de sus admiradores. Con tal negligencia espiritual no es extraño que los fieles se encuentren confusos y aturdidos.

El despertamiento tarda a causa del temor. Como evangelistas somos tímidos respecto a las religiones falsas de nuestros días, como si hubiera más de un Nombre por el cual podemos ser salvos. Pero Hechos 4:12 todavía está *en* las Escrituras. Al predicador moderno esto le parece

ridículo.

Elías se burló de los profetas de Baal ridiculizando su impotencia. Es mejor destruir a los dioses falsos (como hizo Gedeón) que faltar a la voluntad de Dios. Los cultos sin Cristo y las religiones parásitas que atentan a su divinidad provocan la ira de Dios. ¿No tenemos que sonar la alarma? Ya no somos ni protestantes ni católicos. ¿De qué protestamos?

Si fuéramos la mitad de lo cristianos que profesamos ser y tuviéramos una décima parte del amor a la verdad y a las almas que decimos poseer, núestro pueblo cristiano se vería bañado en sangre a causa de la persecución, pero asimismo lo sería en el fuego del Espíritu Santo.

Wesley vio cerradas las puertas de las iglesias de Inglaterra a causa de su intrépido valor. El mismo Rowland Hill dijo de él: «El y su legión de predicadores desarrapados, peones, camioneros, labriegos y limpiadores de chimeneas se dedican a envenenar las mentes de las gentes.» Pero Wesley no temió la burla. Desafió a los hombres y a los demonios. Si Whitefield fue asimismo ridiculizado del modo más bajo y ruin, y si los cristianos del Nuevo Testamento fueron apedreados y hechos objeto de ignominia por todas partes, puesto que el pecado y los pecadores no han cambiado, ¿por qué los predicadores actuales no desatamos las iras del infierno? ¿Por qué somos tan normales y tan espléndidamente nulos? Podemos tener tumultos sin despertamientos, pero a la luz de la Biblia y de la Historia, ¿podemos tener despertamiento sin tumultos de oposición?

El despertamiento tarda porque nos falta ardor en la oración. Un famoso predicador dijo estas palabras: «He venido a esta conferencia con un gran peso en mi corazón acerca de la necesidad que tenemos de orar. Los que compartan este sentimiento conmigo que levanten la mano, pero sin hipocresía.» Hubo muchas manos en alto, pero cuando al final de la semana se invitó a una velada de medianoche de oración, el gran predicador se fue a la cama. ¡No tanta hipocresía! La sinceridad está fuera de uso. Todo es superficial. El mayor factor que retrasa el despertamiento del Espíritu Santo es la falta de dolores de parto para el alumbramiento de almas regeneradas. Estamos sustituyendo la propagación de los tiempos primitivos por propaganda. ¡Qué locura! El Nuevo Testamento pone una valiosa postdata referente a Elias en Santiago 5:17, donde dice que «oró». Si no fuera por ese texto, leyendo el relato del Antiguo Testamento, donde no se habla de sus oraciones, diríamos simplemente: «Elías profetizó.»

No hemos resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado, ni tampoco «sudado con agonía de alma», como dijo Lutero. Oramos con una actitud de «lo toma o lo deja». Nuestras oraciones son de ocasión. Ofrecemos lo que nada nos cuesta; ni siquiera tenemos un «fuerte deseo» de aquello por lo cual oramos. Somos acomodaticios, blandos, espasmódicos. El único poder al cual Dios cede es el de la oración. Escribimos acerca del poder de la oración. Un lema innegable que puede aplicarse a la iglesia hoy día es el de *«No luchamos».* Desplegaremos nuestros dones naturales y espirituales, proclamaremos nuestros puntos de vista políticos y religiosos, predicaremos un sermón o escribiremos un libro para corregir una doctrina o edificar al hermano, pero ¿quién asaltará las fortalezas del infierno?, ¿quién se negará buena comida, buena compañía o buen reposo para liberar cautivos de los lazos de Satanás y traer trofeos de almas lavadas por la sangre de Cristo?

Finalmente, el despertamiento *tarda porque quitamos la gloria que pertenece a Dios.* Escuchad y maravillaos. Jesús dijo: «Gloria de los hombres no recibo» y «¿Cómo podéis vosotros creer, pues tomáis la

gloria los unos de los otros y no buscáis la gloria que de solo Dios viene?» (Juan 5:41-44).

¡Afuera con todo el chismorreo por la espalda: «*¡Mi* programa de radio...», «*Mi* iglesia...», «Mis libros...»! Estas presentaciones con el consabido y esperado: «Tenemos el privilegio de tener entre nosotros...», etc., etc. ¡Los predicadores que *han recibido de gracia* todo lo que tienen, no sólo aceptan tales halagos sino que los esperan!, y lo peor es que muchas veces, después de haberlos escuchado nos preguntamos si valen lo que ha sido dicho de ellos, si no hubiesen sido objeto del pomposo anuncio.

DIOS DE MISERICORDIA, ¡cuan poco recibes de todo esto! ¿Por qué no cumples tu amenaza y no nos vomitas de tu boca? ¡Hemos faltado! ¡Estamos sucios! ¡Amamos la alabanza de los hombres! ¡Señor, levántanos de esa caída! ¡Bendícenos con quebrantamiento! El juicio debe empezar con nosotros los predicadores.

El Evangelio no es «una antigua historia contada de nuevo», sino el fuego del Espíritu alimentado por la llama del amor inmortal. Y ¡ay de nosotros si por nuestra negligencia en avivar el don de Dios que está en nosotros, esta llama arde poco!

Dr. R. Moffat Gautrey

El más grande milagro de aquel día (Pentecostés) fue la transformación obrada en aquellos discípulos que esperaban. Su bautismo de fuego les transformó.

Samuel Chadwick

La enseña del Cristianismo no es la cruz, sino la llama de fuego.

Samuel Chadwick

El Evangelio es un hecho; contadlo simplemente.
El Evangelio es un hecho gozoso; contadlo con alegría.
El Evangelio es un hecho real; contadlo con confianza.
El Evangelio es un hecho de infinita importancia; contadlo con ardor.
El Evangelio es un hecho de infinito amor; contadlo con sentimiento.
El Evangelio es para muchos difícil de comprender; ilustradlo con ejemplos hasta hacerlo comprensible.
El Evangelio es un hecho acerca de una Persona; por lo tanto, predicad a Cristo.

Archibald Brown

La verdadera predicación es sudor y sangre.

Dr. José Parker

¿ES LA PREDICACIÓN ARDIENTE POR LAS ALMAS UN ARTE PERDIDO?

7

Han pasado siglos desde que el reformador suizo Escolampadio formuló la frase: «¡Cuánto más harían unos pocos hombres fervientes en el ministerio, que una multitud de tibios!» El paso del tiempo no ha quitado oportunidad a esta frase; al contrario, necesitamos hoy más que nunca predicadores buenos y fervientes. Isaías era uno de los tales cuando le oímos exclamar: «¡Ay de mí, pues soy hombre de labios pecadores y habito en medio de un pueblo de labios pecadores!» Y Pablo expresaba sus sentimientos con otro ¡ay!: «¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!»

Creo que nadie ha expresado mejor el sentimiento de la magnitud de la tarea de un predicador del Evangelio que Richard Baxter de Kidderminster, Inglaterra, cuando dijo: «Lo peor que os puede ocurrir es que pudierais cambiar vuestros oficios por el mío; considero las tareas de los obreros de esta ciudad una verdadera diversión, al lado de la mía; sin embargo, yo no la cambiaría por la del más encumbrado príncipe. La tarea de los obreros manuales preserva su salud; la mía la consume. Su tarea es fácil, la mía es un dolor continuo. Ellos tienen horas y días de recreo; yo apenas tengo tiempo para comer y beber. A ellos nadie les inquieta cuando han terminado su tarea, pero yo cuanto más hago, más odio y encono levanto contra mí.»

Baxter tenía una idea realmente novotestamentaria del oficio de predicador, ya que, como alguien dijo de él: «Predicaba como alma agonizante a hombres a punto de morir en sus pecados.» Una tanda de predicadores de este calibre salvarían a su generación de las fauces abiertas del infierno.

Podemos tener un alto porcentaje de asistencia a la iglesia, con un bajo nivel de espiritualidad. Antes se echaba la culpa a los predicadores modernistas, hoy la aplicamos a la televisión, y aun cuando sé que ambas cosas son ciertas, quisiera preguntar a los predicadores: ¿No ha llegado el momento de confesar como aquel antiguo senador romano: «La falta, Bruto, está en nosotros»? ¿No es cierto que los grandes predicadores se han acabado y que la predicación ardorosa es un arte perdido? Hemos permitido que sermones de *snack-bar,* colmados de graciosos chistes, sustituyan el mensaje de vida o muerte a almas que están entrando perdidas cada día a la eternidad. ¿Procuramos traer en acción «los poderes del mundo venidero» en cada uno de nuestros cultos?

Considerad al apóstol Pablo: Poderosamente ungido por el Espíritu Santo, entró a saco en los mercados, levantó tumultos en las sinagogas y penetró en los palacios. Fue con un grito de guerra en su corazón y en

sus labios. Se atribuye a Lenin la frase: «Nada hay más terco que los hechos.» Observad la verdad de esta frase en los éxitos de Pablo, y el fracaso de la acomodaticia generación de cristianos de nuestros días. Pablo no era tan sólo un predicador de ciudades, sino un agitador de ciudades; y, sin embargo, aún le quedaba tiempo para hacer obra personal, llamando a las puertas y orando por las almas perdidas por las calles.

Los artistas de ayer son hoy nuestros evangelistas. Conozco a un evangelista de fama que rehusó un contrato de cuatro sermones de cultos especiales a 500 dólares por sermón. No es extraño que un pastor modernista dijera que estos evangelistas «lloran en el pulpito cuando la paga es suficiente»; pero, ¡ay!, ¡lo cierto es que llorarán como Judas cuando sea demasiado tarde! Los endebles auditorios ¿significarán pulpitos algo más que débiles?

Estoy más y más convencido de que las lágrimas son una parte integrante del despertamiento por medio de la predicación. Hermanos predicadores, es tiempo de avergonzarnos de que no tenemos vergüenza; tiempo de llorar nuestra falta de lágrimas; tiempo de humillarnos reconociendo que hemos perdido nuestra característica de servidores; tiempo de gemir por nuestra falta de gemidos por las almas; tiempo de odiarnos a nosotros mismos porque no odiamos del modo debido al monopolio de Satanás que es este mundo; tiempo de reprobarnos el que nos portemos tan bien con el mundo, que el mundo no tiene motivos para tildarnos de fanáticos.

Pentecostés significa pena, y nosotros tenemos placer; significa carga, y nosotros deseamos la comodidad. Pentecostés significa cárcel, y nosotros lo haremos todo antes de entrar en una cárcel por amor de Cristo. Quizá si viviésemos la vida de Pentecostés, más de uno de nosotros tendría que ir a la cárcel. Fijaos que digo Pentecostés, no Pentecostalismo, y con esto no pretendo criticar a nadie.

Imaginaos el Pentecostés novotestamentario en nuestra iglesia. Figuraos que poseéis el poder sobrenatural que tenía Pedro, y por vuestra culpa, por haber reprendido a un hipócrita, éste cae muerto, y poco después su mujer yace tan tiesa como él. ¿Cómo lo tomarían las autoridades de nuestros días?

O figuraos que, como Pablo, dejáis ciego a un opositor con una palabra. Seguro que se os haría un proceso judicial. En cambio, el simple menosprecio del mundo que tiene lugar contra cualquier tipo de movimiento religioso es más que lo que nuestros sensitivos caracteres son capaces de sufrir.

Apelo de nuevo, como al principio de este capítulo, a una predicación seria y digna. El diablo quiere que nos ocupemos en frivolidades. Muchos de nosotros que preconizamos la «vida consagrada» nos entretenemos en *cazar ratones* mientras *leones* destruyen la heredad.

No sé lo que ocurrió mientras Pablo estuvo en Arabia. No he podido encontrarlo en la Biblia. Nadie lo sabe.

Parece que tuvo una visión del nuevo cielo y nueva tierra del futuro, y sobre todo del Señor. No lo sabemos. Pero lo que sí sabemos es que conmocionó el Asia, puso en un aprieto a los judíos y afrontó el poder de los romanos, enseñó a los maestros y puso de rodillas a carceleros. Este Pablo y su compañero Silas dinamitaron los muros de una cárcel romana

—con oración— y pusieron a sus órdenes a orgullosos jefes militares.

Pablo, el esclavo de Jesucristo, el alma más endurecida que Dios pudo alcanzar, conmovió provincias enteras de tres continentes para Dios. Movió «los poderes del mundo venidero», desafió a Satanás; nos sobrepasó a todos en sufrimientos, en desprecios y en oración.

Hermanos, otra vez de rodillas a recuperar la piedad apostólica y el poder apostólico. Basta de sermones inocuos y sin vida.

La Iglesia se ha detenido en algún lugar entre el Calvario y Pentecostés.

J. I. Brice

¿Cómo me sentiré en el juicio cuando desfilen ante mí innumerables oportunidades perdidas, y todas mis excusas se descubran ser disfraces de mi cobardía y orgullo?

Dr. W. E. Sangster

¡Oh fuente de Vida, oh lluvias de Gracia Que nadie esperó de veras y jamás alcanzó!

Tersteegen

Despertamiento es la irrupción del Espíritu en un cuerpo en peligro de convertirse en cadáver.

D. M. Panton

Un despertamiento religioso presupone una división en una Cristiandad fría.

C. G. Finney

CREYENTES INCRÉDULOS

8

Cualquier día algún alma sencilla tomará el Libro de Dios, la Biblia, la leerá y la creerá; y todos nos sentiremos apurados. Hemos adoptado la comodona teoría de que la Biblia es un libro para ser explicado, cuando es, ante todo y en primer lugar, un libro para ser creído (y después obedecido).

Martillea en estos días por mi cerebro la idea de que hay una enorme diferencia entre conocer la Palabra de Dios y conocer al Dios de la Palabra. ¿No es verdad que en las Conferencias Bíblicas no hacemos más que oír la repetición de cosas que nos sabemos de memoria y salimos sin ningún crecimiento en la fe? Quizá Dios no ha tenido jamás, en el mundo, un grupo tan numeroso de creyentes incrédulos como el que tiene en estos días. ¡Qué vergüenza!

Estamos hipnotizados por la riqueza espiritual. Sentimos inquietudes espirituales, sí; pero son parecidas a las que quizá siente un pobre marinero cargado de deudas, al pasar por encima del «Lusitania» cargado de millones que podrían ser suyos. La única dificultad es la barrera de una o dos millas de agua. Sin embargo, la Biblia, el libro de los cheques del Señor de la gloria, continúa diciendo: «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.»

Apenas nunca asistimos a una reunión de oración sin que oigamos: «Señor, Tú puedes hacer esto», al exponer alguna necesidad particular. Pero ¿es esto fe? No; es tan solamente un reconocimiento del atributo de Dios llamado Omnipotencia. Yo creo que el Dios vivo, inmutable y omnipotente Señor de la gloria puede cambiar en oro macizo esta mesa de madera en que estoy escribiendo. Cambiar el agua en vino o la madera en metal son cosas que están dentro del dominio de su poder. Pero Jesús cambió el agua en vino para *suplir una necesidad.* Claro está que necesidades siempre las hay. Yo podría gastar un millón de pesetas (sin un céntimo para mí) de tal forma que no me hiciera avergonzar en el día del juicio, y aún quedarían necesidades. Decir que Dios puede transformar en oro esta mesa de madera no cambia la madera en oro. Fe es creer que Dios hará lo que le pedimos, sea lo que sea.

Todos sabemos que la fe es una de las tres virtudes cardinales (fe, esperanza y amor); la mayor de las tres no es la fe, sino el amor; pero ¿debemos por ello olvidarla? El caso es que aquellos que ponen el énfasis en el amor tampoco poseen dicha virtud del modo debido, pues se necesita fe para tener amor en un mundo como el que vivimos. ¿Y dónde está la fe en nuestros días? Una frase muy común es: «Sabemos que el Señor puede aumentar diez veces nuestro programa de radio y estamos mirando a El para suplir nuestras necesidades: "Envíen sus cartas esta misma semana".» Esto puede ser fe y propaganda, pero no es fe en Dios solamente. Nos gusta citar: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta» (tremenda promesa); pero ¿lo creemos realmente?

Sin disminuir su valor, creo que se podría poner un apéndice al cap. 11 de Hebreos añadiendo los nombres de hombres como Hudson Taylor,

George Muller, Rees Howells y otros que «por fe» hicieron grandes cosas.

Pero en esta hora difícil estoy cansado de oír hablar de la riqueza de nuestro resucitado Señor y constatar la pobreza de los creyentes. Dios honra, no la sabiduría ni la personalidad, sino la fe. Dios va donde va la fe, y la fe va donde está Dios. La fe localiza a Dios, en un sentido que creo comprenderéis. La fe une nuestra impotencia a su Omnipotencia.

El mundo científico ha traspasado la barrera del sonido, y el mundo pecador que nos rodea pretende que la cultura moderna ha roto la barrera del pecado, iOjalá que, andando en una fe sencilla y simple, rompiéramos la barrera del pecado! La duda retrasa y a menudo destruye la fe. Pero la fe destruye la duda. El libro de Dios no dice: «Si puedes explicar bien la Escritura, todas las cosas son posibles a quien entiende la Biblia.» Dios es un Ser que no podrá jamás ser explicado en el presenté; y pienso que no lo comprenderemos ni en la eternidad. Pero el Libro inmutable del cual El es el autor dice: «Si puedes creer, TODAS LAS COSAS (pensémoslo bien) son posibles al que cree.»

A veces oímos decir a personas que han fallado en obtener un codiciado empleo: «En este mundo, no es lo que conoces lo que te vale, sino *a quien conoces».* La influencia es más que el saber. No pretendo decir hasta qué punto es esto una verdad en el mundo de los negocios; pero estoy absolutamente seguro de su certeza en el reino espiritual. Lo que sabemos acerca de Dios en estos días, ha producido grandes hileras de libros que llenan nuestras bibliotecas (al decir esto no desdeñamos la cultura y, sobre todo, la sabiduría que viene de arriba); pero una cosa es conocer acerca de una persona y otra es conocerla a ella. Pablo, no teniendo nada, lo poseía todo. ¡Sublime paradoja! ¡Bendita pobreza! Este buen hombre estaba cargado espiritualmente. El edificar el Reino de Cristo y el escribir los oráculos de Dios nunca le envaneció. A pesar de su incomparable éxito le hallamos al fin de su vida suspirando por más: «A fin de conocerle —dice— y el poder de su resurrección y la comunión en sus sufrimientos, hecho conforme a su muerte.»

El mayor impedimento para poder traducir los creyentes las promesas de Dios en hechos reales ante la vista de los hombres es esta malhadada cosa: el «yo», que fue destronado, y más aún, «crucificado con Cristo» (Gala-tas 2:20). Entonces Cristo fue puesto en el trono de tu vida. Y antes de poder ser limpiados y listos para que Cristo controle nuestro egoísmo, nuestro orgullo, nuestro propio interés, nuestra autocomplacencia, nuestra propia justicia, nuestra autosuficiencia, y todo lo demás, es necesario que el «yo» muera enteramente. Poco importa lo que uno es ante los hombres, ni lo que sabe, sino lo que es ante los ojos inescrutables de Dios. Si desagradamos a Dios, ¿qué importa agradar a otros? Una cosa es lo que somos y otra lo que podemos ser en unión de Cristo. Yo estoy muy poco satisfecho de mí mismo. Hermano lector, si tú has llegado —como dice Pablo—, ten piedad de este hermano débil y ora por mí.

Hay una fe justa, natural, intelectual y lógica, y hay una fe exclusivamente espiritual. ¿Qué vale predicar la Palabra si al presentarla no hay fe iluminadora para hacerla vivir? «La letra mata.» ¿Juntaremos muerte a la muerte? El más grande benefactor de esta generación será alguna persona que con su firme —aunque mal considerada— fe evangélica atraiga el poder del Señor. Permanece la promesa: «El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y hará hazañas.» Si alguno de nosotros conoce verdaderamente a Dios, ¡prepárate, Lucifer!

Hasta que el liderazgo espiritual no esté ocupado otra vez por hombres que se anulen a sí mismos, tenemos que esperar una determinación progresiva en la calidad del cristianismo popular, año tras año, hasta que lleguemos al punto en que el Espíritu Santo, contristado, se separe totalmente —como la «Shequináh» se ausentó del templo judío.

Dr. A. W. Tozer

Ningún hombre es plenamente aceptado hasta que ha sido primero enteramente rechazado.

Autor desconocido.

¡Ninguna gloria para mí!..., ¡ninguna!, excepto en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cuál el mundo ha sido crucificado en cuanto a mí, y yo he sido crucificado para el mundo.

Gálatas 6:14 (Versión de Moffat)

Si tuviera mil cabezas preferiría que me las cortaran todas antes que retractarme.

Lutero ante *la Dieta de Worms*

No temo la tiranía de los hombres ni nada de lo que el diablo pueda inventar contra mí.

Juan Knox en *Una carta piadosa*

El interés de la Verdad es no abandonarla aunque nos cueste el sacrificio de nuestras vidas, pues nosotros vivimos, no para esta edad ni para los príncipes de este mundo, sino para el Señor.

Zwinglio

SE NECESITAN PROFETAS PARA EL DÍA DEL DESASTRE

9

La cabeza de Pablo estaba ya casi en la boca del león. ¿Qué importaba? Ante Agripa, este valeroso discípulo no tenía nervios ni reservas. No puede tener su lengua atada en ninguna ocasión ni en ningún lugar. El valor físico hace a los hombres valientes de una manera; y el valor moral, que desprecia las opiniones de los hombres sean cuales fueren, da fortaleza en otra forma. Ambos tipos de valentía hacían a Pablo un cristiano como Daniel en una fosa de leones romana. Los hombres pueden tratar de destruir el cuerpo de un profeta, pero no pueden destruir al profeta.

El reloj suena la medianoche mientras estoy escribiendo, y una abertura en la ventana muestra un cielo negro. Transferida la figura al terreno moral diremos que es un cielo sin una estrella guiadora. Vengamos al terreno de la religión: Calculad cuántos auditorios aparecen en la televisión escuchando a grandes evangelistas; habladme de cuántos hombres inteligentes están trabajando en el evangelismo en este momento; citadme el número de convertidos de estos últimos años y, cuando lo hayáis hecho, os responderé con voz de trueno que la luna del despertamiento todavía no se ha levantado en esta generación abocada al infierno, que ha rechazado a Cristo y está a punto de aparecer ante el juicio. Ya no nos sentamos con gusto en Sión para deleitarnos, en la Palabra de Dios. Han pasado aquellos tiempos; vamos a la iglesia a dormir. Las columnas se han convertido en almohadones.

Como empecé a decir, cuando Pablo está ante Agripa tiene su cabeza en mitad de la boca del león, sintiendo que los pies de los enterradores de huesos no están lejos; sin embargo, logra que este, rey inmoral tiemble y le diga: «Por poco me persuades a ser cristiano.» Y hace que Festo, olvidando las buenas maneras, se incline hacia el preso y exclame: «Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco»; a lo que Pablo replica: «No estoy loco, excelentísimo Festo.»

Pero decidme, cuando predicamos hoy día el eterno Evangelio, ¿hay alguien que haga pensar que está fuera de sí o loco? Por el contrario, tenemos muy en cuenta la colecta que va a seguir: el mantener nuestro buen nombre, que las gentes nos tengan en aprecio para el futuro, etc. ¿No es verdad?

Los metodistas de Inglaterra acaban de celebrar su convención. Una reunión anual que Juan Wesley inició en el año 1784 y esta vez se ha celebrado en Newcastle, Inglaterra (en 1958). A pesar de los colosales esfuerzos realizados en los últimos dos años en pro del evangelismo, prosiguiendo el cuidado de los profesantes, era reconocido, casi con lágrimas, que el fuego evangelístico está casi apagado. Hay entre ellos hombres de grande mente, gran corazón y gran visión que así lo reconocen. Por ejemplo, Edwin Sangster (teólogo, erudito y ahora presidente del Comité de Misiones Domésticas del Metodismo). Este hombre clave no rehúsa reconocer que el Metodismo está (me imagino

que el tono de su voz da a entender que los pecadores son quienes están locos) enfermo y —algunos añaden— moribundo. Las declaraciones de este hombre son conmovedoras; dice: «Estamos combatiendo algo profundamente arraigado en el alma de la nación. Para esta profunda enfermedad necesitamos una terapéutica poderosa de rayos X que no hemos encontrado.» Y añade: «Pienso sinceramente que el agnosticismo está floreciendo en Gran Bretaña, en lugar del gran despertamiento religioso que los Metodistas esperábamos con fervor. El año pasado el número de miembros de nuestras iglesias fue inferior al que teníamos hace trece años, y no menos de 100.000 niños han cesado de asistir a la Escuela Dominical. (Permitidme insertar aquí: ¿no será la televisión el motivo de esta disminución?) Cada año, durante los últimos doce años, el número de pastores ha ido disminuyendo. Descendió en 276 el año pasado. El Dr. Sangster escribió hace veinte años: «¿Puede el Metodismo renacer teniendo un cáncer en el corazón?» Edwin Sangster termina su lamento diciendo: «Por lo menos, si, aunque pocos en número, fueran nuestros miembros enteros en condición; pero aun los que se sientan en los bancos de las iglesias han de sostener una batalla para mantener su fe.»

Y los Metodistas de Inglaterra no son los únicos en esta tragedia. Decidme, australianos, ¿no es ésta también vuestra tribulación? Y ¿qué de la iglesia en África del Sur? ¿No hay también merma?

En América tenemos siempre un alto porcentaje de asistentes a las iglesias; pero lo mismo ocurre con los judíos, los católicos y los «Testigos de Jehová», y no debemos olvidar que las cárceles están a rebosar, y en las salas de espera de los tribunales de divorcio la gente tiene que estar de pie.

Hombres amables, pero duros y sanguinarios, gobiernan en muchos lugares de la tierra. Como dijo cierta reina de Inglaterra: «¡Cómo duele la cabeza que lleva una corona!» El clamor de los asesinados debe ser: «¿No vengarás, Señor, nuestra sangre de los que moran en la tierra?»; pero el de los vivos para Dios y con Dios debe ser: «Hazme justicia de mi adversario», y «¿no vengará Dios a sus elegidos que claman a El día y noche?». Seguramente se está aproximando la hora cuando la gracia será imposible y lá venganza inevitable.

Al que mucho le ha sido dado, mucho le será vuelto a pedir. Millones andan en tinieblas porque no han recibido lá luz; pero las democracias son muy culpables de que, teniendo luz, la han puesto debajo del almud o yacen en la «cama del perezoso». Seguramente este pecado tan semejante al de Sodoma merece el juicio de Sodoma. «Esta fue la iniquidad de tu hermana Sodoma —dice Ezequiel 16:49—: orgullo, hartura de pan y abundancia de pereza.» Necesitamos profetas para este día de ruina que se acerca. Santos hombres de Dios dispuestos a hablar,, como sea, movidos por el Espíritu Santo. Si El no puede mover a los predicadores, mejor sería cerrar las puertas de todas las iglesias; pero El los moverá.

Ni Gedeón ni ningún otro habrían tenido dificultades a causa de sus visiones o buenos deseos. Son los actos los que atraen la ira de los poderes ofendidos de este mundo. Que Gedeón se deslice por la noche y corte los árboles del bosque de Baal, y se manifestará la furia del infierno. Que Juan el Bautista llame a los escribas y fariseos «generación de víboras» y acuse a Herodes de adúltero, y habrá firmado su sentencia de muerte. Ciertamente, necesitamos profetas así para este día de ruina. Mirad solamente cómo aumenta el interés por las sectas falsas. La

revista *Newsweek* dice que Homero Knorr, presidente de la «Sociedad Bíblica y de Tratados de la Torre del Vigía», ha tomado el estadio de baloncesto yanqui esta semana para reunir a 150.000 «Testigos» en una magna convención. (La mayor jamás celebrada en este país, lo que es una señal de su crecimiento.) El octavo día de conferencia terminará con el bautismo de 4.600 obreros fanáticos que, sin paga de ninguna clase, recorrerán tierra y mar con su religión humana, basada sobre una intencionada perversión de la Biblia, para hacer a cada convertido un hijo del infierno siete veces peor. Comparad esto con lo que acabamos de exponer acerca del descenso en el número de ministros cristianos en Inglaterra.

¿Puede este bien organizado pero paralizado sistema, llamado Cristianismo, sanear la tierra por más tiempo? ¿No es verdad lo que dice Sangster, que no ha hallado cura para la profunda enfermedad espiritual que afecta la nación? Pero ¿no sería mucho más honrado decir que nos hemos estado burlando, de los métodos del tiempo antiguo de proclamar arrepentimiento, regeneración y santificación? Sin embargo, tengo aferrado en mi corazón un consuelo inquebrantable que quiero compartir con vosotros. Cuando Dios envíe un despertamiento del cielo deshará en pocas semanas el daño que el modernismo blasfemo ha hecho durante muchos años. La oleada del Espíritu barrerá a estos engañosos doctores de teología y caerá por los suelos el edificio que han construido de humanas interpretaciones de la Biblia. La cabeza de la Humanidad está enferma y el corazón doliente. Estamos llegando al final de la línea en el mapa de los planos humanos. Todo está a punto para la destrucción atómica.

El infierno ensancha su boca para tragar los despojos que han dejado los destructores modernistas al cambiar el Evangelio de la sangre de Cristo por el plato de lentejas del llamado «alto criticismo». Con mentes turbadas y corazones aterrorizados contemplarán estos hombres su locura.

Ejército del Señor, ¡despierta, vístete de fortaleza! Esta es la hora del despertamiento. Esta es la hora de la ruina. ¿Dónde están los hombres de Dios? Los profetas *pueden* realizar milagros, pero *deben* tener un mensaje. A su propia manera las gentes mundanas, confundidas, están diciendo: «¿Hay palabra del Señor?» Ellos saben que no hay palabra autorizada de ninguna otra fuente. Porque Dios no puede mentir; el capítulo 2 de Joel y el 3 de Malaquías tienen que tener cumplimiento. «El Señor a quien buscáis vendrá de repente a su templo.» ¡Cuánto consuelo esto da! En un momento, el desastre; en el próximo, la liberación. Diez minutos antes de que apareciera Juan el Bautista, nadie sabía que existiera un tal hombre. Como *fue,* así *será.* Dios levantará algún hombre de corazón y voluntad. Hombres ocultos en este mismo momento aparecerán de pronto con el poder del Espíritu anunciando las ardientes verdades que este pueblo debe escuchar. Sus palabras arderán como metal fundido. Dios espera con gran paciencia.

Pero cuando El se levante, «¿quién podrá estar ante el Día de su Venida?». Frente a la obra del Espíritu los hombres que en estos momentos están juntando iniquidad con una cuerda carcomida, se inclinarán como trigo ante el viento. ¡Oh, que Dios acelere el despertamiento en China, en Rusia, en Alemania, países roídos por el fuego del ateísmo activo! Por una parte, ellos lo necesitan grandemente; por la otra, nuestras naciones libres necesitan ser provocadas, como Jonás sintió envidia de los Ninivitas. Faraón se rindió finalmente bajo el asalto de diez plagas y los israelitas fueron llevados por Moisés a la

victoria. Hoy día tenemos otras diez nuevas plagas, más siniestras, efectivas y poderosas que aquéllas, porque son mundiales y no limitadas a Egipto; sin embargo, ni aun estas diez nuevas plagas han ablandado los corazones de los hombres modernos, sino que los han endurecido.

¿No veremos ningún Moisés moderno? ¿Tenemos que permitir que esta generación permanezca en la esclavitud moral, estando nosotros sentados indolentemente sin hacer nada? ¿Tenemos que ser meros espectadores de esta tremenda cabalgata en la cual Lucifer lleva encadenados a su carro infernal a tantas almas por el camino ancho de la oscuridad eterna? Necesitamos volver a descubrir el secreto de aquellos benditos hombres de quien dice la Palabra de Dios: «Ganaron reinos, cerraron bocas de leones» (la de este «león» que anda alrededor nuestro buscando a quien devore). Para este día de ruina, nuestro pálido, enfermo y paralizado Protestantismo necesita ser llenado de Dios y guiado por hombres de Dios. Se necesitan profetas del Señor.

Un bautismo de santificación, una demostración de vida santa es la mayor necesidad de nuestros días.

Duncan Campbell

El vino a traer fuego a la tierra,
Ardiendo en algunos corazones ya está;
Pero, ¡oh!, que todo el mundo pueda verlo
Y que todos puedan participar de su bendición.
El bautismo es la celestial paloma descendida del cielo,
Mi corazón el altar, y Tu amor la llama.

George Croly

Ven como fuego y purifica nuestros corazones "Con tu llama divina;
Que toda nuestra alma sea un vivo sacrificio Al nombre de nuestro Redentor.

Andrés Reed

Los mismos miembros de iglesia que aúllan como indios comanches el domingo por la tarde en un campo de fútbol, están sentados como indios de madera (maniquíes) en la iglesia el domingo por la mañana.

Vanee Havner

No puede haber despertamiento cuando el Sr. AMEN y las Sras. LAGRIMAS se encuentran ausentes del auditorio.

C. G. Finney

FUEGO ENCIENDE FUEGO

10

Los hombres de oración deben ser hombres de acero, pues serán atacados por Satanás aun antes de empezar ellos a atacar su reino.

La oración, que consiste en llenar un formulario dirigido al Creador del Universo, es sólo la parte más pequeña de una labor que tiene muchas facetas. Como todo lo demás en la vida cristiana, la oración puede venir a ser coja. La oración no es un sustituto del trabajo, del mismo modo que el trabajo no puede sustituir la oración. El libro *El Arma de la Oración,* de E. M. Bounds, dice: «Es mejor descuidar el trabajo que la oración»; y en otro lugar: «Los oyentes más eficaces en esparcir el conocimiento de Dios, que establecen su obra sobre la tierra y ejercen de muralla contra las amenazantes alas del mal, han sido siempre los líderes de la iglesia, que son a la vez personas de oración. Dios confía en ellos, les emplea y les bendice.»

Seguramente él despertamiento tarda porque la oración decae. Nada temen más Satán y el infierno que los hombres que oran. Una vida eficaz no es necesariamente una vida larga. Un hombre que muere a los 20 años puede haber hecho como si hubiese vivido un siglo.

La libélula deja con gran esfuerzo su cascara y se adorna con brillantes alas de zafiro para el viaje de su vida, que dura tan sólo unos pocos días; pero no hay flores de la tierra más bellamente azules que el color de su coraza. Así, en la esfera espiritual, los más preciosos vestidos del alma son confeccionados en la cámara de oración y teñidos en los trabajos que completan los sufrimientos de su cuerpo que es la Iglesia. Los colaboradores de Henry Martin envidiaban su espiritualidad. Uno de ellos dijo: «¡Quién pudiera imitar sus virtudes, su elevada piedad, su diligencia, su superioridad sobre el mundo, su amor a las almas, su destreza en aprovechar todas las ocasiones para hacer bien espiritual a los que le rodeaban, su profunda visión de Cristo y su carácter celestial!»

El propio Martin dice de sí mismo: «Los caminos de la sabiduría me parecen más dulces y razonables que nunca, y el mundo más insípido y decepcionante.» «La única cosa que lamento —sigue diciendo— es mi falta de poder y de fervor en la oración privada, especialmente cuando oro por los paganos. En proporción a la luz que tengo, no poseo el ardor que debiera tener.» ¿Puede alguien arrojar la primera piedra en cuanto a esto a Henry Martin? ¿No tenemos todos que confesar que nos falta ardor en la oración?

Por propia naturaleza el fuego produce fuego. Si hay combustible a su alcance el fuego lo convierte en más fuego. «Ved una pequeña llama cuan grande fuego enciende», dice Santiago! El fuego no puede producir hielo ni el diablo hacer santos; así, pastores fríos no producirán guerreros en la oración. Sin embargo, una pequeña chispa puede prender fuego a una ciudad. De una vela pueden encenderse diez mil.

De la perfecta vida de oración de David Brainerd prominentes ganadores

de almas han recibido su fuego inicial. (Por ejemplo, Carey, Payson, etc.)

Guillermo Carey leyó la biografía de Brainerd y se encendió un fuego en el pecho del joven que le trajo a la India. De la llama de Brainerd se propagó asimismo la luz por la voluntad de Dios en el corazón de Payson.

Simplemente del Diario de aquel *cowboy* que vino a ser el dolorido apóstol de la India de Norteamérica, recibió Payson la inspiración. que le hizo principiar a los 20 años una vida de oración que casi eclipsó la de Brainerd. Otro grande en oración que siguió los pasos de Brainerd, terminando una vida bien madura a la edad de 29 años, fue Roberto Murray McCheyne. Este gigante en la oración fue magnetizado para realizar «el más grande de los oficios que un alma humana puede ejercer», leyendo acerca de Brainerd.

Otra alma grande, la de Jonathan Edwards, que fue testigo de las lágrimas de su hija mientras el cuerpo de Brainerd se consumía bajo la tuberculosis, escribió: «Doy gracias a Dios de que permitió en su providencia que Brainerd muriera en mi casa, de modo que pudiera yo escuchar sus oraciones, ser un testigo de su consagración y sentirme inspirado por su ejemplo.» Cuando Brainerd estaba muriendo, Wesley empezaba su vida de conquista espiritual. (Vean en otro capítulo mi cita del Dr. Sangster con motivo de la Conferencia Metodista del año 1958).

Wesley dijo: «¿Qué se puede hacer para reavivar la decaída obra del Señor?» Y el incansable evangelista que conmovió tres continentes dio a renglón seguido la respuesta: «Que cada predicador lea con atención la biografía de David Brainerd.»

Así que tenemos en línea a Payson, McCheyne, Carey, Edwards y Wesley, todos ellos hombres de renombre en la obra de Dios, que encendieron su llama espiritual y son todos deudores al enfermo Brainerd. Hemos llegado al clímax del conflicto espiritual de los siglos y nos encontramos con esta sociedad corrompida, cualquier cosa menos bíblica, mezclada con el mundo y deshonrando al que llama su Señor. Un verdadero fraude de la piedad, pues la verdadera iglesia es nacida de arriba, no hay en ella pecadores sin redimir. Nadie puede añadir un nombre indigno a su lista, ni puede borrar de ella un nombre digno. Esta iglesia todavía existe, gracias al Señor, como un pequeño rebaño en el mundo; vive y se mueve, teniendo su todo en la oración. La oración es el sincero deseo de su alma.

Como la primera bomba atómica sacudió Hiroshima, así la oración es lo único que puede desatar el poder que ha de sacudir los corazones de los hombres. El paganismo culto que tenemos a nuestras puertas, estos templos idólatras y estos millones de almas magnetizadas por el pecado serán vueltos a Dios cuando la iglesia sea vuelta a Dios. El diablo trata de apartarnos con toda clase de trampas de la cámara cerrada de la oración, pues por la oración el hombre se une a Dios y con esta unión el diablo es derrotado. Él lo sabe: que si la cámara de oración está cerrada, la mente es llevada de toda clase de imaginaciones superfluas que se hacen tanto o más importantes que la vida real. Tenemos que luchar para nuestra propia defensa por medio de la sangre. Otro medio útil para librarnos de pensamientos errantes y ayudarnos a la concentración cuando oramos, es hacerlo en voz alta o dándole alguna expresión labial sin ser ruidosa.

Habiendo ganado así la victoria sobre Satanás, nuestro próximo recurso

son las excelentemente grandes y preciosas promesas de Dios. En ellas tenemos un fundamento firme y concreto. Se trata de negociar con el mismo cielo. Por ellas Dios se compromete, cumple su palabra y espera que le honremos. Aquí tenemos una guerra, no con Dios, sino contra las potestades infernales, pues Satanás se deleita en los perdidos. Las almas de los hombres son sus más apreciados tesoros. Almas condenadas, dudosas, desobedientes, enfermas; almas de jóvenes y viejos; almas de borrachos, de gentes religiosas pero no regeneradas, son gobernadas por él con diversos grados de dominio. Almas con diversos grados de espiritualidad son los principales objetivos de sus agudas saetas; pero «el escudo de la fe» las quebranta y rechaza, librándolas de daño. Gracias al Señor, la oración no es suficiente defensa, sino el escudo de la fe. La oración es nuestra arma secreta. (Parece secreta para muchos del pueblo de Dios. ¿Quiénes de nosotros, a pesar de lo mucho que hemos leído en favor de la oración, pueden alabarse de practicarla del modo debido?) No somos capaces de vencer a Satanás por medio de la oración. Cristo lo hizo hace dos mil años. El maestro en el arte de la oración dijo: «Os doy potestad sobre todo el poder del enemigo.» Esta es la victoria. El alma es levantada mediante la oración. Al principio parece que el tiempo corre lentamente, no sabemos qué decir, pero a medida que nos elevamos espiritualmente en oración y el alma está ejercitada, tenemos tanto que decir que el tiempo vuela cuando oramos.

Además, la oración enternece el alma. Generalmente no oramos por aquellas personas a las cuales criticamos, ni criticamos a aquellas por las cuales oramos. La oración es el detergente del pecado. Ya sé que lo que limpia el pecado es la sangre de Jesucristo. Pero es por la oración que actúa poderosamente la sangre que fluye de las venas de Emanuel y opera una gran limpieza mediante el Espíritu Santo.

A Satanás no le importa, creo yo, que avancemos hasta en conocimiento de la Biblia; con tal de que nos abstengamos de orar, lo cual es el cumplimiento de la instrucción que recibimos por el estudio de la Palabra. ¿De qué sirve mayor conocimiento si tenemos corazones más ruines? ¿Qué vale tener más aprecio de los hombres si nos falta el de Dios? ¿Qué importa la higiene física si tenemos la mente sucia? ¿De qué vale la piedad externa si tenemos carnalidad en el alma? ¿Qué importancia tiene la fortaleza física si padecemos flaqueza espiritual? ¿De qué sirve la riqueza si tenemos pobreza espiritual? ¿Quién puede complacerse en la popularidad humana si es desconocido en las regiones del espíritu? La oración es el remedio para toda esta clase de paradojas.

El alma que quiere librarse de la falta de espiritualidad de nuestro tiempo necesita hacerse una mente celestial mediante un andar más cerca de Dios. El aspirante a la riqueza espiritual y a ser oído por Dios conocerá mucha soledad de parte de los hombres y «comerá el pan de aflicción». Puede que no sufra mucha oposición familiar o puede que la sufra. Pero lo que sufrirá, de seguro, en muchos conflictos de alma, soledad y apartamiento de sus mejores amigos que le conceptuarán de persona rara. A los amantes les gusta estar solos, y las mejores alturas espirituales se conquistan en la soledad. Un poeta dijo:

Oí la voz: «Ven, sígueme-», y le seguí.
Mundanos goces los perdí Cuando en mi alma decidí Andar cerca de El. Pero en mi corazón sentí-Que mi Señor es fiel; Si oyes su voz, ¿no querrás tú Seguirle solo a El?

¿Podría un marinero estar sentado perezosamente oyendo el grito de angustia de quien se ahoga?
¿Podría un doctor arrellanarse en su confortable sillón y dejar morir a sus pacientes?
¿Podría un bombero ver a la gente quemarse sin prestar ayuda?
¿Puede Sión estar sentada e inmóvil teniendo a su alrededor a un mundo CONDENADO?

Leonardo Ravenhill

Dadme el amor que traza el camino.
La fe que nada puede hacer desmayar.
La esperanza que no avergüenza.
La pasión que arde como fuego.
Que no me hunda en el lodo para ser estorbo a los que pasan
Hazme tu combustible, llama de Dios.

Amy Wilson Carmichael

… *entre los cuales brilláis como luminares en el mundo, levantando la Palabra de Vida.*

Filipenses 2:15, 16

Vosotros sois la luz del mundo.

Mateo 5:14

¿POR QUE NO SE MUEVEN?

11

América no puede caer porque ya está caída, y esto se refiere a Gran Bretaña también; no puede ser esclavizada porque ya lo está con las cadenas del propio yo y de la anarquía moral voluntariamente escogida. Hay en estos países millones de muertos moralmente sin ningún deseo de curar. Hombres y mujeres que están pagando, para ver sombras que se mueven sobre un lienzo, el precio de sus almas inmortales; hombres que no solamente rechazan lo único que vale, sino que se burlan abiertamente de ello.

Estamos presenciando una ola sin precedentes de desobediencia a los mandamientos de Dios; de iniquidad destructora de las almas que desafía a Dios e invade el océano de los negocios humanos. Nunca antes habían las masas vendido sus almas al diablo a tan barato precio. «Nadie hay... que se despierte para apoyarse en Ti» (Isaías 64:7). ¿Qué influencia maléfica del infierno les retiene? ¿Cómo se produce el encantamiento? ¿Quién les ha lavado el cerebro? ¿Por qué no se despiertan y se mueven ellos mismos?

Dirigido por el diablo, el mundo ha dado una nueva inyección a la carne. Una de las señales de los últimos días es que los hombres serán «amantes de los placeres más que de Dios». (Notad el plural.) ¿Dónde se cuece este caldo del diablo? En las tabernas y clubs mundanos. Es un débil argumento el de que estos lugares ayudan a mantener muchos hombres con empleo. Los clubs son clínicas maternales que dan a luz criminales y asesinos, no solamente con pistolas, sino con sus propios coches cuando están borrachos. Los tribunales tienen que habérselas con los frutos del licor; el despertamiento espiritual mataría el árbol desde las raíces.

Las filas de la sensualidad están llenas con millones que esperan su turno para iniciarse en las prácticas más inicuas. Es tan dulce el bocado de la iniquidad que la juventud hambrienta de sexo no se preocupa de lo recto. Dicen: Una hora de vida alegre vale más que todas las especulaciones de los teólogos acerca de la llamada «eternidad».

Contemplad por un momento el espectáculo de una borrachera. ¿Puede haber algo menos inteligente que una apuesta de bebedores? El ganador es el último hombre que se mantiene de pie cuando todos los demás, aullando como perros, han caído al suelo inconscientes a causa del licor.

Sin embargo, esto es un juego, no de hombres semisalvajes de la Edad de Piedra, sino de intelectuales de nuestros días, saciados en su cuerpo, manchados en su alma y entregados sin reparo a la iniquidad.

A estos hombres cargados de lujuria, enardecidos en el juego, fuera de sí por la bebida (elegantes en su cuerpo pero degenerados morales), se refiere el famoso lamento de Lord Byron:

Sólo tengo cenizas donde antes tuve fuego, Mi alma está muerta dentro

de mi cuerpo; Lo que antes amé, ahora solamente lo admiro. Mi corazón es tan gris como mi cabeza.

Si la Iglesia tuviera algo vital que ofrecer y no estuviera espiritualmente muerta, estos hombres que escogen los clubs de *golf* durante el día y los *night clubs* por la noche, podrían ser arrancados del hoyo de su carnalidad.

Puesto que cuando tienen libertad no se ocupan de Dios, El tendrá que hacerlos esclavos de países ateos para que los millones de América tengan tiempo de recordar Su *Día,* Su *Camino* y Su *Hijo.* ¡Les sería mejor morir esclavos del cuerpo y libres en espíritu, que libres en su cuerpo y esclavos en cuanto a sus almas!

Estamos horrorizados cuando vemos hombres cultos magnetizados por la ciencia, pero hastiados de la religión cristiana. Después de haber olvidado la fe, estas personas se alimentan de films y de fútbol.

A la luz de la eternidad, donde «mil años son como un día», ha sido cosa de segundos el ir del carromato al ferrocarril, y del coche-cama al «sputnik».

Pero después de admitir que la ciencia es admirable cuando se emplea en cavar un hoyo de cuatro kilómetros de profundidad en la tierra para sacar una cosa tan útil como es el petróleo (cuando no se hace en el propio mar como en las orillas de Méjico), sentimos pena de ver que la ciencia tiene algo tan diabólico y mortal como la lobotomización.

La lobotomización es una operación clínica diabólica de la más alta ciencia. Por años esta horrible operación en el cerebro ha sido un arma en manos de dictadores. Hitler la aplicó a millones de seres de su propio pueblo. Se dice que Stalin hizo a diez millones de sus esclavos autómatas vivientes con esta simple operación que en cinco minutos convierte a la víctima en un inofensivo idiota para toda la vida.

El paciente es atado a una mesa de operaciones. Se le aplican electrodos a las sienes. Tres descargas de electricidad producen violentas convulsiones que terminan dejándole anestesiado. El doctor toma entonces sus leucotomas y los inserta bajo las cejas, corta los glóbulos de la parte frontal del cerebro de los glóbulos internos, y el resultado es un idiota que obedecerá sin hacer preguntas.

Un científico puede hacer 15 idiotas en una hora y media. Esto puede ocurrir en países dictatoriales; pero lo más alarmante es que, probablemente, existen cien mil personas en U.S.A. lobotomizadas por engaño, según publicaba Jorge Conitz, de la Liberty League News. Cuando hombres de ciencia deshumanizan a otros hombres de tal suerte, es tiempo de pararnos a pensar si la gran diosa Ciencia no ha recibido demasiada veneración de parte de la Humanidad. Pensando en estos millones de lobotomizados, meditad ahora en estas optimistas declaraciones del famoso Bertrand Russell (cuya obra *Principios de Lógica* le hizo el rey sin corona de los filósofos modernos): «El hombre no necesita para su salvación ninguna otra cosa que abrir su corazón a la alegría y dejar el temor de los pasados siglos de oscurantismo. Debe levantar sus ojos y decir: "No, yo no soy un miserable pecador, sino un ser que a través de un arduo camino de descubrimientos se ha hecho dueño de los obstáculos de la Naturaleza, para vivir en libertad, gozo y paz conmigo mismo y con toda la Humanidad".»

¿Será difícil persuadirnos de que este «falso profeta de la paz» se dedicaba a escribir mentiras consciente o inconscientemente? Bertrand Russell dijo que no podía aceptar la encarnación del Hijo de Dios como base del Evangelio. Pero ¡podrían sus propios parientes húngaros creer en su «evangelio de la Ciencia» como un mensaje de esperanza!

Este es un momento de la Historia que requiere corazones ardientes, labios desplegados y ojos húmedos. Si fuéramos una décima parte tan espirituales como pensamos ser, nuestras calles se llenarían cada domingo con multitudes de creyentes marchando a Sion, «vestidos de saco y ceniza», anunciando la calamidad que significa para el mundo el que la iglesia haya venido a ser esta cosa improductiva, inactiva y poco amada que es.

Si lloráramos en la cámara de oración tan devotamente como lo hacen los judíos en la Muralla de las Lamentaciones de Jerusalén, estaríamos gozando de un irresistible despertamiento purificador. Si volviéramos a la práctica apostólica de esperar del Señor poder apostólico, traeríamos posibilidades apostólicas. En las fiestas sociales oímos decir una y otra vez: «¿Está todo el mundo contento?» Pero el propósito de Dios no es el contento, sino la santidad. La sobriedad ha dado lugar a la bobería.

Pablo mismo, escribiendo a Tito, exhorta a jóvenes y viejos a ser «sobrios». Evidentemente, necesitamos subir otra vez la cuesta del Calvario de rodillas para contemplar la maravillosa cruz en actitud de humillación y adoración. La Iglesia tiene primero que arrepentirse; entonces el mundo se doblará a la fe. La Iglesia debe llorar sus propias faltas; entonces nuestros pulpitos se verán rodeados de llorosos penitentes.

En el pináculo de su fama, el catedrático de Medicina de la Universidad de Harvard fue afectado por una enfermedad extraña. Estaba con sus nervios trastornados. Tenía insomnio y profunda depresión; no conocía ningún remedio para sí mismo. Partió para Europa. ¿Encontraría remedio en Berlín? No lo encontró. ¿Y en Viena? Tampoco. El atractivo París nada le decía. La panacea no estaba allí.

Se hallaba próximo al desespero. Visitó Londres, pero nada consiguió. Escocia tienen eminentes hijos en el campo de la Psiquiatría, pero tampoco halló bálsamo de Galaad allí. Vuelto a América, solamente bailaba por su cerebro la idea del suicidio. Por último le recomendaron un hombre de oración y grande fe. La curación por la fe era anatema para un filósofo y psicólogo distinguido como William James. Su mente perspicaz y su elevada cultura protestaban contra semejante recurso.

Pero la necesidad no tiene ley. James fue allí. Un hombre de Dios sencillo y sin letras puso sus manos sobre la cabeza de William James y oró por él. Este escribía después: «Yo sentí una energía misteriosa haciendo vibrar mi cuerpo, seguido de un sentimiento de paz; supe que estaba curado.»

Curar los males que agitan a este mundo loco con el *Abana* de la ciencia y el *Pharphar* de la política (1) es más atractivo para las voluntades tercas de un mundo intelectual que el sencillo remedio de la cruz redentora de Cristo. Pero para que la Humanidad pueda ser curada tiene que humillarse como hizo William James, volviendo a la cruz de Jesús, que es la única fuente de vida.

(1) 2.ª Reyes 5:12.

No tengo necesidad de ninguna cosa.

La Iglesia de Laodicea

La maldad de Sodoma tu hermana fue: Soberbia; saciedad de pan y abundancia de ociosidad.

Ezequiel 16:49

¿Se ha acortado el Espíritu de Jehová? ¿Son éstas sus obras?

Miqueas 2:7

La iglesia que es manejada por el hombre en vez de ser gobernada por Dios está condenada al fracaso. Un pastor bien educado, pero no lleno del Espíritu, no puede obrar milagros.

Samuel Chadwick

El predicador que repite en sus sermones «arrepentíos», levantará contra sí las iras de esta Edad y acabará por ser apaleado sin misericordia por una generación cuya moral desafía. Sólo hay un final para semejante hombre, el del Bautista: «Cortarle la cabeza.» Es mejor, pues, que no trates de predicar el arrepentimiento hasta que hayas asegurado tu cabeza en el Cielo.

José Parker

LA IGLESIA PRODIGA EN UN MUNDO PRODIGO

12

Una mirada a la Iglesia hoy día nos hace pensar cuánto tardará un Dios santo en cumplir su amenaza de vomitar esta Laodicea de su boca, pues si en algo están de acuerdo los comentadores del Apocalipsis es que nos hallamos en la edad de Laodicea en cuanto a la Iglesia.

Sin embargo, aun cuando pende sobre nuestras cabezas la espada de Damocles del rechazamiento, los creyentes somos endebles, perezosos, amantes de los placeres, sin amor, y faltos en el más amplio sentido.

Aun cuando nuestro misericordioso Dios perdonará nuestros pecados, limpiará nuestra iniquidad y se apiadará de nuestra ignorancia, nuestros corazones tibios son una abominación a su vista. Debemos ser fríos o calientes, ardientes o helados. Dios aborrece la falta de calor y de amor. Cristo es ahora «herido en la casa de sus amigos». El santo Libro del Dios viviente sufre más ahora de sus expositores que de sus opositores.

Somos descuidados en el uso de frases escriturales, parciales al interpretarlas y perezosos hasta la impotencia para apropiarnos sus inconmensurables riquezas. El señor predicador derramará elocuencia y fervor hablando de las excelencias de la Biblia y de su valor como Palabra de Dios; sin embargo, pocos momentos después empezará con calma mortal a racionalizar la misma Palabra inspirada, negando autenticidad a sus milagros y declarando con tono infalible: «Este texto no es para nosotros hoy día.» Así la fe ardiente del nuevo creyente es apagada con el agua fría de la incredulidad del predicador.

Sólo la Iglesia puede «poner límites al santo de Israel» y hoy día lo hace con extraordinaria habilidad. Si hay grados en la muerte, entonces la peor muerte que conozco es predicar acerca del Espíritu Santo sin la unción del Espíritu Santo.

Al orar asumimos la imperdonable arrogancia de clamar que venga el Espíritu Santo con su gracia, pero no con sus dones.

Hoy es el día de la restricción y relegación del Espíritu Santo, aun en círculos fundamentalistas. Necesitamos decir que queremos el cumplimiento pleno de Joel 2. Clamamos: «Señor, derrama tu Espíritu sobre toda carne», pero añadimos —si no en palabras, en intención secreta—: «pero no hagas que nuestras hijas profeticen y que nuestros hijos vean visiones».

Dios mío, si nuestra culta incredulidad, nuestra oscuridad teológica y nuestra espiritual pobreza te han agraviado y continúan agraviando tu Santo Espíritu, entonces, con misericordia, Señor, escúpenos de tu boca! ¡Si no puedes hacer nada de nosotros ni por nosotros, por favor, Dios Todopoderoso, haz algo sin nosotros! Abandónanos y toma otro pueblo que ahora no te conoce; sálvalo, santifícalo y capacítale con tu Santo Espíritu para un ministerio de milagros. ¡Envíales, «hermosos como la

luna, claros como el sol y terribles como un ejército en orden», a reavivar una iglesia enferma y a transformar un mundo sumergido en el pecado!

Tengamos esto en cuenta. Dios ya no tiene nada más que dar a este mundo. Dio a su unigénito Hijo por los pecadores; dio la Biblia para todos los hombres, dio el Espíritu Santo para convencer al mundo de pecado y capacitar a la Iglesia; pero ¿de qué sirve un libro de cheques si están sin firmar? ¿Que vale una buena reunión, aun cuando sea fundamentalista, si el Señor viviente esta ausente de ella?

Debemos trazar, o sea, exponer bien la Palabra de Verdad. El texto: «He *aquí yo estoy a la puerta y llamo»* (Apocalipsis 3:20) no tiene nada que ver con los pecadores. Aquí encontramos el trágico retrato de nuestro Señor a la puerta de su iglesia laodicense tratando de entrar. Imagínatelo. En la mayoría de reuniones de oración el texto que más se emplea es: «Donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos»; pero con demasiada frecuencia El *no* está en medio, sino a la puerta. Cantamos sus alabanzas, pero rehusamos su persona.

Con una buena biblioteca a nuestro lado y una Biblia con notas, nos ahorramos de escudriñar la verdad en la inmutable Palabra de Dios.

No debe maravillarnos la paciencia del Señor con los corazones empedernidos de los pecadores de nuestro tiempo; después de todo, ¿no somos nosotros pacientes con nuestros prójimos sordos o ciegos? Así son los pecadores. Pero lo que me maravilla es la paciencia del Señor con esta iglesia somnolienta, egoísta y perezosa. Una iglesia pródiga en un mundo pródigo es el verdadero problema de Dios.

¡Oh creyentes en bancarrota, ciegos, y todavía alabándose de sus virtudes! Estamos *desnudos* y no nos damos cuenta de ello; somos *ricos* (nunca había tenido la iglesia mejores equipos que ahora), pero somos *pobres* (nunca había tenido menos unción espiritual que al presente). No tenemos necesidad de ninguna cosa (y, sin embargo, nos faltan casi todas las cosas que caracterizaron a la iglesia apostólica). ¿Puede El estar «en medio de nosotros» mientras nosotros mostramos sin ninguna vergüenza nuestra desnudez espiritual?

¡Oh, cuánto necesitamos el fuego! ¿Dónde está el poder del Espíritu Santo que rinde a los pecadores y llena los altares de penitentes? Hoy día estamos mucho más interesados en tener iglesias con aire acondicionado que llenas del fuego del Espíritu Santo. Sin embargo, «nuestro Dios es fuego consumidor». Dios y el fuego son inseparables. Todos tenemos que ver con el fuego: los pecadores, con el fuego del infierno; los creyentes, con el fuego del juicio. Porque la Iglesia ha perdido el fuego del Espíritu Santo, millones tendrán que ir al fuego del infierno.

El profeta Moisés «fue llamado por fuego»; Elías hizo bajar fuego del cielo; Elíseo hizo un fuego; Miqueas profetizó fuego; Juan el Bautista clamó: «Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.» Jesús dijo: «Fuego vine a meter en la tierra.» Si fuéramos tan cuidadosos en obtener el bautismo de *fuego* como lo somos en no descuidar el bautismo de *agua,* tendríamos una iglesia llena de ardor y otro Pentecostés. La vieja naturaleza puede sentirse halagada por el bautismo de agua, pero es totalmente destruida con el bautismo de fuego, pues El destruirá la paja con fuego que no se apagará. Hasta que no fueron purificados con el fuego de Pentecostés, los discípulos que vieron su gloriosa resurrección fueron mantenidos fuera del ministerio de la cruz.

¿Con qué autoridad ministran hoy día los pastores de nuestros días, tanto aquí como en los países de misión, si no han tenido la experiencia del aposento Alto? No nos faltan predicadores especialistas en profecías, pero nos faltan en gran manera predicadores profetas. Con esto no queremos decir predicadores que hagan predicciones sensacionales. Poco queda para predecir, puesto que tenemos el Libro de Dios que nos lo declara, pero necesitamos hombres que hablen por Dios. Nadie puede monopolizar al Espíritu Santo, pero el Espíritu Santo puede monopolizar a algunos hombres. Tales son los profetas. Nunca éstos fueron esperados, nunca fueron anunciados e introducidos, simplemente llegaron.

Fueron enviados y sellados para tal objeto. Juan el Bautista no hizo milagros. Las multitudes no acudieron a él para obtener su toque de sanidad; sin embargo, hizo el milagro de levantar a una nación espiritualmente muerta.

Uno se maravilla de nuestros evangelistas que sin rubor alguno anuncian que tuvieron un maravilloso despertamiento con miles de personas dando testimonio; y añaden, para dar crédito de su inmaculado fundamentalismo: «Pero no hubo nada sensacional ni fuera de orden.» Pero ¿es que puede haber un terremoto sin causar sensación o un tornado sin desorden? ¿No produjo sensación y manifestaciones externas el ministerio de Wesley? La Iglesia de Inglaterra cerró todas sus puertas a «un *hombre enviado de Dios el cual se llamaba Juan*» —Wesley—. Pero aquellas «precauciones religiosas» de la iglesia oficial no pudieron poner dique al despertamiento del Espíritu Santo.

Este bendito hombre de Dios que se llamaba Wesley salió de la Universidad de Oxford habiendo «fallado completamente», según sus propias palabras. Carecía del cerebro de un erudito, del fuego de un zelote y de la lengua de un orador; pero salió a conducir multitudes al Cordero de Dios. ¿Cómo podía hacerlo? Llegó el 24 de mayo de 1738, cuando Juan Wesley, en una reunión de oración que tuvo lugar en la calle de Aldersgate, fue nacido del Espíritu, y más tarde fue lleno del Espíritu. En trece años este hombre, bautizado con el Espíritu Santo, sacudió tres naciones. Del mismo modo Savonarola sacudió Florencia entera, hasta el punto de que el rostro de un monje loco vino a ser motivo de terror a los florentinos de sus días y motivo de burla a los religiosos de su tiempo.

Hermanos, a la luz del «tribunal de Cristo» nos habría sido mejor vivir seis meses con un corazón hecho un volcán, denunciando el pecado en lugares altos y bajos y volviendo la nación del poder de Satanás a Dios (como dice Juan el Bautista), que morir cargados de honores eclesiásticos y de títulos teológicos, habiendo sido el hazmerreír del infierno por nuestra nulidad espiritual. El adular a millonarios borrachos y maldecir a jefes de estado de naciones lejanas, no traerá el fuego del Cielo sobre nuestras cabezas. Podemos hacer ambas cosas y preservar nuestras cabezas y nuestros pulpitos. Los profetas fueron martirizados por denunciar la religión, no en términos vagos, sino bien precisos. Y cuando vemos «religiones engañosas» estafando a los hombres en la vida y en la muerte, conduciendo multitudes al infierno bajo la bandera de una religiosidad nominal, deberíamos arder de santa indignación y traer una Reforma del siglo xx aun cuando tuviéramos que arder como los mártires.

Trae lágrimas a nuestros ojos leer noticias como éstas: < Sacerdotes católicos recomiendan a los evangelistas protestantes> ¿Podríais imaginaros a tales religiosos aplaudiendo a Lutero si él estuviera vivo y

no fuera una mera figura histórica? ¿Sería recomendado de ellos un Jerónimo Savonarola? ¡.Oh Dios, envíanos predicación profética que sondee a las almas hasta lo más recóndito! ¡Envíanos una raza de predicadores mártires, hombres abrumados en sus corazones y quebrantados ante la visión del juicio que pende sobre un mundo impenitente que va a un infierno sin Cristo!

Los grandes predicadores hacen famosos los pulpitos, los profetas hacen famosas las prisiones. ¡Que el Señor nos envíe profetas, hombres terribles que alcen la voz y no callen, lanzando ungidos ayes sobre naciones corrompidas; hombres demasiado ardientes para ser aceptados, demasiado duros para ser oídos, demasiado justicieros para ser tolerados! ¡Estamos cansados de hombres adornados con vestidos suaves y suave lengua, que usan ríos de palabras con unas gotas de espiritualidad, que saben más de competencia que de consagración, y de promoción que de oración! ¡Pastores que sustituyen la propagación por propaganda y se cuidan más de la diversión de la iglesia que de su santidad!

¡Oh, en comparación con la Iglesia del Nuevo Testamento nosotros somos mucho peor que subapostólicos, pues nuestros ideales son tan bajos! Doctrinar a las gentes les hace dormir, pues la letra no basta, tiene que ser letra encendida. Es la letra *más el Espíritu* lo que da vida. Un sermón teológicamente sano, en un lenguaje impecable, puede ser tan sin sabor como un puñado de arena. Para enfrentarse con los sistemas anticristianos necesitamos una iglesia bautizada con fuego. Moisés tenía un rostro brillante por haber estado con Dios. Necesitamos una iglesia brillante por la misma razón, para atraer al mundo, a fin de que por su medio oigan la voz del Dios vivo.

Dejadme arder para Dios, De todo lo que Dios puede aprobar, la oración es lo mejor. ¡Oh, dejadme ser un hombre de oración!

Henry Martyn

El amor es una llama, y el ardor su vida. Llama es la atmósfera de la verdadera experiencia cristiana. Una débil llama puede encender un fuego que lo consuma todo; pero cuando la atmósfera que la rodea es frígida o impura, muere por falta de alimento vital. La oración DEBE ser ardiente.

E. W. Bounds

Es la pasión por las almas Una compasión activa, Un amor que nunca muere, Fuego que la fe aviva. La oración que prevalece, Una llama de amor es Clamando por el perdido: Que venga un PENTECOSTÉS.

Amy Wilson Carmichael

SE NECESITA UN PROFETA PARA PREDICAR A LOS PREDICADORES

13

Tratar de medir el sol con un metro sería menos difícil que tratar de medir a Juan el Bautista con nuestras medidas modernas de espiritualidad. El ansioso padre que recibió la profecía de su nacimiento escuchó de boca del ángel: «Muchos se regocijarán de su nacimiento, porque será grande delante de Dios.»

Hoy día prodigamos mucho la palabra grande, pues, confundimos prominencia por eminencia. En aquel día Diosa no necesitaba un sacerdote ni un predicador, sino un hombre. Había muchos hombres en aquellos días, como los hay al presente, pero todos eran demasiado pequeños. Dios necesitaba *un gran hombre* para una gran empresa.

Probablemente Juan el Bautista no tenía aptitudes para el sacerdocio, pero tenía todas las cualidades para ser un profeta. Antes de su venida habían pasado cuatrocientos años de oscuridad, sin un rayo de luz profética; cuatrocientos años de silencio, sin un «así dice el Señor».

Cuatrocientos años de deterioración progresiva en las cosas espirituales, derramando ríos de sangre de animales para expiación de los pecados y con un sacerdocio bien pagado como mediador, Israel, la nación favorecida dé Dios, estaba bien provista de ceremonias, sacrificios y circuncisión.

Pero lo que un ejército de sacerdotes no pudo hacer en cuatrocientos años lo hizo un «hombre enviado de Dios»: *Juan el Bautista,* un hombre preparado por Dios, lleno de Dios y ardiente para Dios; y lo hizo en seis meses.

Comparto la opinión de E. M. Bounds de que Dios requiere veinte años para preparar a un buen predicador. La educación de Juan el Bautista tuvo lugar en la universidad divina del silencio; Dios lleva a todos sus grandes hombres a una universidad así. Aun cuando Pablo, el orgulloso fariseo guardador de la ley, poseía un intelecto colosal y buenos títulos de la Escuela Rabínica de Jerusalén, cuando Cristo cambió su rumbo en el camino de Damasco, necesitó llevarlo tres años a Arabia, para vaciarle de sus prejuicios y educarle, antes de que pudiera decir: «Dios reveló a su Hijo en mí.» Dios puede llenar en un momento lo que tarda años en vaciarse. ¡Aleluya!

Jesús dijo «id», pero también dijo «esperad». Que algún hombre se encierre por una semana, sin otra comida que pan y agua, ni otros libros sino la Biblia, ni otro visitante excepto el Espíritu Santo, y os garantizo, hermanos predicadores, que este hombre, o quebrantará su propósito o quebrantará los corazones. Después de esto, a semejanza de Pablo, hará

sentir su influencia en el infierno.

Juan el Bautista fue a la escuela del silencio, el desierto, hasta el día que se mostró a Israel. ¿Quién podía estar mejor equipado para la tarea de levantar a una nación torpe- de su sueño sensual que este profeta tostado por el sol, bautizado con fuego, alimentado con manjares del desierto, enviado por Dios con un rostro como la mañana del juicio? En sus ojos brillaba la luz de Dios, en su voz la autoridad divina y en su alma la pasión de Dios. ¿Quién —pregunto— podía ser mayor que Juan? Es cierto que no hizo milagros, no levantó ningún muerto, pero hizo un milagro mayor: trastornó una nación entera.

Este profeta vestido de pieles, con un ministerio de tiempo muy limitado, ardía de tal manera que los que escucharon la voz de su cálida lengua y sus mensajes ardientes se fueron a casa a pasar noches sin dormir, hasta que sus heridas almas fueron quebrantadas por el arrepentimiento. Sin embargo, Juan el Bautista era un extraño en doctrina —sin sacrificio, ceremonias ni circuncisión—; extraño en comida —no bebedor ni banqueteador—; extraño en indumentaria -—sin filacterias ni vestidos farisaicos.

Pero ¡Juan era grande! Las grandes águilas vuelan solas; los grandes leones cazan solos; las grandes almas andan solas —solas con Dios—. Esta soledad es difícil de soportar e imposible de gozar, a menos que exista la divina compañía. Verdaderamente Juan llegó al grado de grandeza. Era grande en tres formas: Grande en su fidelidad al Padre; con una educación de años y una predicación de sólo cortos meses. Grande en su sumisión al Espíritu; empezó y terminó según le fue ordenado. Grande en sus declaraciones acerca del Hijo; manifestando que Jesús, a quien nunca había visto, era «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

Juan era una *«voz».* La mayoría de los predicadores son solamente «ecos», pues si los escucháis con atención, descubriréis cuál es el último libro que han leído y cuan poco citan de la Biblia. Para alcanzar las masas necesitamos una «voz», un profeta enviado del cielo a predicar a los *predicadores.*

Se necesitan hombres quebrantados para quebrantan a los hombres. Hermanos, nosotros tenemos equipo pero no dotación, conmoción pero no creación, acción pero no unción, ruido pero no despertamiento. Somos dogmáticos pero no dinámicos.

Cada época ha sido iniciada por fuego; cada vida, ya sea de un predicador o de una prostituta, terminará en el fuego: el fuego del juicio del tribunal de Cristo, para algunos; el fuego del infierno, para otros. Wesley cantó: «Salva pobres almas del fuego y apaga sus brasas en la sangre de Jesús.»

Hermanos, solamente tenemos una misión, salvar almas; sin embargo, ¡éstas perecen! ¡Oh, pensadlo! Millones, centenares de millones, quizá más de dos mil millones de almas eternas, necesitan a Cristo; y sin Cristo ni vida eterna, perecen. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Qué horror! ¡Qué tragedia! Cristo no quería que ningún alma pereciera. ¡Predicadores, la gente va por millones al fuego del infierno porque nosotros hemos *perdido el fuego del Espíritu Santol* Esta generación de predicadores es responsable por esta generación de pecadores. A las mismas puertas de nuestras iglesias están las masas sin ganar porque no son buscadas; no son buscadas porque no son amadas. Gracias a Dios por todo lo que se

hace en las naciones extranjeras; sin embargo, parece raro, que hay más aparente preocupación por la gente al otro lado del mundo que por nuestros vecinos que perecen al otro lado de la calle. Con todo nuestro gran evangelismo de masas, las almas solamente son ganadas por unos pocos centenares; que venga una bomba atómica y caerán al infierno por centenares de millares.

Decir que el pecado de hoy día no tiene paralelo no es cierto. Jesús dijo: «Como en los días de Noé, así será en la venida del Hijo del Hombre.» Y en el capítulo 6 del Génesis, vers. 5, hallamos una descripción gráfica del tiempo de Noé: «Dios vio que la maldad de los hombres era grande sobre la tierra y que toda imaginación de ellos (todo su corazón) era solo y continuamente para el mal.» Así que había mal sin excepción, *toda* imaginación; mal sin mezcla, *solamente* al mal; mal sin interrupción, «*continuamente* al mal». Así era entonces y así es hoy día. El pecado es ensalzado y popularizado, arrojado a los oídos por la radio, a los ojos por la televisión y plasmado en las cubiertas de las grandes revistas. Los asistentes a las iglesias, cansados de sermones, dejan las reuniones como han entrado: sin visión y sin pasión. ¡Oh Dios, da a esta generación que perece diez mil Juan Bautistas para arrancar los vendajes puestos sobre nuestros pecados, nacionales e internacionales, por políticos y moralistas.

Como Moisés no podía dejar de ver la zarza ardiente, así una nación no puede dejar de ver un hombre que arde por Dios. Dios combate al fuego con fuego. Cuanto más fuego en el pulpito, tanto menos tendrá que haber en el infierno. Juan el Bautista era un hombre nuevo con un nuevo mensaje. Como el acusado que oye la temible sentencia de «culpable», de boca del juez, y palidece, así las multitudes oían el clamor de Juan: «Arrepentíos», hasta que esta voz circulaba por los corredores de sus mentes, agitaba sus memorias de pecados pasados, doblegaba las conciencias y les traía, heridos de terror, al bautismo de arrepentimiento. Después de Pentecostés, el discurso de Pedro, lleno del Espíritu recién recibido, conmovió las multitudes hasta que clamaron como un solo hombre: «Varones hermanos, ¿qué haremos?» Imaginaos que hubiese sido dicho a estos hombres conmovidos: «Firmad una tarjeta, asistid a una iglesia regularmente, pagad vuestros diezmos.» ¡No! y mil veces ¡No! Ungidos por el Espíritu de Dios, tanto Juan como Pedro clamaron: «Arrepentíos», y las gentes lo hicieron. El arrepentimiento no son unas pocas lágrimas, una emoción, un remordimiento o una reforma; el arrepentimiento es un cambio de mente acerca de Dios, del pecado y del infierno.

Las dos mayores fuerzas de la Naturaleza son: el fuego y el viento. Y estos dos se unieron el día de Pentecostés. Así, como fuego y viento, aquella bendita compañía del Aposento Alto fue irresistible, incontrolable, inesperada, ¡Su fuego apagó la violencia de otro fuego (el fuego del infierno), encendió fuego misionero, hogueras espirituales en Europa, Asia y África e inició por todas partes fuegos de despertamiento! Hace casi doscientos años Carlos Wesley cantó:

¡Oh, que en mí la sagrada llama pueda empezar a brillar, Quemando la escoria de los bajos deseos, Y haciendo las montañas flotar.

El Dr. Hatch exclamó:

Sopla en mí aliento divino. Hasta que yo sea totalmente tuyo, Hasta que la parte terrena de mi ser brille con el fuego divino.

El fuego del Espíritu Santo destruye, purifica, calienta, atrae y capacita.

Algunos cristianos no pueden decir cuándo fueron salvos, pero yo nunca he conocido a un hombre qué haya sido bautizado con el Espíritu Santo y fuego y que no pueda decir cuándo ocurrió. Tales hombres, llenos del Espíritu, conmovieron naciones para Dios. Como Wesley cuando, nacido del Espíritu y lleno del Espíritu, ganó a muchas almas con el Espíritu y vivió y anduvo en el Espíritu.

Un automóvil nunca se moverá hasta que sea encendida la chispa de su ignición; así algunos hombres nunca se mueven porque lo tienen todo excepto el fuego. ¡Queridos hermanos: tiene que haber un juicio especial para predicadores, los cuales recibirán mayor condenación! (Santiago 3:1).

Es posible que, cuando ellos vayan a recibir su condena "ante el tribunal de Dios, otros hombres se vuelvan a ellos y les digan: «Predicador, si hubieses tenido fuego del Espíritu Santo yo no iría ahora al fuego del infierno.» Como Wesley, yo creo, ahora, en la necesidad del arrepentimiento del creyente. La promesa del Padre es para ti. Por tanto, ahora mismo, ponte de rodillas. En esta estación misionera, al lado de tu silla, en tu confortable hogar o en el despacho del pastor desalentado y casi pronto a abandonar su trabajo, ponte, hermano, de rodillas y haz esta oración:

Para hacer mi corazón fuerte y valiente:
¡Envía el fuego! Para vivir y salvar al mundo que muere:
¡Envía el fuego! ¡Oh! ve, sobre tu altar estoy! Mi vida, mi todo, desde este día te doy. Ven a encender tu ofrenda te ruego:
¡Envía el fuego!

F. de L. Booth-Tucker

Tenemos una iglesia fría, en un mundo frío, porque los *predicadores son fríos.* Por tanto, «Señor, ¡ENVÍA EL FUEGO!

“No tendré otro capelo que el de mártir, enrojecido con mi propia sangre”

Savonarola (Cuando le fue ofrecido un capelo cardenalicio para que callara sus ataques contra Roma.)

“La predicación apostólica no se distinguía por su bella dicción, elegancia literaria o agudeza de expresión, pero obraba «con *demostración del Espíritu y de poder”.*

Arturo Wallis

Hay tres cosas que me gustaría haber podido ver:

1.ª A Jesús en carne.
2.ª A Roma imperial en los días de su esplendor.
3.a A Pablo predicando.

Agustín

Con el mayor gozo confirmaré con mi sangre esta verdad que he escrito y predicado.

Juan Huss (en la hoguera)

La primera cualidad de un misionero no es él amor a las almas, del que tanto se habla, sino amor a Cristo.

Vanee Havner

EL EDIFICADOR DE UN IMPERIO PARA DIOS

14

Si Saulo hubiese encontrado un buen predicador y oído un buen sermón en el camino de Damasco, puede que lo hubiera olvidado pronto. *Pero encontró a Cristo.* (Se puede evitar a los predicadores y los sermones, pero nadie puede escapar de Cristo.) Desde aquel día la filosofía de la vida de Pablo halló a aquel que es la Vida misma. Este zelote, que vomitaba fuego contra los cristianos, halló al Señor, que le bautizó con fuego, y, como resultado del cambio que se operó en el joven Saulo, la civilización de sus días cambió de rumbo. (¡Oh, si quisieras hacer lo mismo, Señor, hoy día!) Pero notad que el que era a sus propios ojos un fariseo intachable, fiel guardador de la ley, empezó a llamarse el primero de los pecadores a los ojos de Dios. No es extraño, pues él era para la recién nacida Iglesia cristiana lo que Herodes a los recién nacidos de Belén y a Cristo niño.

El hombre que ha tenido una experiencia de Dios nunca depende de argumentos o experiencias de otros. Lo que cuesta es lo que se aprecia. Pablo no hizo un experimento, sino una experiencia. Su encuentro con el Santo de los santos, aquel día, no sólo fue aterrorizador, sino transformador. Tuvo una visión del Señor que le dejó ciego (una luz más brillante que la del sol al mediodía). Desde entonces, Pablo, aunque recobró la vista física, quedó ciego a los honores y glorias humanas. («No me honrarán a mí los que no te honran a ti», dijo F. B. H. Meyer.) Su encuentro con Cristo quitó repentinamente a Saulo su sueño de dominio intelectual y empezó a viajar como un mendigo de Cristo. No sin antes haber tenido una nueva experiencia con Dios en el desierto de Arabia (acerca de la cual no se atrevía a hablar).

Y, de alguna manera, este edificador de imperios para Cristo, con su colosal intelecto y sus notables títulos, aceptó al Señor, no sólo como sustitución de lo antiguo, sino para identificarse con El. «Yo morí» (en El). Esta es su declaración (que todos hacemos de labios). Pero Pablo afirma triunfalmente: «Y ahora vive El en mí.» Piénsalo bien. Si hicieras una declaración como ésta, ¿no se burlarían de ti los amigos? Pero este nuevo Sansón arrancó con goznes y todo las macizas puertas de la Historia y, como en el antiguo mito griego, cambió el curso de los ríos para limpiar los establos de la corrupción del mundo antiguo. ¡Bendito hombre de Dios!

Habiendo hallado la paz con Dios, Pablo declaró la guerra a todo lo que no es de Dios. Cautivó la «inteligencia», de los atenienses con los dulces sones de la lira del Evangelio y terminó su concierto haciendo sonar la aguda i trompeta de la resurrección y del juicio.

¿Qué hizo a este hombre burlarse de los clamores de la turba pagana en Éfeso? ¿Por qué está dispuesto a morir cada día? ¿Cuál es el secreto de la fortaleza que revela i su esbozo biográfico de 2.ª Corintios 11? ¿Qué es lo que leí capacitaba para sobrellevar su tremenda carga? Por raro e

incomprensible que parezca no se recata de decirlo en Gálatas 2:20. Pensadlo bien: No declara su fe en el nacimiento virginal de Cristo, ni en su resurrección corporal de entre los muertos —por supuesto que Pablo creía todo esto—, pero el secreto de su fortaleza y de su éxito no dependía de su fe ortodoxa, sino de que «Cristo vive en mí». De la profundidad de su depravación personal («No soy yo sino el pecado que mora en mí» —Romanos 7:17—) sube a la cumbre de la espiritualidad («No ya yo, mas Cristo vive en mí» —Gálatas 2:20—). ¡Precioso cambio de vida!

Pablo era una vida ejemplar. No era un letrero guiador, sino un guía: «Lo que habéis oído y visto en mí» (Filipenses 4:9). Él era, de cierto, una epístola «viva».

La vida de Pablo fue excepcional: ¿Sería alguien tan tonto hasta el punto de decir que nuestra abnegación es como la de él? ¿No deberíamos escribir, al revés que él: «Todos buscamos lo nuestro propio»? Fue excepcional porque fundó tantas iglesias y escribió tantas epístolas, pero leed el resumen de su propia vida en 2.ª Corintios 11. ¿Está tratando de contarse entre los mártires o de clasificarse entre los santos? De ningún modo. Su posición, sus títulos y privilegios son contados como estiércol, con tal de ganar a Cristo y, por su obediencia, ser hallado en El. Fue excepcional en sufrimientos, los cuales padeció, generalmente, por voluntad de otros; pero también en la oración, por su propia voluntad. Si hubiese más cristianos fuertes en oración, habría más dispuestos a sufrir. La oración desarrolla huesos juntamente con gemidos, tendones a la vez que santidad, fortaleza al par que fuego.

Pablo llama a Dios por testigo de que quería ser anatema en favor de sus hermanos (Romanos 9:3). Madame Guyon oró casi de un modo idéntico. Brainerd y Juan Knox eran «hombres de iguales pasiones que nosotros». ¿Cuándo o dónde, hermano, se oyen oraciones semejantes' a éstas en nuestras reuniones de oración? No podemos tener grandes resultados de oraciones pequeñas. La ley de la oración es semejante a la de la cosecha. «El que siembra escasamente, escasamente también segará, y quien siembra abundantemente, segará con abundancia.» El problema está en que queremos segar lo que no sembramos.

Pablo tenía *una vida expansiva.* Muchos de nosotros, ¡ay!, buscamos los restos de la obra de cualquier otro ministro. Pero Pablo no edificaba sobre el fundamento de otro (1.ª Cor. 3:10). Su cerebro no estaba encallado en ningún dogma específico, no era una máquina eclesiástica desmenuzando materias metafísicas. No empleó horas especulando sobre el significado de la imagen de Daniel. No se enterraba en un laboratorio diseñando la verdad y poniendo marcas de fábrica a cápsulas teológicas, ni complaciéndose a sí mismo con su habilidad de encontrar palabras atinadas para futuros credos. La razón de todo ello es clara como el mediodía.

Pablo no escribió una «Vida de Cristo», la demostró con su declaración: «A todos soy deudor» (Romanos 1:14). Y dedicó enteramente su vida, por todos los medios posibles, a pagar esta deuda. Esto podía costarle prisión, pero consideraba que era mejor ser «un prisionero» del Señor por unos *pocos años* que permitir que sus contemporáneos tuviesen que ser prisioneros del diablo en el infierno para siempre. Pablo se entregó enteramente a una completa y costosa consagración. «De aquí en adelante que nadie me conturbe» (Gal. 6:17). ¿Qué quería decir con esto? Que había consagrado de tal modo su vida a Cristo que no tenía

tiempo ni voluntad para nada más. Cada latido de su corazón, cada pensamiento de su mente, cada paso de sus pies y cada anhelo de su alma eran para Cristo y la salvación de los hombres. Alborotaba sinagogas y tenía despertamientos o tumultos, una cosa u otra, y a veces ambas. (Nosotros parece que no tenemos ni lo uno ni lo otro.)

Aun cuando su propio grupo de colaboradores le abandonan —«Todos me han dejado» (2.ª Tim. 4:16); él confió en «los brazos eternos» y fue adelante. Escapó de la muerte, pero su pan diario era su muerte diaria. «Cada día muero» (1.ª Corintios 15:21). ¡Magnífica desgracia la suya!

Pero los frutos del Espíritu están en el apóstol Pablo; los dones del Espíritu obraban en él. Dirigió el despertamiento de toda una ciudad mientras trabajaba cosiendo tiendas para pagar los gastos! Hermanos predicadores: ¿No tenemos corazones de gallina, todos nosotros, al lado del de Pablo? A veces padecía hambre, pero en otras ocasiones, cuando tenía abundancia, ayunaba voluntariamente. Deseaba bendiciones para todos, pero en cuanto a sí mismo quería ser anatema. Con su vida revolucionaria y su teología alborotadora, este «espectáculo a los hombres», lleno del Espíritu Santo, era la contrapartida de los actuales fanáticos de la religión política del régimen ateo. Gente consumida por el fuego interior del Espíritu Santo son la única contrapartida eficaz de los caídos humanos, tan destrozados moralmente como el átomo que han logrado desintegrar y con el cual son capaces de desatar las fuerzas que destruirían la tierra.

Pablo, transformado y listo para ser pronto trasladado a otro mundo mejor, desea tener sucesores idénticos* a su modo de ser. Oídle afirmar delante del rey Agripa: «Quisiera Dios que, no sólo tú, sino todos los que me escuchan, fuesen hechos como yo soy, excepto estas cadenas.» No dice que todos pudiesen fundar tantas iglesias y escribir como él lo había hecho. No dice: Como «yo hice», sino como «yo soy» (1.ª Corintios 7:7). Y esto es bien posible. El mismo Espíritu Santo que llenó a Pablo puede llenarnos a nosotros de modo que nosotros, como él, podamos ser identificados con Cristo no sólo en su sacrificio, sino en todo servicio.

¿Qué resultado tendrá o cómo terminará todo esto en ti, querido hermano? No lo sé. (Ni ángeles ni hombres lo saben.) Pero puedo decirte cómo empieza: Principia siempre con una vida transformada, en la cual no vivamos ya nosotros. Pablo vivió gloriosamente y murió triunfalmente porque en su sacrificio y sufrimiento se identificó plenamente con Cristo. Así podemos vivir y morir nosotros si tan sólo lo queremos.

La única fe salvadora es la que se arroja así en Dios, para la vida y para la muerte.

Martín Lutero

He aquí por qué, en cada momento de la historia, cuando la Iglesia de Cristo ha sido movida por alguna ola de despertamiento a la realidad de la consagración personal, mulares de hombres y de mujeres han redescubierto a Pablo y han vibrado al compás de la música de su mensaje.

Dr. J. S. Stewart

Corazones sin lágrimas nunca pueden ser buenos heraldos de la Pasión de Cristo.

Dr. J. H. Jowett

Que Dios me diera un corazón cargado,
Infundido con la pasión de orar
Por los que, sumergidos en pecado,
No pueden Sus riquezas alcanzar.
¡Quién me diera un alma semejante
A la de Cristo, mi fiel Salvador,
Que en total agonía estuvo orando
Por los otros! ¡Oh, dame un corazón,
Padre mío, cargado por los otros!
Anhelo, Padre amado, tal pasión
Que derramar mi corazón por los perdidos
Anhele yo; y aun mi vida, ¡fiel Señor!
Que sepa orar, sí, cueste lo que cueste.
Enséñamelo, Señor, por compasión.
Enséñame tú mismo este secreto.
Estoy sediento de aprender esta lección.
Anhelo, Jesús mío, que lo hagas.
¡Padre, este favor pido de Ti:
Que se revele Tu Espíritu en mí!

María Warburton Booth

MARCADO PARA CRISTO

15

En cierto sentido todos los hombres son extraños unos a otros. Aun los amigos no se conocen uno a otro de un modo perfecto. Para conocer a un hombre es necesario conocer todas las influencias de herencia y ambiente, así como las incontables decisiones morales propias que le han formado y le han hecho ser lo que es. Sin embargo, aun cuando no nos conocemos realmente unos a otros, el trazar el curso de la vida de una persona nos ofrece muchas enseñanzas. Especialmente el observar las grandes fuerzas que le han impulsado en uno u otro sentido. Por ejemplo: cuan beneficiada sería nuestra vida si pudiéramos experimentar el mismo impulso de la vida de Cristo que movió a Saulo de Tarso, después llamado Pablo, y sondear un poco el más profundo significado de sus palabras: «Yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gálatas 6:19).

Una cosa es segura acerca de estas palabras, que eran una expresión del señorío de Cristo. Pablo pertenecía al Señor Jesucristo en espíritu, alma y cuerpo. Estaba marcado como propiedad suya. Cuando Pablo declaraba llevar en su cuerpo las llagas del Señor no está pretendiendo llevar un «estigma» como san Francisco de Asís en 1224, u otras personas piadosas en otros tiempos. No se trataba tanto de marcas corporales, creo yo, como de una santificación espiritual por su crucifixión interna. El había sido crucificado con Cristo (Gálatas 2:20).

Las marcas de la crucifixión interna de Pablo eran claramente evidentes. En primer lugar, Pablo estaba marcado o se identificaba con Cristo en cuanto a *entera dedicación* a su tarea. Si, como pretende la tradición, Pablo era un hombre bajito, de sólo cuatro pies y seis pulgadas de estatura, era, sin embargo, el mayor gigante que jamás ha existido. El excedió a todos sus contemporáneos en viajar, en orar y en sentir pasión por un objetivo. El blasón de su escudo era: «Una cosa hago.» Estaba ciego a todas las demás cosas de las cuales los otros hombres se gloriaban.

De modo semejante, Calvino fue criticado porque, teniendo la habilidad que poseía para escribir, no empleara todo su tiempo para escribir. Las *Instituciones del Cristianismo* y otras obras similares de carácter religioso, sin una sola mención a la hermosura de los Alpes o a los lagos suizos. Y Pascal fue censurado porque, aparte del alma inmortal, no parece tener otro asunto que le fuera de interés. Pablo podría también ser acusado por no decirnos una sola palabra acerca del arte griego o del esplendor del Partenón. Era un separado moral del mundo que le rodeaba.
Después de su encuentro con los sabios de Atenas en la colina de Marte, acusó a la sabiduría de este mundo, muriendo cada día a la tentación de hacer gala de sus conocimientos de filosofía griega, que no ignoraba.

Su tarea no era discutir alguno de sus puntos, sino vencer las legiones del infierno.

Parece que de alguna manera, probablemente en Arabia, su personalidad

había sido transformada. Desde entonces jamás volvió a sus viejos hábitos. Estaba demasiado ocupado en ir adelante. Habría herido su alma oír a alguna congregación cantar: «Cansado de vagar, Señor, yo me siento.» Ser o no recomendado o bienvenido, amado o aborrecido, poco le importaba. Él iba adelante con los ojos cerrados a todo honor humano, sordo a todas las voces de halago e insensible al encanto del éxito mundano.

Pablo estaba asimismo marcado con la *humildad* de su Maestro. La polilla mundana no podía dañar este vestido que había recibido de Dios.

Nunca ambicionó alabanzas humanas. Se puso el primero, pero entre los pecadores, cuando podía haberse puesto el último. Un antiguo teólogo gales dijo: «Si conoces hebreo, griego y latín, no lo pongas sobre tu cabeza como Pilato, sino a los pies de Cristo.» «Las cosas que para mí eran ganancia helas reputado como pérdida para poseer a Cristo.» ¡Qué descanso para el corazón es la virtud de la humildad! ¡El gozo de no tener nada que perder! No buscando buena opinión de sí mismo, Pablo nunca temió la bancarrota. Podía haber ostentado la toga bordada de un graduado en la más famosa escuela hebrea, pero luce más y mejor su vestido de un espíritu humilde y pacífico.

Además, Pablo estaba marcado por *él sufrimiento.* Considerad las cosas que menciona en Romanos 8: «Hambre, peligro, desnudez, espada (todas ellas significan aguda molestia para el cuerpo), tribulación (aflicción de alma) y angustia» (de espíritu). De todos estos sufrimientos el actual ministro del Evangelio participa muy poco.

Este judío errante combatía todo lo que se oponía a Dios y a su causa. Este príncipe de los predicadores, y su adversario, el príncipe del infierno, no escatimaban golpes. Era una lucha libre, sin reglas de juego ni limitaciones de ninguna clase.

Ved de cerca a ese Pablo de cara cadavérica, de esmirriado cuerpo, propio de un hombre hambriento, ayunador y sujeto, muchas veces, al látigo del lictor; este pequeño cuerpo fue lentamente apedreado en lastra y sufriendo hambre con frecuencia; asido a un débil botijo, flotando durante 36 horas en el mar Mediterráneo. Sumad a todo ello peligro tras peligro, multiplicadlo por el dolor de la soledad; y contad uno por uno los noventa y cinco azotes, tres naufragios, tres apaleamientos con varas; un apedreamiento; largos años de prisión y peligros de muerte, tantos que se pierde el número. Y, sin embargo, lo contaba esto Pablo por nada, según sus propias palabras. Oídle decir: «Lo momentáneo y leve de nuestra tribulación.» Esto sí que es burlarse del sufrimiento.

Por lo demás, Pablo estaba marcado por su pasión. Un hombre tiene que hallarse muy seguro de encontrarse en el mismo centro de la voluntad divina para apelar al Espíritu como testigo; sin embargo, esto es lo que hace Pablo en Romanos 9, vers. 1.

¡Quién diera que de esta maravillosa llama cada predicador pudiera tomar un poco de fuego! Las palizas no podían apabullar esta llama; los ayunos y el hambre no podían suprimirla; las críticas y malos entendidos no podían apagarla, ni las prisiones ocultarla, ni los peligros detener su crecimiento. Ardía más y más hasta que la vida se ausentó de su cuerpo.

El Cristo viviente que estaba en Pablo (Gálatas 2:20) y se manifestaba

en su ardiente pasión por las almas, era el desespero del infierno, el capital para el desarrollo de la Iglesia y el gozo del resucitado Salvador (que veía del fruto de su alma y se sentía satisfecho).

Pablo estaba *marcado por el amor.* Cuando pasó por la experiencia de venir a ser «un hombre de Cristo» desarrolló su capacidad de amor. (Sólo la madurez sabe amar.) ¡Y cómo amaba Pablo! Primero y ante todo amaba a su Señor, después amaba a los hombres: a sus enemigos, a sus aflicciones y aun el dolor de su alma. Esto es lo que se demuestra por sus ardientes oraciones.

El amor de Pablo le llevaba a amar al perdido, al último, y el menor. ¿Quiénes eran objeto de su amor? En la colina de Marte, los intelectuales; en las sinagogas, los religiosos por tradición; en la plaza pública, los pródigos del vulgo. A todos ellos ansiaba ganar para su Señor. El amor, como poderosa dinamo, le movía e impulsaba a emprender grandes cosas para Dios. ¡Pocos han orado como Pablo oró! Quizá McCheyne, Juan Fletcher, el poderoso Brainerd y muy pocos más han conocido el dominio del alma y cuerpo al entregarse a la oración por amor.

Recuerdo una vez que, de pie al lado de la Maríscala del Ejército de Salvación, entoné este himno:

Hay un amor que me constriñe A ir a buscar al perdido. Rinde, Señor, mi todo a Ti Hasta que lo haya conseguido.

No era un amor puramente sentimental, pues le costaba prisiones, privaciones, dolor y pobreza.

Carlos Wesley casi parece haberlo alcanzado cuando dice: «Nada deseo en la tierra sino el amor dentro de mi pecho.» Estos hombres y mujeres estaban ciertamente en la senda del secreto apostólico para ganar almas. Los grandes ganadores de almas han sido siempre grandes amantes de las almas de los hombres. Todos estos amantes de segundo orden fueron ganados e impulsados por el mayor Amor: El amor del gran Amante de sus almas les trajo a su vida de lágrimas, trabajos y triunfos. En esta hora difícil ¿podemos nosotros atrevernos a amar menos?

Hazme amarte con poder De pensar, querer y acción; Que pueda andar rectamente En mi vida de oración. Sirviéndote como debo. El amor suavizará Cualquiera prueba que me cueste sufrir, el poderte amar. Aliviará toda pena Saber que sufro por Ti. Si tu amor me acompaña, Sé que triunfaré al fin.

Sin que puedan escogerlo ni evitarlo, millones serán un día marcados con la señal del Anticristo. ¿Evitaremos nosotros llevar en nuestros cuerpos, y sobre todo en nuestras almas y espíritus, las marcas de nuestro Señor, las marcas de Jesús? Ser marcado implica dolor; significa llevar el «estigma» de esclavo. ¿Escogeremos ser marcados para Cristo?

Yo os engendré mediante el Evangelio.

Pablo

¡Oh hermano, ora a pesar de Satanás, ora; emplea horas en oración; antes descuida a los amigos que el orar; ayuna y piérdete el desayuno, la comida, el té, la cena, y aun el sueño, antes que descuidar la oración. No basta hablar acerca de la oración; sino que debemos orar con ardorosa vehemencia. El Señor está cerca. El viene quietamente mientras las vírgenes duermen!

Andrés A. Bonar

Pasaron siete años:
... antes que Carey bautizara el primer convertido en la India.
... antes que Hudson ganara el primer convertido en Birmania.
... antes que Morrison atrajera el primer chino convertido a Cristo.
... Moffat declaró que esperó para ver la primera evidencia de la acción del Espíritu Santo sobre los Bechuanas en África.
... antes que Henry Richards obtuviera el primer convertido ganado en Banza Manteka.

A. J. Gordon

La oración es la sangre del alma.

George Herbert

¡DAME HIJOS O ME MUERO!

16

El despertamiento es imperioso para detener las puertas del infierno, abiertas como nunca en esta generación.

Necesitamos y decimos que queremos despertamiento. Sin embargo, los cristianos pulcros y superficiales del presente quisiéramos el Cielo abierto y el despertamiento realizado por el procedimiento cómodo de las máquinas que llamamos tragaperras. Pero Dios no ha mecanizado su glorioso poder para adaptarlo al embrague de la maquinaria religiosa de nuestros días.

«Deseamos que venga el despertamiento a nosotros como vino en las Nuevas Hébridas», dijo hace poco un pastor. Pero, ¡hermanos!, el despertamiento no vino a las islas del Pacífico con sólo desearlo. Los cielos fueron abiertos y el gran poder de Dios sacudió aquellas islas porque, «frágiles hijos del polvo..., se santificaron con ayuno y convocaron una solemne asamblea» y esperaron con lágrimas, sin cansarse en sus esfuerzos ante el trono del Dios vivo. Vino aquel gran engendramiento espiritual porque Aquel que buscó una virgen pura para engendrar su Santo Hijo, halló un pueblo de virginal pureza en sus almas. Almas de visión y pasión ardiente, no tenían ningún doble motivo al orar. No había en ellos la necesidad de salvar la cara a alguna denominación decadente. Su ojo era sencillo, deseando sólo la gloria de Dios. No les movía la envidia de otro grupo de cristianos que les sobrepasara en crecimiento, sino que estaban celosos solamente por Jehová de los ejércitos, «cuya gloria estaba en el polvo, las murallas arruinadas y las puertas quemadas con fuego».

Para atraer el derramamiento del Espíritu Santo, una iglesia fundamentalista, asentada en la Biblia, no es motivo suficiente. Existen millones de iglesias así en el mundo. Una señorita y un joven de diecisiete años pueden ser aptos para ser padres, y hasta pueden estar casados legalmente, pero ¿hace esto imperativo el engendrar? ¿Tendrán seguridad financiera para cubrir totalmente los gastos? ¿Son maduros mentalmente para educar a sus hijos? El despertamiento moriría en una semana en muchas de nuestras iglesias «bíblicas», pues ¿dónde están las madres en Israel para cuidar a los recién nacidos? ¿Cuántos de nuestros creyentes son realmente capaces para traer un alma de las tinieblas a la plena luz de Cristo? Sería tan lamentable tener nacimientos espirituales en la presente condición de algunas de estas iglesias como poner un bebé en manos de un retrasado mental.

El nacimiento de un hijo natural es precedido por meses de molestia y trabajo. Así es el nacimiento de un hijo espiritual. Jesús oró por su Iglesia, pero para lograr su nacimiento espiritual se *dio* a Sí mismo a la muerte. Pablo oraba «noche y día... con vehemencia» por la iglesia, y además «estaba de parto» por los pecadores. «Cuando Sion estuvo de parto engendró hijos», leemos en el Antiguo Testamento.

Aun cuando los predicadores claman semana tras semana: «Tenéis que nacer otra vez», ¿cuántos de los actuales predicadores pueden decir con Pablo: «Aunque tuviereis diez mil ayos en Cristo, no tenéis muchos

padres, pues yo os engendré en Cristo Jesús por la palabra verdadera del Evangelio»? Él les dio a luz. No dice simplemente que oró por ellos, sino que los hizo nacer con esfuerzo similar al de una madre que da a luz hijos. Si durante el último siglo los alumbramientos físicos hubieran sido tan escasos como los nacimientos espirituales, la raza humana casi se habría extinguido. Tenemos que orar para vivir la vida cristiana, decimos; pero la verdad es que debemos vivir la vida cristiana para orar de veras. «Si permaneciereis en Mí..., pedid» (o sea, orad). Ya sé que pedir incluye solicitar a Dios la salvación de nuestros amados. Pero orar es más que pedir. Orar es ponernos a nosotros mismos bajo el dominio del Espíritu Santo a fin de que Él pueda obrar en y por nosotros aquello que le pedimos. En el primer capítulo del Génesis vemos que cada cosa creada con vida produce fruto según su especie. Del mismo modo, las almas realmente regeneradas deben producir otros regenerados.

A los evangelistas se nos atribuyen muchos éxitos que no son realmente nuestros. Hay una mujer en Irlanda que ora horas enteras. Cada día ora por este pobre «martillo de Dios» que escribe estas líneas. Muchos cristianos me han dicho: «No pasa ningún día que no ore por usted.» Estos cristianos han engendrado muchas almas que se me atribuyen a mí, mientras que yo no soy sino la comadrona de tales nacimientos espirituales. A veces pienso que los predicadores que más atraen los ojos del público serán los menos recompensados.' Por ejemplo, conozco predicadores que predican hoy sermones que predicaron veinte años atrás, los cuales antes fueron fructíferos y hoy no. ¿Por qué? Estos predicadores oraban años atrás, hoy apenas lo hacen. Uno me dijo: «Es cierto, hermano, que ahora no oro tanto como lo hacía antes, pero el Señor ya lo comprende.» ¡Ah!, sí, El comprende, pero no nos excusa por estar más ocupados que lo que Él quiere que estemos.

Es verdad que la ciencia ha aliviado algunos de los sufrimientos de nuestras madres al dar hijos al mundo, pero la ciencia nunca podrá suprimir los largos meses de embarazo. Del mismo modo, nosotros los predicadores hemos hallado medios fáciles de conseguir que la gente se levante para aceptar a Cristo, o que demuestren sus deseos de ser llenos del Espíritu Santo. Se dice a la gente que sólo levanten el brazo, y que lo hagan pronto. Los gemidos de arrepentimiento al pie del altar han sido eliminados. Para ser llenos del Espíritu Santo —se dice a la gente—, poneos tan sólo de pie donde estáis y el evangelista orará por vosotros y seréis llenos. ¡Qué vergüenza!

Hermano, antes de que tenga lugar el milagro del verdadero avivamiento y el nuevo nacimiento de almas, son necesarios los dolores de parto.

La venida de un bebé al mundo transforma el cuerpo de la madre. Así el crecimiento del cuerpo de un avivamiento transforma la iglesia. La futura madre se siente más y más pesada a medida que se acerca el tiempo del nacimiento. A menudo pasando horas de desvelo, pero no noches sin lágrimas, en el terreno espiritual, las lámparas del santuario han de quemar a medianoche mientras angustiados intercesores derraman sus almas por las necesidades de la nación. La futura madre, a menudo, pierde el deseo de comer, y por amor al que ha de nacer se niega ciertas cosas. La negación de comida y un amor que consume se apodera de los creyentes, que se avergüenzan de la esterilidad de la iglesia. Cuando las mujeres están embarazadas se ocultan de las miradas públicas. (Así, por lo menos, lo solían hacer.) Del mismo modo, en el terreno espiritual, cuando se acerca el despertamiento los que han de dar a luz nuevas almas se ocultan de la publicidad y buscan el rostro del Dios santo.

Es evidente que Jacob amaba a Raquel más que a Lea; sin embargo, la mujer preferida era Lea, porque le había dado hijos. Considerad cómo Jacob sirvió 14 años por Raquel; sin embargo, aquella espléndida devoción no fue ningún consuelo para la mujer herida de esterilidad. Sin duda, Jacob demostró su amor cargándola de joyas como era costumbre en aquellos días; pero las fruslerías externas no la consolaban, y aunque Raquel era hermosa de vista, su esterilidad no hallaba compensaciones en su hermosura o en la admiración de otros. La terrible verdad era que Lea tenía cuatro sonrientes niños alrededor de sus faldas, pero de la estéril Raquel se burlaban hombres y mujeres. Puedo imaginarme a Raquel con los ojos rojo^ de llorar, más que los de Lea, y con su cabello desordenado, desesperada por su esterilidad, clamando con un grito penetrante: «¡Dame hijos o me muero!» (Génesis 30:1). Este grito hería el corazón de Jacob más que una espada clavada en su carne.

Para espiritualizar esto diremos que su oración no era de rutina, sino de desespero, pues había sido herida de dolor, llena de vergüenza y humillada por su esterilidad; Predicador, si tu alma es estéril, si las lágrimas están ausentes de tus ojos, si los convertidos están ausentes de tu pulpito, no te conformes con tu popularidad, rehúsa el consuelo de tus títulos o de los libros que hayas escrito. Sinceramente, apasionadamente, invita al Espíritu Santo a inundar tu corazón de dolor porque eres espiritualmente incapaz de traer hijos espirituales. ¡Oh el reproche de nuestros altares estériles! ¿Crees que el Espíritu Santo se deleita en nuestros teclados eléctricos, nuestros pasillos alfombrados y nuevas decoraciones, si los altares están vacíos? ¡De ningún modo! ¡Oh, que el silencio de muerte del santuario pueda ser roto por el bendito grito de recién nacidos a la vida espiritual!

No hay reglas fijas para el despertamiento. Aunque los bebés nacen en todas partes por el mismo proceso, ¡cuan diferentes son entre sí! ¡No hay copias exactas! Por el mismo proceso de dolor del alma y rendida oración a causa de la esterilidad es que se han producido todos los despertamientos en todas las edades. Pero ¡cuan diferentes han sido tales despertamientos!

A Jonathan Edwards no le faltaban congregaciones, y no tenía apuros financieros, pero el estancamiento espiritual le aterrorizaba. La vergüenza de la derrota en cuanto a conversiones es lo que doblegó sus rodillas e hirió su espíritu de tal modo que estuvo sollozando en silencio ante el Trono de Misericordia hasta que el Espíritu Santo vino sobre él. La Iglesia y el mundo conocen la respuesta de sus victoriosas velas. Los votos que hizo, las lágrimas que derramó, los gritos que salieron de su boca, todo está escrito en el libro las *Crónicas de las cosas de Dios.* Del mismo modo, Zinzendorf, Wesley, etc., que fueron sus parientes espirituales, pues hay una aristocracia del Espíritu como la hay de la carne. Tales hombres despreciaron los honores de familia y buscaron tan sólo ser honrados por el Espíritu Santo.

Las historias políticas y militares cuentan con grandes individuos. La historia está tapizada con nombres de hombres que se invistieron de poder de una manera u otra, hasta el punto de hacer temblar al mundo. Pensad en el genio maléfico de Hitler. ¡Cuántos reyes destronó, cuántos gobiernos derribó, cuántos millones de tumbas llenó! Fue, en nuestra edad, un azote mayor que las diez plagas de Egipto. La Biblia dice que en los últimos días, cuando los hombres obrarán impíamente, «el pueblo que conoce a su Dios se levantará y hará heroísmos». No son aquellos que cantan acerca de Dios ni los que escriben y predican acerca de Dios, sino los que *conocen a su Dios,* los que serán fuertes para realizar cosas

heroicas. El hablar acerca de comida no llena el estómago, ni el hablar de ciencia hace sabios; ni el hablar de las cosas de Dios significa que las energías del Espíritu Santo están en nosotros. Hacemos bien en señalar el hecho de que el despertamiento viene como resultado de una sección de la iglesia limpia, humillada e inclinada con súplicas de intercesión. En vista de la edad presente, llena de falsas religiones y herida con la visión de millones de almas que perecen, vale la pena que los suplicantes esperen días, semanas, hasta meses, que el Espíritu se mueva y los cielos se abran con un bendito despertamiento.

Las mujeres de la Biblia que habían sido estériles fueron las que trajeron hijos más nobles. Sara, estéril hasta los 90 años, engendró a Isaac. Raquel, cuyo doloroso grito: «¡Dame hijos o me muero!», fue atendido, engendró a José, quien libró la nación. La mujer de Manoa dio a luz a Sansón, otro libertador de su patria. Ana, una mujer quebrantada, que sollozaba en el santuario y hacía votos en una oración incesante que causó, por ignorancia, el reproche de Eli, estaba derramando su alma ante Dios y recibió como respuesta a Samuel, que vino a ser el gran profeta de Israel. La estéril viuda, Ruth, halló misericordia y dio a luz a Obed, quien engendró a Isaí, el padre de David, de cuya descendencia vino nuestro Salvador. De Elisabeth, estéril por muchos años, vino Juan el Bautista, de quien dijo Jesús mismo que no ha habido otro profeta más grande entre los nacidos de mujer. Si la vergüenza de la esterilidad se hubiese apoderado de estas mujeres, ¡qué hombres más poderosos habría perdido la historia!

Como el niño concebido da pronto señales de vida saltando dentro del seno de la madre, así es con el despertamiento. En el siglo xvi, Knox parodió el grito de Raquel: «¡Dame Escocia o me muero!» Knox murió; pero mientras Escocia viva le recordará. Zinzendorf tuvo un gran dolor y vergüenza por el estado infructífero y sin amor de los moravos. Oró ardientemente hasta que el Espíritu Santo trajo de repente un gran despertamiento. El día 13 de agosto de 1737, a las 11 de la mañana, empezó el despertamiento moravo en una reunión de oración que ha durado doscientos años, pues de aquella reunión vino un movimiento misionero que ha alcanzado los fines de la tierra.

La Iglesia de nuestros días debería estar embarazada de apasionada propagación, mientras que lo que está es embarazada con una débil e ineficaz propaganda. Sin duda, los métodos de dar a luz han cambiado con los adelantos de la ciencia; pero decimos otra vez que la ciencia y nuestros bien apreciados doctores no pueden evitar los nueve meses de embarazo. Hermanos, estamos perdidos por falta del elemento tiempo. El predicador y la iglesia demasiado ocupados para orar, están más ocupados que lo que el Señor quiere. Si se entregaran a la oración a tiempo, tendrían almas en el tiempo. Si reconocemos nuestra impotencia espiritual e invocamos su nombre, El hará brillar nuestra luz como la luz del día. La iglesia tiene montones de consejeros, pero ¿dónde están los intercesores hasta la agonía? Las iglesias que se alaban siempre de sus grandes auditorios tienen que admitir su bajo nivel en cuanto a nacimientos espirituales. Podemos acrecentar nuestras iglesias sin acrecentar el Reino de Dios. Conozco una familia en la cual todos los hijos son adoptados, y muchos de nosotros, los predicadores, tenemos más hijos adoptivos que naturales. El enemigo de la multiplicación es el estancamiento. Cuando los creyentes a los cuales faltan nacimientos se sientan apesadumbrados y la esterilidad espiritual nos abrume, latiremos con santo temor y oraremos con santo fervor y se producirá fertilidad santa. En el despacho de Dios no hay días de pago, pues el precio del despertamiento es siempre el mismo: dolor de parto.

Seguramente esta raza arruinada requiere un despertamiento. Estoy totalmente persuadido de que hay quienes en las horas de insomnio de la noche, pensando en su esterilidad espiritual, se apoyan en la soberanía de Dios diciendo: «Cuando Él quiera darnos un despertamiento, el despertamiento vendrá.» Esto es tan sólo media verdad. ¿Queréis decir que Dios está complacido de que 83 personas por minuto mueran sin Cristo. ¿Habéis descendido a creer que el Señor quiere *que muchos* perezcan? ¿Os atreveréis a decir —lo que me parece una blasfemia— que cuando Dios decida levantar su pie y esparcir a sus enemigos vendrá la visitación? De ningún modo. Citad un versículo parcialmente y haréis decir a la Biblia lo que queráis; por ejemplo: «Dios es poderoso para hacer, abundantemente, más de lo que pedimos o entendemos», pero se paran aquí, en «Dios es poderoso para hacer», y no se preocupan del resto, del versículo. Este versículo, mal citado, deja la falta de despertamiento en las gradas del trono de Dios; pero terminad el texto: «Él es poderoso para hacer *según el poder que obra en nosotros.»* Así termina el versículo, y significa que el canal para el despertamiento puede estar bloqueado. Significa que Dios no puede hacer en esta edad lo que hizo en otras, a causa de la falta de poder que hay en la iglesia. La falta de despertamiento es nuestra falta.
Finney dijo: «Dios está dispuesto a enviarnos un despertamiento, y podemos tenerlo según el poder que obra en nosotros.» La promesa es: *«Recibiréis poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros.»* Este no es poder simplemente para hacer milagros, pues antes de Pentecostés los discípulos hicieron milagros, recordad que echaron demonios. No es solamente poder para organizar, poder para predicar, poder para traducir las Escrituras, poder para entrar en nuevos territorios... Todo esto es bueno, pero ¿tenemos poder del Espíritu Santo para derribar las fortalezas del diablo y obtener las promesas de Dios?

Delincuentes amados serán condenados si no han sido librados del dominio del diablo. El infierno no tiene otra cosa peor a temer que una iglesia ungida con el poder de la oración.

Queridos hermanos, desechemos todas las nimiedades, olvidémonos de los distintivos denominacionales y entreguémonos a oración continua y al ministerio de la Palabra, «pues la fe viene por el oír». Avergonzados por la impotencia de la Iglesia, entreguémonos a nosotros mismos a la oración continua y al ministerio de la Palabra, «pues la fe viene por el oír». Doloridos por el monopolio que el diablo tiene sobre las almas, gritemos con espíritus torturados, y digámoslo de verdad: *«¡Dame hijos o me muero!»* Amén.

Los hombres y las mujeres cristianos capaces de renunciar a si mismos son la ética esencial de la Iglesia Cristiana.

Dr. Carlos Inwood

«Ahora yo dejo de hablar a las criaturas y me dirijo a Ti, oh Señor. Ahora empiezo mi conversación con Dios, que nunca será interrumpida. Adiós, padre y madre, amigos y parientes; adiós, comida y bebida; adiós, mundo, con todos sus deleites; adiós, sol, luna y estrellas. Bienvenido, Dios y Padre mío; bienvenido, dulce Jesucristo, Mediador del Nuevo Pacto; bienvenido, Espíritu Santo, Dios de toda consolación; bienvenida, gloria; bienvenida, muerte.» El Dr. Mateo McKail estuvo delante de los verdugos, y como su primo mártir se retorcía de dolor al tirar el verdugo de la cuerda, se asió a sus oscilantes piernas para apresurar su muerte. Y *así partió para estar con Cristo Hugo McKail, «con su dulce sonrisa de muchacho». «Será mi bienvenida —había dicho—, pues el Espíritu y la*

esposa dicen: Ven.»

Del martirio de Hugo McKail

LA HEZ DEL MUNDO

17

¿Qué es la hez del mundo? (1.ª Corintios 4:13). ¿Es la polilla social de la cual nace el sindicato del crimen? ¿Es el genio del mal operando en las esferas internacionales? ¿Es Babilonia? ¿Es Roma? ¿Es el pecado? ¿Es una legión de malos espíritus que llevan este repulsivo título? ¿Qué es...?

Un millar de suposiciones sobre esta pregunta podría traer un millar de respuestas diferentes, todas desacertadas. La verdadera respuesta es la misma antítesis de lo que podríamos esperar. Esta *«hez del mundo»* no son hombres ni demonios. No es lo malo, sino lo bueno —y no solamente bueno, sino lo mejor de todo—. No es material, sino espiritual; no es de Satanás, sino de Dios. No es la Iglesia, sino un santo. No es sólo un santo, sino lo más santo de entre los santos. *«Nosotros los apóstoles* —dice Pablo— *somos la hez de este mundo.»* Luego, para añadir injuria al insulto, eleva la infamia y profundiza la humillación, añadiendo: (Nosotros los apóstoles somos) *«la escoria de todas las cosas»* (1.ª Corintios 4:13).

Cualquier hombre que se ha llamado a sí mismo «hez de la tierra» no tiene ambiciones y, por tanto, no tiene por qué estar celoso de nada. No se atribuye reputación; por tanto, no tiene por qué pelear con nadie. No tiene posesiones; por tanto, no tiene por qué preocuparse. No tiene derechos; por tanto, no tiene razón para sufrir agravios. ¡Bendito estado! Se considera muerto; por tanto, nadie puede matarle. En tal estado de mente y de espíritu, ¿puede alguien maravillarse de que los apóstoles transformaran al mundo? Que los creyentes ambiciosos de hoy día consideren esta actitud apostólica hacia el mundo. Que el popular evangelista viviendo al estilo Hollywood reflexione sobre sus caminos.

Lo que dolía a Pablo más que sus ciento noventa y cinco azotes, tres apedreamientos y tres naufragios, era la crítica contenciosa y carnal de la gente de Corinto. Esta iglesia estaba dividida por rivalidades carnales —*y por dinero*—. Algunos habían subido a las alturas de la fama y eran los primeros comerciantes de la ciudad. Por esto Pablo les dice: «Vosotros habéis reinado como reyes sin nosotros.» Considerad los contrastes de 1.ª Corintios 4:8: «Vosotros estáis llenos, sois ricos, habéis reinado como reyes sin nosotros. Nosotros somos necios por amor de Cristo, débiles, despreciados...; andamos desnudos y vagabundos (vers. 11). Somos hecho un espectáculo al mundo, a los hombres y a los ángeles.»

No era difícil para Pablo, después de todo esto, declararse a sí mismo el menor de todos, pero, luego, Pablo dirige toda esta verdad contra aquellos cuya fe había perdido su enfoque. Estos corintios estaban llenos, pero no eran libres. (Un hombre que ha escapado de su celda no es libre aunque haya podido arrojar de sí la cadena.) A Pablo le dolía que ellos tuvieran sobreabundancia y él nada; se queja de que su riqueza les había traído flaqueza de alma. Ellos tenían comodidad, pero no cruz; eran ricos, pero no traían el reproche de Cristo. No les dice que no son cristianos, sino que están buscando un camino sin espinas para ir

al cielo. Por esto añade: «Ojalá que reinarais.» Si ellos estuvieran reinando, sería porque Cristo habría venido: el Milenio habría empezado. Y Pablo termina: «Para que nosotros reinásemos con vosotros.»

Pero ¿quién quiere ser deshonrado, despreciado, desprestigiado? Esta verdad es revolucionaria y trastorna toda nuestra corrompida enseñanza cristiana. ¿Quién se goza en ser estimado necio? ¿Es fácil ver nuestros nombres pisoteados como cosa mala? El régimen ateo rebaja a los hombres, Cristo los levanta. El verdadero Cristianismo es mucho más revolucionario que dicho sistema (aunque sin ser sangriento). Los tractores del mismo han tratado de allanar los montes de la riqueza y llenar los valles de la pobreza. Pensaron que por medio de la educación podían «enderezar los caminos torcidos», pero un Acta parlamentaria o una variación política no pueden traer el Milenio.

Pablo dijo acerca del apostolado: «P*obres, pero enriqueciendo a muchos.-»* Gracias a Dios la bolsa de Simón el Mago no atrae la atención del Espíritu Santo. Si nosotros no hemos aprendido todavía cómo tratar con «el Mamón injusto», ¿cómo nos serán confiadas las verdaderas riquezas?

Así que Pablo, un hombre social y materialmente en bancarrota, catalogado entre la «hez del mundo», pudo entender que, como hez, tendría que ser pisoteado por los hombres. Aun cuando podía responder a los filósofos epicúreos en la colina de Marte, sin embargo, por amor de Cristo, estaba dispuesto a ser tratado como loco. En cuanto a Jesús, el antagonismo del mundo fue fundamental y perfecto.

Hermanos, ¿es esto lo que elegimos? ¿Hay algo que nos irrite más que ser clasificados entre los indoctos e ignorantes? Sin embargo, un humilde pescador escribió el Apocalipsis, que todavía confunde a los eruditos. Estamos sufriendo hoy día una plaga de ministros que se preocupan más de llenar sus cabezas que de encender sus corazones. Si un predicador tiene inclinaciones por la cultura, que obtenga sus grados antes de entrar en el ministerio, pues cuando se encuentre ocupado en una labor tan importante, 24 horas al día no le serán suficientes para llevar los nombres de su rebaño ante el gran Pastor y prepararles su alimento. El hecho es que las cosas espirituales tienen que ser discernidas espiritualmente (no *psicológicamente).* Ni Dios ni sus juicios han cambiado. Todavía es su prerrogativa «esconder las cosas de los sabios y entendidos y revelarlas a los niños». Y los niños, hermanos, no tienen intelectos colosales. La iglesia de esta hora se envanece a cada momento con los altos títulos de sus ministros, pero paraos un momento antes de envaneceros en la carne. Estamos teniendo una época muy baja en nacimientos espirituales. Y el diablo no se asusta, hermano Apolos, de tu catarata de palabras elocuentes.

La línea de demarcación entre el mundo y el Cristianismo es bien distinta y significa descrédito. Los peregrinos de Juan Bunyan, pasando por la «Feria de Vanidad», eran todo un espectáculo. Su vestido, palabras, intereses y sentido de los valores se diferenciaban enteramente de la gente mundana. ¿Son así nuestras vidas hoy?

Durante la última guerra un general inglés dijo: «Tenemos que enseñar a nuestros hombres a odiar, pues si no odian no lucharán.» Hemos oído mucho (aunque no lo suficiente) respecto al amor perfecto, pero también necesitamos conocer el «airaos y no pequéis». El creyente lleno del Espíritu aborrecerá la iniquidad, la injusticia, la impureza y luchará contra todas estas cosas. Porque Pablo odiaba al mundo, el mundo

odiaba a Pablo. Nosotros necesitamos también esta disposición a la oposición.

Stanley escribió su *África oscura* y el general Booth su *Inglaterra oscura* en medio de la más aplastante oposición. El primero vio los altos e impenetrables bosques con sus rugientes leopardos, sutiles serpientes y habitantes de las tinieblas. Guillermo Booth vio las calles de Inglaterra como Dios las veía, con su concupiscencia, pecado, juegos, prostitución, y levantó un ejército de Dios para combatir estas cosas. Nuestras aceras de enfrente son ahora nuestros campos de misión. No hagáis caso de la cultura y de las buenas maneras, pues una señora bien educada y de hablar suave puede estar tan lejos de Dios como una madre «Mau-Mau» vestida de hierba. Nuestras ciudades viven sumergidas en la impureza.

Un cristiano que llena su cerebro, noche tras noche, de cuentos de la televisión, llegará a tener un cerebro seco y un alma en bancarrota. Haría mejor de pedir a Dios que le quitara de este mundo, si está tan enamorado de esta edad licenciosa que la ceguera del pecado no arranca lágrimas de su alma. Cada calle de nuestras ciudades es un río de borracheras, divorcios, oscuridad diabólica y condenación. Si tomáis partido en contra de todo esto, no extrañéis, hermanos lectores, que el mundo os aborrezca. «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo.»

Pablo declara rotundamente: «El *mundo* me es crucificado a mí.» Esto está fuera del alcance de los cristianos del siglo xx. El Gólgota fue testigo de multitudes que venían a ver la humillación de los malhechores que allí eran ejecutados. El lugar de crucifixión era un carnaval de burla y menosprecio. Pero ¿quién iba a la mañana siguiente a ver las víctimas? Solamente las águilas y los buitres para arrancarles los ojos y destrozar sus costillas. El espectáculo tenía que ser repugnante. Del mismo modo, Pablo, crucificado al mundo, era repugnante para el mundo.

¿Podríamos nosotros repetir interiormente, con labios temblorosos, esta frase: El *mundo me es crucificado a mi?* Sólo cuando seamos de tal modo «muertos al mundo», con toda su pompa y placeres pasajeros, podremos sentir la libertad que Pablo conoció. El hecho cierto es que nosotros, los seguidores de Cristo, respetamos al mundo, sus opiniones, alabanzas y títulos. Un crítico moderno dijo que los creyentes tenemos «el oro como nuestro Dios y la ciencia como credo». (El que se enoje es que le duele.) Sin embargo, en este mismo año de gracia conozco algunos creyentes de ambos lados del Atlántico que visten trajes de segunda mano a fin de ahorrar su dinero para la obra de Dios y que, como Pablo, se hacen necios por amor al Evangelio.

Este bendito hombre de Dios, para quien el mundo le era crucificado, era considerado como «loco». Sin embargo, Pablo presentó de tal modo su mensaje que otros buscaron su muerte porque su «negocio corría peligro». ¡Estos benditos apóstoles, con su santo y saludable desprecio del mundo, cómo nos avergüenzan! Como dijo cierto poeta:

Siguieron la senda que asciende hacia el cielo Con grandes peligros, angustia y dolor. ¡Oh Dios!, danos gracia, Espíritu y celo A fin de seguirles con igual fervor.

Pronto vendrá el «adiós a la mortalidad y bienvenida a la eternidad». Por esto te deseo, querido lector, un año de abnegado servicio para Aquel que tanto se sacrificó por nosotros, para que nosotros también podamos

terminar nuestra carrera con gozo.

Hermanos, ¿vale la pena hacer tanto ruido juntándonos noche tras noche y mes tras mes, si nosotros mismos no estamos bien con Dios? Yo debo preguntarme a mí mismo: ¿es mi corazón puro?, ¿son mis manos limpias?

Comentario del Despertamiento en las Nuevas Hébridas.

Mi *alma pide con fervor hacer tu voluntad, Pues si moriste Tú por mí, ¿qué me podrás negar?*

Desconocido

El lugar de oración es fructífero lugar Do el Espíritu cobija, con cuidado maternal, Los mejores pensamientos que se hacen realidad. Los engendramientos de almas tan sólo tienen lugar En la cámara secreta de la oración, nada más.

Harold Brokke

El despertamiento no es más milagro que una cosecha de trigo. El despertamiento viene del cielo cuando almas heroicas entran en conflicto, determinadas a vencer o morir, o si es necesario, vencer y morir. «En *el Reino de los cielos hace fuerza y los valientes lo arrebatan.»*

Carlos C. Finney

La causa de Dios está encargada a los hombres. Dios mismo confía en los hombres. Los hombres de oración son los vicerregentes de Dios, que hacen su obra y llevan adelante sus planes.

E. M. Bounds

La oración es el remedio soberano.

Roberto Hall

La oración es el ácido que prueba la devoción.

Samuel Chadwick

LA ORACIÓN ES TAN VASTA COMO DIOS

18

Los hombres llamados por Dios en tiempos antiguos tenían una sensible convicción de la enormidad e impopularidad de su tarea. Argumentando sobre su inaptitud, estos hombres, abrumados por su nación, trataron de escapar a la tarea liberadora de sus propias almas cargadas que Dios les ofrecía. Moisés, por ejemplo, trató de evadir el encargo de gobernar y guiar a Israel argumentando sobre su lengua tartamuda; pero Dios evitó su evasión supliendo un locutor en la persona de Aarón. Jeremías también arguyó que era un niño. En el caso de Jeremías (como en el caso de Moisés) la objeción humana no prevaleció. Los hombres escogidos por Dios no eran enviados a los centros de humana sabiduría para tener sus personalidades pulidas y su conocimiento agudizado, sino que Dios cogió a estos hombres y les unió a sí mismo. Si, según Oliver Wendell Holmes, la mente de un hombre obsesionado por una nueva idea no puede retroceder jamás a sus dimensiones originales, entonces ¿qué diremos del que ha oído el susurro de la voz eterna? «Las palabras que Yo os hablo son Espíritu y *son Vida»,* dijo Jesús (Juan 6:33). Nuestra predicación está más plagada hoy día de los pensamientos prestados por cerebros muertos que del Señor. Los libros son buenos cuando son nuestros guías, pero malos cuando son nuestras cadenas.

Del mismo modo que por medio de la energía atómica nuestros científicos han alcanzado nuevas dimensiones de poder, así la Iglesia ha de redescubrir el poder ilimitado del Espíritu Santo. Para romper la iniquidad de este siglo sumergido en el pecado y sacudir a la complacencia de los santos dormidos, algo muy real se necesita. La predicación vital y la vida victoriosa deben venir de sustanciosas velas en la cámara de oración. Alguien dijo: «Debemos orar si queremos vivir una vida santa.» Sí; pero debemos vivir una *vida santa* si queremos orar. Acordaos de David, que dice: «¿Quién subirá al monte del Señor? El limpio de manos y puro de corazón» (Salmo 24:3 y 4).

El secreto de la oración es orar en secreto. Los libros sobre la oración son buenos, pero no son suficientes. Ocurre con los libros como con las hermosas cocinas: son muy buenas, pero de nada sirven si no se condimenta en ellas. Así puede uno leer una biblioteca entera de libros sobre la oración, pero no obtener ni una brizna más de poder en la oración. Debemos aprender a orar, y debemos orar para aprender a orar. Puede ser una pérdida de tiempo para un enfermo leer el mejor de los libros sobre salud física, si no hace nada más. Así puede uno leer acerca de la oración y maravillarse de la paciencia de Moisés, conmoverse por los llantos de Jeremías y, sin embargo, no ser capaz de empezar con el abecé de la oración intercesora. Como el cartucho en el morral no consigue caza, así el corazón que no está cargado de ansiedad por las almas no obtiene victorias.

«¡En el nombre del Señor os ruego que la oración alimente vuestra alma como las comidas alimentan vuestros cuerpos!», dijo el fiel Fenelon. Henry Martyn escribió: «Yo me atribuyo mi presente ineficacia a la falta

de tiempo suficiente y tranquilidad para la oración privada. ¡Oh, que pueda ser yo un hombre de oración!» Un antiguo escritor dijo: «Mucha de nuestra oración es como el muchacho que llama a una puerta y echa a correr antes de que vengan a abrirla.» Podemos estar seguros de esto: El más grande terreno por descubrir son los recursos de Dios en respuesta a la oración.

¿Quién puede decir lo que es capaz de hacer el inconmensurable poder de Dios? Se puede calcular el peso del mundo, las medidas de la ciudad Celestial, contar las estrellas del cielo, medir la velocidad de la luz y el tiempo de la salida y la puesta del sol, pero no podéis calcular *el poder de la oración.* Pues el *poder de la oración* es tan vasto como Dios, porque Dios está detrás de él. La oración es tan poderosa como Dios, porque El se ha comprometido a responderla. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros, ya que en este, el más alto y más noble de todos los empleos para la lengua y para el Espíritu, estamos encallados! Si Dios no nos ilumina en la cámara secreta, estamos en tinieblas. Ante el tribunal del juicio de Cristo el asunto más embarazoso para cada creyente será su falta de oración.

He aquí un magnífico pasaje del venerado Juan Crisóstomo: «La *potencia de la oración* ha dominado la fuerza del fuego, puesto corcel a furiosos leones, sosegado tumultos, extinguido guerras, apaciguado los elementos, arrojado demonios, roto las cadenas de la muerte, abierto las puertas del cielo, curado enfermedades, descubierto fraudes, salvado ciudades de la destrucción, ha detenido el sol en su curso y los rayos de caer sobre la tierra. La oración es la armadura todo suficiente, el tesoro ilimitado, la mina que nunca ha quedado exhausta, el cielo jamás cubierto de nubes. Es la raíz, la fuente, la madre de mil bendiciones.» ¿Son estas palabras de Crisóstomo simple retórica para hacer superlativa una cosa común? La Biblia es testigo de que no hay ninguna exageración en ellas.

Elías era un gran experto en el arte de la oración. Detuvo el curso de la Naturaleza y puso en estrechez la economía de una nación. Oró y cayó fuego del cielo; oró y la gente cayó sobre sus rodillas; oró y llovió. Nosotros necesitamos ¡lluvia!, ¡lluvia!, ¡lluvia! Las iglesias están tan secas que la semilla no puede germinar. Nuestros altares están secos, sin ardientes lágrimas de penitentes. ¡Cómo necesitamos un Elías!

Cuando Israel clamó por agua, un hombre hirió una roca y salieron aguas de la peña: ¿Hay nada demasiado difícil para Dios? ¡Que Dios nos envíe un hombre capaz de herir la peña! De esto podemos estar seguros: La cámara de oración no es un lugar simplemente para entregar al Señor una lista de las más urgentes necesidades. ¿Es verdad que «la oración cambia las cosas»? Sí, porque la oración cambia *los hombres.* La oración no sólo quitó el reproche de Ana, sino que la cambió de una mujer estéril en una mujer fructífera, transformó su duelo en gozo (1.ª Samuel 1:10 y 2:1), cambió el duelo en danza (Salmo 30:11). Quizá nosotros estamos orando que podamos bailar, cuando tendríamos que estar en duelo. Escogemos el vestido de la alabanza, cuando Dios dice (Isaías 61:3): «A los que están de duelo les *daré yo* vestido de alabanza en lugar de espíritu afligido, gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en vez de espíritu angustiado, y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová para gloria suya.»

Si es cierto que segamos lo que sembramos, también es cierto que dice: «Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, mas volverá a venir con regocijo trayendo sus gavillas» (Salmo 126:6).

Fue un clamor de duelo el de Moisés cuando dijo: «¡Oh!, este pueblo ha cometido un gran pecado...; pero te ruego perdones la iniquidad de su pecado, y si no bórrame del Libro de la Vida que has escrito» (Éxodo 32:31-32). Fue un clamor de-'duelo de Pablo cuando dijo: «Tengo gran dolor en mi corazón, pues deseara ser separado yo mismo de Cristo por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne» (Romanos 9:2 y 3).

Si Juan Knox hubiese orado: «Señor, dame éxito», nunca hubiésemos oído nada de él; pero oró diciendo: «¡Dame Escocia o me muero!», y su oración ha entrado en las páginas de la Historia. Si David Livingstone hubiese orado que pudiera abrir el África como prueba de su indomable espíritu y habilidad en la brújula, su oración se habría perdido con los vientos del bosque; pero oró: «Señor, ¿cuándo esta llaga del mundo será curada?» Livingstone vivió una vida de oración y murió literalmente sobre sus rodillas.

Para esta edad hambrienta de pecado necesitamos una iglesia hambrienta de oración. Necesitamos explorar otra vez las «sobremanera grandes y preciosas promesas de Dios». En aquel gran día el fuego del juicio va a poner a prueba la clase, no la cantidad, del trabajo que hemos hecho. Lo que es nacido de la oración resistirá la prueba. La oración consigue cosas de Dios. La oración crea hambre de almas, y el hambre de almas crea oración. El alma que entiende ora, y el alma que ora obtiene entendimiento. Al alma que ora con reconocida humildad y conociendo su flaqueza, el Señor le da fuerzas. ¡Oh, que fuésemos hombres de oración semejantes a Elías —un hombre sujeto a las mismas pasiones que nosotros—! ¡Señor, haznos orar!

En una grande iglesia con capacidad para mil personas hay una tabla con esta inscripción puesta en memoria de Juan Geddie: «Cuando desembarcó aquí en 1848 no había cristianos; cuando salió en 1872 no había paganos.»

De las Memorias de Juan Geddie, el padre de las Misiones Presbiterianas en los mares del Sur.

Desde el día de Pentecostés no ha habido ningún gran despertamiento espiritual, en ningún país, que no haya empezado en una unión para la oración, aunque fuera *solamente de dos o tres. Ni el despertamiento ha continuado después que se han terminado las reuniones de oración.*

Dr. A. T. Pierson

COMO VA LA IGLESIA ASI VA EL MUNDO

19

Se necesitan hombres *incandescentes* para esta medianoche espiritual. En el día de Pentecostés, la llama del Dios vivo vino a ser la llama de un grupo de corazones humanos. La Iglesia *empezó* con aquellos hombres y mujeres en el «aposento alto» entregados a la oración ardiente, y hoy día está terminando con hombres y mujeres en el salón de fiestas de encima de la iglesia organizando despertamientos artificiales. La Iglesia empezó con un despertamiento y está terminando con un ritual. Empezamos de un modo viril, estamos terminando en la esterilidad. Los primeros miembros de la Iglesia eran hombres ardientes y no grandes graduados. Hoy día hay muchos grados de ciencia y pocos de calor. ¡ Ah, hermanos!; ¡hombres con corazones de llama son la necesidad del presente!

Los hombres de Dios necesitan ser columnas de fuego: hombres guiados por Dios para guiar un pueblo mal dirigido. Pablos apasionados para levantar a tímidos Timoteos. Hombres de llama para brillar y encender a hombres de renombre, ganándolos para Cristo. Necesitamos hombres de oración para dirigir noches de oración. Necesitamos verdaderos profetas para advertir a las gentes de sus malos negocios, pues: «¿De qué aprovechará el hombre que ganare todo el mundo y perdiere su alma?» (Marcos 8:36). En este tiempo del fin la actitud infantil de muchas conferencias de predicadores es una tragedia. El grito debería ser: «Tocad trompeta en Sion, santificad un ayuno, llamad a una solemne convocatoria para que los predicadores, los ministros del Señor, lloren» (Joel 2:15-17).

Comparado con un corazón que ha conocido el fuego del Señor y ha permitido que este fuego se apague, los picos helados de los Alpes son cálidos. El metal solamente se funde cuando el fuego arde; quitad el fuego y el metal será sólido. Así es con el corazón humano: sin el calor del cielo es un iceberg. Si el Espíritu Santo está ausente del estudio del predicador, viene éste a convertirse en un laboratorio de doctrinas disecadas y dogmas sin vida. La enseñanza necesita unción, la verdad debe ser cortante, y el consuelo hiriente.

Hombres inspirados son una extremada necesidad. Los creyentes engendrados del Espíritu Santo son indispensables para esta degenerada generación. La galerna de iniquidad del tiempo del fin muy pronto apagará la llama humana; como una caña seca se rompe ante la tempestad, así se apagarán en este tiempo las débiles candelas del sectarismo carnal. Por el momento, tenemos los vientos que preceden a una gran tempestad, con las falsas religiones que invaden el mundo y los tibios cristianos incapaces de resistirlos. Advertidos de los fuegos falsos por hombres sin fuego, lo que hacemos al final es quedarnos fríos, incapaces de descubrir lo que es de la carne y lo que es del Espíritu. Los religionistas de este tiempo están levantando una nueva bandera de espiritualidad, de jactanciosa espiritualidad. Lo bueno otra

vez ha venido a ser enemigo de lo mejor. (El que lea, entienda.) ¡Sonad lá alarma! El conflicto se hace cada vez más agudo. Esta es la noche de gran confusión. ¡Dios ayude a las naciones arruinadas por religiones humanas, maldecidas con cultos humanos y encaminadas al abismo por doctrinas amañadas por los hombres! ¿Ha habido jamás una hora peor qué ésta? Reiterados esfuerzos es el precio que tenemos que pagar al progreso.

Así como va la Iglesia va el mundo. Si los vigías duermen, el enemigo toma la ciudad. El predicador debería dedicar por lo menos un día a la semana a preparar sus sermones, y otro día a preparar al predicador para predicar los sermones preparados. La inspiración es tan misteriosa como la vida, pues ambas son dadas por Dios. La vida engendra vida por su propia naturaleza, del mismo modo que los hombres inspirados inspiran.

Necesitamos Josués para llevar al pueblo del Señor a la tierra prometida de la vida llena del Espíritu. Como Israel, hemos escapado de Egipto y de Faraón (que en nuestro caso es Satanás), pero hemos fallado en Cades-Barnea. Lo que debería ser una piedra de memoria se ha convertido en una piedra de tropiezo; lo que debería ser una entrada se ha convertido en un fin de ruta.

Cantamos: «La ciega incredulidad yerra el camino y no puede comprender las obras de Dios.» ¿Y nosotros qué? ¿Hemos salido nosotros del mundo y vamos vagando sin entrar a poseer las riquezas de Canaán? ¡Pensadlo! Por cuarenta años aquel pueblo escogido no tuvo milagros ni respuestas a la oración —nada más que fallecimientos en su lento vagar por el desierto—, y todo a causa de su incredulidad. «¡Los gigantes son demasiado grandes para nosotros!», fue su clamor (Números 13: 17-23).

Hoy día nuestro clamor es: ¡Mirad el poder de este u otro movimiento social, medid la fortaleza de aquel otro! Nuestra respuesta debería ser: «Señor, abre sus ojos» (2.ª Reyes 6:17). «¿Se ha acortado el brazo del Señor para salvar?» (Isaías 59:1). ¿Le consideraremos tan sólo como el Dios del pasado, el Dios de la profecía, pero no el Dios del presente?

El sermón de Pedro en Pentecostés fue tan inquiridor como agudo. La verdad se hizo viva: «Esto es lo que fue dicho por el profeta Joel» (Hechos 2:16). El inspirado escritor halló que «la Palabra del Señor tenía un nuevo filo para los corazones de los oyentes».

Los hombres están diciendo siempre que en estos días de prueba el pueblo cristiano necesita consuelo. De acuerdo, muchos necesitan consuelo: los enfermos, los tristes, los doloridos. Sin embargo, no podemos dejar de compren der que guardar silencio cuando una casa está ardiendo es criminal. No es ninguna ayuda ni consuelo dejar al vecino dormir mientras vemos a un criminal entrar por la puerta con una pistola. En esta hora jamás exageraremos la figura del peligro que el mundo corre.

Ante los hombres de paja de nuestros días que se burlan de la sangre de Cristo, de la fe en su encarnación, del fuego del infierno, ¿callaremos? Hacer esto nos haría culpables como los que vieron las legiones de César avanzar sin sonar la alarma. Las estacas son altas, pero el premio y la recompensa lo son también.

Algunos declaran que Patrick Henry hizo más en América para preparar el camino a la libertad que ningún otro hombre en la historia. Oíd su

apasionado discurso en la Convención de Virginia el 23 de marzo de 1775: «¿Es la vida tan querida o la paz tan dulce que tenga que ser comprada al precio de cadenas y esclavitud? ¡Que el Dios todopoderoso lo impida! Sé que no hay otro camino a tomar, pero para mí ¡dadme la libertad o la muerte!» ¿Podían Catón o Demóstenes sobrepasar esta joya oratoria? ¿Podemos nosotros traducirla a nuestro caso?

La terrible esclavitud que existe hoy en gran parte del mundo y amenaza al resto de la humanidad, no es un cuento. Aunque un sistema ateo pudiera conquistar el mundo (por terrible e inimaginable que pueda ser) hay para el hijo de Dios un peligro mucho mayor: la eternidad, para los no arrepentidos, en un infierno eterno.

Quizá deberíamos aplicar las palabras de Patrick Henry en esta forma: «¿Es la carrera de la vida tan amable y las comodidades del hogar tan apetecibles para ser comprados con mi infidelidad y mis ojos secos sin oración? En el día final, ¿tendrán que acusarme los millones que perezcan, de mi materialismo, adornado con unos pocos textos de las Sagradas Escrituras?»

¡Que el Dios Todopoderoso lo impida! Yo no sé qué camino van otros a tomar, pero en cuanto a mí, digo: Dame un despertamiento en mi alma, en mi iglesia y en mi nación, o DAME LA MUERTE.

Todo lo que ligares en la tierra será ligado en el cielo.

Jesús

Vuestro adversario el diablo..., al cual resistid firmes en la fe.

Pedro

Humillaos a Dios, resistid al diablo y él huirá de vosotros.

Santiago

Cuanto más el pueblo de Dios ataca al diablo en sus oraciones, tanto más gustará de la libertad del Espíritu en los caminos de la vida.

F. J. Perryman

Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.

Los setenta

¡Oh infierno, te veo surgir, Pero en Jesús refugio hallé de roca sólida, eficaz, Y en tal lugar no temeré! Por la victoria del Calvario Estoy en manos de un Dios sabio.

Autor desconocido

Si las huestes del infierno Me amenazan con tesón, Con su indecible malicia, Yo tengo la protección De Cristo mi Salvador. Su poder es SUPERIOR.

Isaac Watts

CONOCIDO EN EL INFIERNO

20

Algunos predicadores dominan sus asuntos y algunos asuntos dominan al predicador. De vez en cuando encontramos algún predicador que es dueño de ambas cosas y domina también su asunto.

El apóstol Pablo era de esta categoría. Miremos a Pablo en Éfeso (Hechos 19): Siete hombres están tratando de usar una fórmula religiosa sobré una víctima del tipo de la de Gadara (Mateo 8:1-34.), pero el usar términos teológicos o versículos de la Biblia contra hombres poseídos por el demonio es-tan ineficaz como lanzar bolas de nieve contra el peñón de Gibraltar con la esperanza de derribarlo. Un solo hombre controlado por el demonio fue un pugilista capaz de propinar una buena paliza a los siete tontos psicópatas. Mientras los siete hijos de Esceva huían por las calles descamisados y avergonzados, el hombre poseído por el espíritu inmundo aumentaba su guardarropía con siete trajes. Por esto los siete fugitivos, heridos y temerosos, se vieron obligados a contar la historia. De este modo Dios tornó su locura en gloria para Cristo, pues el nombre del Señor fue grandemente temido y ensalzado. Muchos espiritistas de aquella época fueron convertidos; judíos y griegos fueron salvos. Y en una hoguera pública destrozaron y quemaron libros de falsos cultos por valor de
50.000 piezas de plata.

Escuchad el testimonio del demonio: «A Jesús conozco y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?» Esta es la más alta alabanza que la tierra o el infierno pueden conceder a una persona: ser considerado por el enemigo como identificado con Jesús. ¿Cómo consiguió esto el apóstol Pablo? ¿Por qué los demonios conocían a Pablo? ¿Es que le habían apaleado también a él, o él les había apaleado a ellos? ¡Ciertamente! Considerad por un momento la historia de Pablo. Dios y Pablo estaban en términos muy íntimos. Le habían sido concedidas grandes revelaciones, sus servidores eran ángeles y sus humildes manos eran en gran manera poderosas. Sus palabras llenas de poder del Espíritu de Dios rompieron los grillos del alma de una muchacha atada por el demonio, a la cual los hombres usaban como adivina. En Corinto, la ciudad más corrompida del mundo greco-romano,, este poderoso Pablo cavó cimientos en el «Pantano del Desaliento» y a las mismas puertas de la corte diabólica estableció una iglesia. Más tarde arrebató almas frente a las mismas narices de César: miembros de su propia corte. Ante los reyes Pablo se hallaba como en su casa, pues dijo: «Me siento por dichoso, oh rey Agripa.» Pablo trastornó, asimismo, la capital intelectual del mundo (la colina de Marte) hablándoles de una verdad, la de la resurrección, que confundió a sus cultos oyentes. Mientras Pablo vivió, el infierno no tuvo paz.

¿Cuál era la armadura de Pablo? ¿Dónde había afilado su espada? Más de una vez Pablo usó la expresión: «Estoy persuadido», y aquí radicaba su secreto. Verdades reveladas le habían hecho sabio. La Palabra, como el Señor mismo, son inmutables. El áncora de Pablo estaba echada en las profundidades de la fidelidad de Dios. Su hacha de batalla era la Palabra del Señor; su fortaleza, la fe en esta Palabra. El Espíritu avisaba a Pablo de la próxima estrategia del adversario, cuyas maquinaciones no le eran ocultas; por esto el infierno sufría derrotas. Cuando unos hombres impíos quisieron asesinar a Pablo, un muchachito descubrió el complot y los hombres y los demonios tuvieron un fracaso.

La espiritualidad, que salva a los hombres del infierno y los preserva de pecados vulgares, es maravillosa, pero yo creo elemental. Cuando Pablo fue a la cruz, el milagro de la conversión y regeneración tuvo lugar; pero cuando más tarde llegó a la cruz, tuvo lugar el mayor milagro, el de su identificación con Cristo. Este es, creo yo, el mayor argumento del apóstol. Ser muerto y vivir al mismo tiempo. «Vosotros sois muertos», escribió Pablo a los Gálatas. Suponed que aplicamos esta expresión literalmente a nosotros mismos. ¿Somos nosotros *muertos"!* ¿Muertos a la alabanza y a la crítica? ¿Muertos a la moda y a la opinión humana? ¿Muertos de tal modo que no haya manera de que podamos ser identificados por los que conocían nuestra antigua vida? ¿Muertos de tal modo que no recibamos ofensa si otro obtiene alabanza por aquello que nosotros hicimos? ¡Oh dulce, sublime experiencia la de estar plenamente satisfechos por la presencia de Cristo en nuestras almas y nada más! Así podríamos cantar con Wesley:

Muertos *al mundo y a sus vanidades, A sus pompas y vanos goces, Sea Jesús mi única gloria.*

Sí, Pablo estaba *muerto.* Luego añade: «Pero vivo no ya yo.» El cristianismo es la única religión en el mundo en que el Dios de la persona vive *dentro* de ella. Pablo no luchó más con la carne (ni con la suya ni con la de ningún otro), luchó «contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas.» ¿No arroja esto mucha luz acerca de por qué el demonio dijo: «A *Pablo conozco»!* Pablo había estado luchando contra los poderes del demonio. (En estos días modernos, el arte de «atar y desatar», al cual Cristo se refiere y que Pablo conocía tan bien, es casi olvidado e ignorado.)

En el último momento de su terrena peregrinación Pablo declaró: «He peleado la "buena batalla".» Los demonios podían haber dicho amén a esta declaración, pues -ellos sufrieron más de Pablo que Pablo de ellos. Pablo era *bien conocido* en el infierno.

Otra áncora en la cual había Pablo sujetado su alma era en la ira de un Dios santo contra el pecado. «Estando, pues, poseído del temor del Señor, persuadimos a los hombres» (2.ª Corintios 5:11). Pablo contaba a los hombres como *perdidos.* La otra noche vi una proyección luminosa sobre una pantalla, pero estaba borrosa y no significaba nada. Entonces la mano del operador enfocó la imagen. ¡Qué diferencia! Así nosotros, los cristianos, necesitamos la mano divina que enfoque ante nuestros ojos el cuadro de los hombres perdidos por la eternidad. Porque Pablo amaba a su Señor con un amor perfecto, aborrecía el pecado con un odio perfecto. Por esto él veía a los hombres, no sólo como pródigos, sino también como rebeldes; no sólo como náufragos de la justicia, sino como conspiradores en su maldad, que necesitaban ser perdonados o castigados. Con la fiereza de su amor, ardía de ira ante la injusticia de los hombres sujetos al poder de los demonios. Por eso su lema era: «Una cosa hago.» Él no tenía intereses personales, no tenía ambiciones, no

tenía por qué hacerse popular y apreciado de las gentes para que le invitaran a predicar o compraran sus libros. No tenía ambiciones; por lo tanto, ningún motivo para sentir envidia. No tenía reputación, y por tanto carecía de motivos para pelear con otros. No tenía posesiones, y por tanto no tenía necesidad de preocuparse. No tenía derechos, y por tanto no podía ser agraviado. Ya había sido quebrantado, así que nadie podía quebrantarlo; era muerto, nadie podía matarle. El era el menor entre los menores, así que nadie podía humillarle. Había sufrido la pérdida de todas las cosas, así que nadie podía defraudarle. ¿No echa todo esto alguna luz de por qué el diablo dijera: «A Pablo conozco»? Por causa de este hombre, intoxicado del celo de Dios, el infierno sufría muchos quebraderos de cabeza.

Había todavía otra áncora a la cual el espíritu de este santo hombre se hallaba amarrado, y era la eficacia de la sangre de Jesús y su poder para salvar plenamente. «TODOS pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» —dice—, pero Cristo es poderoso para salvar eternamente a TODOS los que vienen a Dios por El. ¡Oh, que el mundo pueda conocer al Cordero que limpia de todo pecado! Para Pablo no había redención limitada. Era zelote y quería serlo. A la luz de un infierno eterno, ¿qué valor tenían las cosas perecederas? Y, en nuestro tiempo, ¿qué valor tienen los honores humanos? ¿Cuáles son los principios de la perdición? Que ahora mismo los hombres están PERDIDOS exactamente igual como lo serán cuando mueran. Ahora mismo los hombres están en el vértice del gran torbellino de iniquidad que por fin les engullirá al infierno eterno. ¿Es esto verdad? Pablo estaba convencido de que lo era. Entonces, ¡oh brazo del Señor, despiértate, vístete de fortaleza!» (Isaías 51:9) y hazme tu hacha de batalla y tus armas de guerra, me parece oír a Pablo decir.

Otra áncora en la que Pablo estaba asegurado era: «Ausente del cuerpo, pero presente al Señor» (2.ª Corintios 5:8). ¡Nada de *sueño de las almasl* ¡Nada de estado intermedio! De la vida terrena a la vida eterna. Ante el pensamiento de la eternidad, el lenguaje le falta y la imaginación se detiene. Pablo podía escribir de sus azotes, prisiones, ayunos, cansancios, dolores, etc., como «una aflicción momentánea y leve», recompensada por el hecho de: «Así estaremos siempre con el Señor.» Todas las municiones de los demonios eran malgastadas cuando intentaban atacar a Pablo. ¿Os extrañáis de que uno de ellos dijera: «A Pablo conozco»?

La verdad final a la cual Pablo había anclado su propia alma era: «DEBEMOS TODOS COMPARECER ANTE EL TRIBUNAL DE CRISTO» (2.ª Corintios 5:10). El vivir ante los valores de la eternidad había quitado a la muerte su aguijón. Viviendo una vida recta (no tan sólo rectamente, sino según el modelo hallado en la Palabra Santa) no se preocupaba del después. Pablo había sido hecho tan semejante a la imagen del Hijo que podía decir: «Lo que habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto haced» (Filipenses 4:9). Copiar de otras copias, por lo general no es seguro; pero es seguro copiar de Pablo, pues él estaba plenamente rendido, totalmente santificado, completamente perfecto y «completo en Cristo».

¿Os extraña todavía que un demonio dijera: «A Pablo conozco»? ¡A mi no!

https://diariosdeavivamientos.wordpress.com/